CLEMENS BRENTANO, BERNARDO E. OVERBERG Y GUILLERMO WESENER

VISIONES Y REVELACIONES DE LA VEN.

ANA CATALINA EMMERICK



TOMO XIII

VISIONES DE LOS APÓSTOLES, DE LOS MÁRTIRES Y DE LOS SANTOS

EDITORIAL SURGITE!

LA VIDA DE JESUCRISTO Y DE SU MADRE SANTÍSIMA

(Visiones de los Apóstoles, de los Mártires y los Santos)

Según las visiones de la
Ven. Ana Catalina Emmerick

- Editado por Revista Cristiandad.org
y Editorial Surgite!

Índice

Número y Título de Capítulo	Página
Introducción	5
Visiones de los Apóstoles	6
I Fundación de la Iglesia de Roma por S. Pedro	7
II San Andrés apóstol	8
III Santiago el Mayor, apóstol de España(*)	9
IV El apóstol San Juan Evangelista en Roma y en Asia Menor	12
V El judío convertido y el joven extraviado	13
VI El Apocalipsis y el Evangelio de San Juan	14
VII Muerte de San Juan Evangelista.	16
VIII Trabajos apostólicos de Sto. Tomás en la India	17
IX Trabajos de San Bartolomé en Asia y Abisinia	20
X Simón y Judas Tadeo en Persia	22
XI San Felipe en Frigia y San Mateo en Etiopia	23
XII San Marcos en Roma (*)	24
XIII San Lucas y los cuadros de la Virgen	25
XIV San Bernabé, Timoteo y Saturnino	27
XV Lázaro, Marta y Magdalena en el sur de Francia	29
XVI San Clemente Romano(*)	31
XVII San Ignacio de Antioquía	32
Visiones de los Mártires	34
XVIII Longinos	35
XIX El centurión Abenadar	37
XX Nicodemo y la Verónica	39
XXI La santa mártir Susana	41
XXII Santa Justina y San Cipriano (*)	43
XXIII San Dionisio Areopagita (*)	45
XXIV Santa Úrsula y sus compañeras	46
XXV San Nicóstrato	51

XXVI Santa Teoctista 53
XXVII Santa Cecilia (*) 54
XXVIII Santa Inés 57
XXIX Santa Emerenciana 59
XXX Santa Ágata (*) 62
XXXI Santa Dorotea 66
XXXII Santa Apolonia (*) 67
XXXIII Santa Eulalia 69
XXXIV Los santos mártires Pascual y Cipriano 71
XXXV Santa Perpetua y Santa Felicitas 73
XXXVI San Esteban y San Lorenzo 79
XXXVII San Hipólito 81
XXXVIII Santa Catalina de Alejandría 82

Visiones de los Santos 86

XXXIX Santa Clara 87
XL Cuadros de la juventud de San Agustín 89
XLI San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal 92
XLII San Uberto 95
XLIII Santa Gertrudis 97
XLIV La beata Magdalena de Hadamar 98
XLV Santa Paula 100
XLVI Santa Escolástica y San Benito 101
XLVII Santa Valburga 104
XLVIII Santo Tomás de Aquino 106
XLIX El Beato Hernán José 107
L San Isidro Labrador 108
LI La beata Colomba de Schanolt de Bamberg 109
LII San Francisco de Borja 110
LIII El Emperador San Enrique en la Iglesia da Santa María la Mayor 111
LIV La fiesta del Escapulario 112
LV Cuadro de la fiesta de la Porciúncula 114
LVI Santa María de las Nieves 115

INTRODUCCIÓN

Los Hechos de los Apóstoles relatan los sucesos posteriores a la Ascensión del Señor, y refieren ampliamente la vida de San Pedro y San Pablo. Apenas si dan informes de las obras de los demás apóstoles. Ana Catalina nos cuenta detalles interesantes de sus actividades misionales en los pueblos paganos adonde fueron a evangelizar. Algunos de ellos, como Santo Tomás realizan viajes extraordinarios, antes de padecer el martirio por Jesucristo. Cuéntanse también los tormentos y los prodígios de San Juan Evangelista, cuyo cuerpo ha sido trasladado a un lugar privilegiado e inaccesible para cumplir una misión sobrenatural.

En presencia de reliquias, a cuyos dueños reconoce, describe las vidas de otros mártires de las primeras cristiandades, con ilustraciones internas edificaciotes y conmovedoras, como las de Santa Inés y Santa Catalina de Alejandría, y la biografía de santos de cliversas épocas, con palabras espontaneas y simples que constituyen indicios precisos de su genuinidad.

Visiones de los Apóstoles

I

Fundación de la Iglesia de Roma por S. Pedro

El 18 de Enero llegó Pedro a Roma en compañía de los discípulos Marcial y Apolinar y de un acompañante llamado Marción. Desde Antioquía había ido, en el año 43, a Jerusalén; después a Nápoles y a varios otros lugares, hasta llegar a Roma. Fue recibido muy bien, tanto él como sus ayudantes, por un tal Léntulo, noble romano que tenía conocimiento de la llegada de Pedro. Muchos romanos que habían oído la predicación de Juan, sabían del Mesías y de sus milagros. Léntulo se puso en comunicación con estas personas y se hizo narrar muchas cosas acerca del Mesías. Concibió tal amor y deseo hacia Jesús, que en una grave necesidad que le afligió, tomó un lienzo finísimo y habiéndolo hecho tocar por Jesús por intermedio de persona de su confianza, después guardo esa prenda con grandísima devoción y reverencia. Deseaba Léntulo pintar la faz de Jesús, por lo cual tuvo Pedro que darle muchos detalles sobre el particular. Muchas veces intentó pintar el rostro y siempre le decía Pedro que aun no se parecía al original. En una ocasión quedóse dormido en su trabajo, y, al despertar, encontró terminada su obra de modo maravilloso, con un perfecto parecido. Léntulo fue uno de los primeros discípulos de Cristo en Roma. Pedro habitaba en 1a casa de Pudente, que consagró como primera iglesia de Roma. Léntulo regaló muchas cosas para esta primera iglesia. Desde Roma fue Pedro a Éfeso, a la muerte de María, y de paso visitó a Jerusalén. Estuvo en la silla episcopal de Roma por 25 años En el año 69 fue crucificado, siendo de 99 años*(*)*.

(*) Muchos creen que la muerte de San Pedro tuvo lugar el año 67.

II

San Andrés apóstol

Después de la dispersión de los apóstoles, trabajo primeramente Andrés(**) en Scitia; mas tarde en Epiro y en la Tracia, finalmente en la comarca de Acaia, en Grecia. Desde este lugar fue enviado, en visión, junto al apóstol Mateo, el cual había sido detenido con unos discípulos y sesenta cristianos en una ciudad de Etiopía. Le habían echado a Mateo veneno en los ojos, lo cual le causaba mucho dolor. Andrés marchó hacia donde estaba Mateo. Lo sanó de su mal y libró de sus ataduras a los cristianos que estaban encadenados. Predicó en la ciudad hasta que se levantó una conmoción contra él; fue tomado preso y con los pies atados fue arrastrado por las calles. Andrés, mientras tanto, rogaba por sus atormentadores, los cuales se conmovieron tanto, que al fin le pidieron perdón y terminaron por convertirse. Después de esto volvió Andrés a Acaia y allí sanó a un endemoniado ciego y resucitó a un niño muerto. Estuvo también en Nicea, donde constituyó un obispado. En Nicomedia resucitó a otro niño muerto y sosegó una furiosa tempestad en el Helesponto. En una ocasión en que salvajes macedonios le amenazaban de muerte, fueron éstos atemorizados por un resplandor del cielo que los arrojó en tierra. En otra ocasión, fue arrojado a las bestias feroces, pero quedó libre también de este peligro. En Patras, ciudad de la Acaia, sufrió el martirio. Presentado ante el procónsul Egeas, hizo el apóstol una valiente confesión de su fe y fue arrojado a la cárcel El pueblo, que lo amaba mucho, lo quiso librar por la fuerza, pero el santo apóstol les rogó no le privasen del placer de recibir la corona del martirio. El juez lo condenó a morir crucificado. Cuando Andrés vio la cruz de lejos, exclamó; "!Oh, buena cruz, tanto tiempo deseada, tan ardientemente amada y buscada!" Dos días estuvo pendiente de la cruz y desde allí predicaba a la gente la fe de Cristo. Maximila, la tía de Saturnino, recibe su cuerpo, lo embalsama y sepulta. Su muerte ocurre en el año 93 de la era cristiana.

(**) Abdías, escritor antiquísimo, escribe la vida del santo en 42 capítulos narrando hechos de conformidad con la vidente Vicente Bellovacense cita como fuente Ex actis ius, es decir las actas de San Andrés, que ya en el segundo siglo se leían en las Iglesias.

III

Santiago el Mayor, apóstol de España(*)

Desde Jerusalén viajó Santiago, a través de las islas griegas y de Sicilia, hasta España, deteniéndose en Gales. Como no fue recibido bien en esta región, se dirigió a otra. Con todo, no le fue mejor en este lugar. Lo tomaron preso y hubiera sido asesinado, si un ángel no lo hubiese librado milagrosamente de las manos de sus opresores. Dejó en España a siete discípulos y se trasladó, pasando por Marsella, en el sur de Francia, a Roma. Más tarde volvió a España y se dirigió desde Gales, a través de Toledo, a Zaragoza. Aquí se convirtieron muchos de los naturales del lugar; barriadas enteras reconocieron a Cristo y se despojaron de sus objetos de idolatría He visto aquí a Santiago en grandes peligros. Fueron lanzadas víboras contra él; pero el apóstol las tomaba tranquilamente en sus manos. Nada le hacían. Al contrario, se volvían furiosas contra los sacerdotes de los ídolos, que empezaron desde entonces a temerle y a respetarlo. He visto después como empezando apenas a predicar en Granada, fue preso con todos sus discípulos y convertidos. Santiago llamó en su ayuda a María, que entonces vivía aún en Jerusalén, rogándole lo ayudase, y he visto como, por ministerio de los ángeles, fue librado de modo sobrenatural, él con sus discípulos, de la prisión Le fue impartida la orden de María, por medio de un ángel, de ir a Galicia a predicar allí la fe, y luego volver a su residencia de Zaragoza.

He visto más tarde a Santiago en gran peligro por causa de una persecución y tempestad contra los fieles de Zaragoza. He visto al apóstol rezando de noche con algunos discípulos junto al río, cerca de los muros de la ciudad; pedía luz para saber si debía quedarse o huir. El pensaba en María Santísima y le pedía que rogara con él para pedir consejo y ayuda a su divino Hijo Jesús, que nada podía entonces negarle. De pronto vi venir un resplandor del cielo sobre el apóstol y aparecieron sobre él los ángeles que entonaban un canto muy armonioso mientras traían una columna de luz, cuyo pie, en medio de un rayo luminoso, señalaba un lugar, a pocos pasos del apóstol, como indicando un sitio determinado.

La columna era bastante alta y esbelta, de un resplandor rojizo, con vetas de varios colores y terminaba arriba como en un lirio abierto, que echaba lenguas de fuego en varias direcciones; una de ellas iba al Occidente, hacia Compostela; las demás, en diversas direcciones. En el resplandor del lirio vi a María Santísima, de nívea blancura y transparencia, de mayor hermosura y delicadeza que la blancura de fina seda. Estaba de pie, resplandeciente de luz, en la forma en que solía estar en oración cuando aun vivía sobre la tierra. Tenía las manos juntas, y el largo velo sobre la cabeza, la mayor parte del cual colgaba hasta los pies, como si estuviese envuelta en él. Posaba sus pies menudos y finos sobre la flor que resplandecía con sus cinco lenguas. Aparecía todo el conjunto maravillosamente delicado y hermoso.

Vi que Santiago se levantó del lugar donde estaba rezando de rodillas, recibió internamente el aviso de María de que debía erigir de inmediato una iglesia allí; que la intercesión de María debía crecer como una raíz y expandirse. Le dijo María que debía, una vez terminada la iglesia, volver a Jerusalén. Santiago se levantó, llamó a los discípulos que lo acompañaban, que habían oído la música y visto el resplandor; les narró lo demás, y presenciaron luego todos como se iba desvaneciendo el resplandor de la aparición. Después que Santiago realizó en Zaragoza lo que María le había ordenado, formó un conjunto de doce discípulos, entre los cuales he visto que había hombres de ciencia. Estos debían proseguir la obra comenzada por él con tanta fatiga y contradicciones.

Santiago partió de España, para trasladarse a Jerusalén, como María le había ordenado. En este viaje visitó a María en Éfeso. María le predijo la proximidad de su muerte en Jerusalén, y lo consoló y lo confortó en gran manera. Santiago se despidió de María y de su hermano Juan, y se dirigió a Jerusalén, donde al poco tiempo fue decapitado.

Santiago fue llevado al monte Calvario, fuera de la ciudad, mientras predicaba en el camino y convertía a muchos oyentes. Cuando le ataron las manos, dijo: "Vosotros podéis atar mis manos, pero no mi bendición y mi lengua". Un tullido que se encontraba a la vera del camino, clamo al apóstol que le diera la mano y lo sanase. El apóstol le contesto: "Ven tu hacia mi y dame tu mano". El tullido fue hacia Santiago, tomó las manos atadas del apóstol y se halló sano. Vi a su entregador, llamado Josías, correr hacia él y pedirle perdón. Este hombre confesó a Cristo y fue muerto por su fe. Santiago le pregunto si quería ser bautizado y habiendo contestado que si, el apóstol lo abrazó y besó, y le dijo: "'Tú serás bautizado en tu propia sangre". Vi a una mujer llegarse a Santiago con su hijo ciego y alcanzar de él la salud para su hijo.

Primeramente fue Santiago mostrado con Josías en un lugar elevado; allí se les leyó la culpa y la sentencia en voz alta. Después lo he visto sentado sobre una piedra, a cuyos lados fueron atadas sus manos. Le vendaron los ojos y le cortaron la cabeza. Habían entretanto encerrado en su misma casa a Santiago el Menor. Hallábanse entonces en Jerusalén: Mateo, Natanael Chased y Natanael el esposo (*de Caná*). Mateo moraba en Betania. La casa de Lázaro hacia ya tiempo que estaba destinada para uso de los discípulos, como igualmente sus posesiones en Judea. El castillo de la ciudad lo habían ocupado los judíos. Después de la muerte del apóstol se produjo un gran tumulto en la ciudad y muchos se convirtieron a la fe de Cristo.

El cuerpo de Santiago estuvo un tiempo en las cercanías de Jerusalén. Cuando se desencadeno una nueva persecución, lo llevaron a España algunos discípulos, entre ellos José de Arimatea y Saturnino. Pero la reina Lupa, que había perseguido a Santiago, no permitió que fuese enterrado. Los discípulos lo depositaron sobre una piedra, la cual se hundió y vació formando un sepulcro. Sucedió allí otra maravilla: algunos cuerpos allí enterrados fueron arrojados de sus lugares. Por las insidias de Lupa los discípulos fueron reducidos a prisión por el rey; librados milagrosamente de la cárcel, mientras huían, fueron perseguidos por el rey y sus caballeros. El puente se rompió al pasar y perecieron el rey y su gente. La reina Lupa, aterrada mandó a los discípulos cristianos que fueran al desierto y tomando toros salvajes los uniesen al carro: que donde estos animales condujesen el cuerpo de Santiago allí podrían edificarle una iglesia. Pensaba que de este modo los animales feroces destruirían todo en su desenfreno. Los discípulos

encontraron, en su entrada al desierto, a un dragón, el cual, por la bendición de ellos, reventó por medio. Los toros feroces, en cambio, se dejaron uncir tranquilamente y llevaron el sagrado cuerpo al interior del mismo castillo de Lupa. Así sucedió que fue enterrado Santiago en el castillo, puesto que Lupa se convirtió haciéndose cristiana, con su pueblo. El castillo se convirtió en iglesia. En este sepulcro se obraron muchos milagros. Más tarde se llevó su cuerpo a Compostela, que se convirtió en uno de los más famosos lugares de peregrinación. El apóstol Santiago trabajó en España cerca de cuatro años.

(*) Que Santiago fue a España a predicar lo afirman San Antonino; San Isidoro, en el libro Vita et morte Sanctorum; Braulio, Arzobispo de Zaragoza (651); Juliano, Arzobispo de Toledo (G90)2 los Papas Calixto II, Pío V, Sixto V, el Venerable Beda. El historiador Gretscher afirma que es antiquísima tradición de todas las iglesias de España

IV

El apóstol San Juan Evangelista en Roma y en Asia Menor

Aunque en Éfeso podían vivir en paz los cristianos, con todo San Juan era tenido como prisionero. Podía salir en compañía de dos soldados, y así visitaba con frecuencia a las buenas gentes del lugar. En una de esas visitas se encontró con unos estudiantes, cuyo maestro había hablado en contra de Juan y de su doctrina. Porque el santo había hablado en contra de las riquezas, habían éstos comprado lingotes de oro y piedras preciosas, los habían roto en trocitos y los habían arrojado a su paso en señal de desprecio. Querían decir que ellos también, aunque eran paganos, sabían despreciar las riquezas sin por eso tener necesidad de hacerse cristianos. Juan, sin embargo, les dijo que su proceder era malbaratar el dinero y no era virtud de pobreza ni de renunciamiento, Uno de los estudiantes le propuso al santo que probase a juntar los pedazos de oro y piedras preciosas, como antes estaban; que entonces creerían en su Dios y en su doctrina. El santo les dijo que juntasen ellos mismos los pedazos y se los trajesen. Lo hicieron así y el santo les devolvió el oro y las piedras preciosas como habían estado antes. Entonces se echaron a sus pies, dieron las riquezas a los pobres y se hicieron cristianos. Dos de éstos, que habían regalado sus riquezas y seguido a Juan, se arrepintieron, al ver a sus esclavos bien vestidos, de haberse hecho cristianos. He visto que Juan convirtió hierbas del bosque y piedras de la orilla del mar, en pedazos de oro y piedras preciosas, por medio de su oración, y se los dio a los dos, diciéndoles que volvieran a comprarse las riquezas que habían dejado. Mientras el apóstol amonestaba a los jóvenes caídos, le trajeron el cadáver de un joven, pidiéndole que lo resucitase. Eran muchos los que hacían este pedido al apóstol. Juan oró y resucitó al joven y le mandó contase a los jóvenes lo que sabía del otro mundo. El resucitado les habló de tal manera de las cosas del otro mundo, que los jóvenes hicieron penitencia y se convirtieron. El apóstol les impuso ayunos y los recibió de nuevo entre los fieles. El oro y las piedras preciosas volvieron a ser paja y piedras, que arrojaron al mar.

Vi luego que muchos se convirtieron y que Juan fue reducido a prisión. Un sacerdote idólatra dijo que si Juan tomaba un veneno sin sentir daño, creerían en Jesús y lo dejarían libre. Lo hicieron marchar, acompañado de dos soldados, atadas las manos con cuerdas, delante del juez, donde se había reunido mucha gente. He visto que dos condenados a muerte bebieron el veneno y cayeron muertos al instante. Juan rezó sobre el vaso, y vi salir de él un vapor negro, acercándose, en cambio, una luz sobre él. Juan bebió el contenido del vaso, y el veneno no le hizo daño alguno. El sacerdote idolatra pidió más pruebas; exigió que Juan resucitase a los dos muertos. Juan le alargó su manto, diciéndole que lo echase sobre los muertos, repitiendo las palabras que el apóstol le enseñó. Cuando así lo hizo, se levantaron los dos muertos, y se convirtió casi toda la ciudad. Juan quedó libre de sus cadenas. Otra vez he visto derrumbarse un templo delante de Juan, porque le querían obligar a sacrificar a los ídolos. Vino como una tempestad sobre el templo; el techo se desplomó sobre el edificio; una nube de polvo y

de escombros salió de puertas y ventanas, y también humo y fuego, pues los ídolos quedaron derretidos por el calor.

V

El judío convertido y el joven extraviado

Un judío convertido, que todavía era catecúmeno, quedó reducido, en ausencia de Juan, a la mayor pobreza y cargado de deudas que no podía pagar, y por esta causa era muy molestado. Un perverso judío le sugería la idea de que tomase veneno, ya que de otro modo lo meterían en la cárcel por las deudas y no saldría de allí en toda su vida. He visto al pobre hombre tomar veneno hasta tres veces de un vaso de bronce oscuro que tenía: tal era el miedo que sentía de ser encarcelado. Pero Juan le había enseñado a hacer la señal de la cruz sobre cualquier bebida o comida que tomase, y así sucedía que no se envenenó, aunque tenía voluntad de serlo. Entre tanto volvió Juan al lugar; el pobre judío confesó su falta y expuso también su extrema necesidad, prometiendo hacer penitencia de su delito. Juan bendijo el mismo recipiente de bronce que había contenido el veneno, lo convirtió en oro y le mando fuera a pagar su deuda con ese oro. Este hombre llegó a ser mas tarde discípulo de Juan, y obispo de la ciudad donde encontró Juan a aquel joven que se extravió y rescato de entre una banda de malhechores.

Juan encontró a este joven junto a una majada, cerca de la ciudad. Al hablar con él reconoció que estaban en él mezcladas las buenas cualidades con la extrema rudeza e ignorancia. El niño llamó a sus padres que eran pobres pastores y Juan les pidió que le dejasen al niño para educarlo. Los padres consintieron. El niño era de diez años y Juan lo llevo al obispo de Berea para que lo educase, diciéndole que volvería a su tiempo para pedirle cuentas del niño. En un principio las cosas fueron bien; luego dejaron al niño hacer sus caprichos y terminó por caer en manos de una banda de malhechores. Cuando Juan volvió reclamando al niño, supo que su protegido estaba en los montes con los asaltantes, Juan tomó un animal de carga, porque su edad y lo escabroso del camino no le permitían andar a pie. Al encontrar al joven le pidió de rodillas que volviera de su mal camino. El joven tenía entonces unos veinte años. Juan se lo llevó consigo. Cambió al obispo del lugar, y mando al joven que hiciera penitencia de su pecado. Más tarde vi que llegó a ser también obispo. Aquel obispo era, por lo demás, un hombre bueno, que tuvo mucho que sufrir por los herejes; pero en el asunto del niño se hizo culpable de un descuido grave. Fue obispo sólo seis años y me pareció que más bien hacia las veces de Juan en su ausencia. Su nombre es Aquila. Murió de muerte natural. ¡Oh, cómo lloraba cuando San Juan le reprochó su negligencia con el niño! Lo he visto de rodillas delante del apóstol.

VI

El Apocalipsis y el Evangelio de San Juan

Cuando Juan fue echado en la caldera del aceite hirviente, ya había enseñado en Italia, y allí fue tomado preso. Desde la isla de Patmos, donde era muy querido y había convertido a muchos, hacia viajes con sus guardianes algunas veces, y había estado en Éfeso. Las visiones del Apocalipsis no las tuvo de una vez ni las escribió tampoco de una vez, sino en diversas épocas. Tres años antes de su muerte escribió su Evangelio, dentro del Asia.

He visto diversos cuadros de su martirio en Roma. Lo he visto en un patio redondo, rodeado de una pared. Allí fue despojado de sus vestidos y azotado. El apóstol era ya muy anciano, pero sus carnes estaban como las de un joven. He visto que luego lo sacaron afuera, a un lugar grande y redondo, donde había una gran caldera colocada sobre una base de piedra, también redonda, donde se ponía el fuego que respiraba por unos agujeros del horno. Juan era conducido vestido con un manto largo, cerrado delante del pecho, que me recordó a Cristo cuando era burlado. Había allí mucha gente mirando la escena. Se le quitó el manto y su cuerpo apareció cubierto de manchas rojas por los azotes. Dos hombres levantaron a Juan hasta la abertura de la caldera y él mismo hizo su parte. El aceite estaba hirviendo. Atizaban el fuego debajo con atados cortos de leña oscura, que traían para el caso. Después que Juan estuvo un tiempo adentro, sin dar la menor señal de dolor y de daño, lo volvieron a sacar y se vio su cuerpo curado de las heridas de los azotes y más lozano que antes. Mucha gente corrió sin miedo hasta el lugar de la caldera y llenaba pequeños recipientes del aceite, sin quemarse, lo cual me causaba maravilla. A Juan lo sacaron de allí.

Desde Roma fue Juan de nuevo a Éfeso y se mantuvo allí unos días oculto. Sólo de noche salía para visitar las casas de los cristianos y celebraba Misa en casa de María. Algún tiempo después, se retiró con algunos discípulos a Cedar, donde viviendo en la soledad, escribió su Evangelio, tres años antes de su muerte. Los discípulos no estaban con él, cuando escribía; se mantenían a cierta distancia, y se le acercaban de tanto en tanto a traerle comida. Lo he visto escribir sentado o echado debajo de un árbol. He visto que una vez llovía y sobre él había luz y sequedad. En esos lugares estuvo bastante tiempo enseñando, y convirtió a mucha gente de la ciudad. De aquí volvió Juan a Éfeso.

La parte más numerosa de los descendientes de los Reyes Magos se había retirado a la isla de Creta, después del bautismo recibido del apóstol Tomás; los demás habían partido en diversas direcciones. En la Arabia había varios obispos constituidos por Santo Tomás, sacados de los pueblos de los Reyes Magos. Estos obispos no podían ya regir a todos estos pueblos, de los cuales algunos volvían a caer en la antigua idolatría. Escribieron por esto a San Juan,· y éste les mandó a los dos hermanos de Fidel, que bautizaron a Macario y a Cayo. Estos discípulos. a fuerza de ruegos y de insistencia,

consiguieron que el mismo Juan, en edad muy avanzada, viajase al país de los Reyes Magos. La comarca de éstos estaba más lejos que el país de Mensor. He visto a Juan en el país de uno de ellos, entre los Caldeos, que tenían un jardín de María cerrado en su templo. El templo ya no existía, pero habían hecho una pequeña iglesia en la forma de la casa de María en Éfeso: por arriba plana, como he visto todas las capillas de entonces. Llegaron los otros obispos, se juntaron aquí y le pedían a Juan que escribiera la vida de Jesús en su país, que ellos le narrarían todo lo que sabían acerca de su infancia. El apóstol les contestó que él había ya escrito la vida de Jesús, que había escrito lo que de su vida divina se puede escribir aquí en la tierra. Mientras escribía, había estado casi de continuo en el cielo, y que no podía ya escribir otra cosa. Les dijo también que lo que el discípulo, que había viajado con Jesús, llamado Eremenzear, mas tarde Hermes, había escrito, lo completasen Macario y Cayo. He sabido que el trabajo de Macario se ha perdido; pero que el de Cayo existe aun. Juan partió de allí a Jerusalén, luego a Roma y de allí a Éfeso.

VII

Muerte de San Juan Evangelista

Tuve una hermosa visión de la muerte de San Juan. Era ya muy anciano; su rostro empero se conservaba siempre fresco, hermoso y juvenil. Lo he visto en Éfeso, en la iglesia, creo, durante tres días, partiendo y repartiendo el pan (*expresión antigua para significar la comunión*). Me pareció que Jesús se le apareció y le predijo su próxima muerte. Tengo de ello una idea algo confusa; sin embargo, recuerdo que Jesús se le apareció: Lo he visto enseñando al aire libre, fuera de la ciudad, debajo de un árbol, rodeado de muchos discípulos. Se retiró con dos discípulos a un lugar hermoso, detrás de una pequeña colina, entre el boscaje, había allí una hermosa pradera, y se veía el reflejo del cielo en el mar en calma. Él les señalaba algo a ellos en la tierra; me pareció que les decía que debían hacer o completar su sepulcro allí; creo más bien que debían sólo completarlo, pues he visto que pronto estuvo hecho muy bien. Pienso que lo demás había sido hecho con anterioridad, tanto más que las palas ya estaban allí. Lo vi luego volver adonde estaban los demás, El les enseñaba con amor, rezaba, y les decía que se amasen los unos a los otros. Los dos volvieron, y uno de ellos le dijo: "¡Ah, Padre, me parece que me quieres dejar"... Se apretaban en torno, se echaban de rodillas y lloraban. El los amonestaba, rezaba con ellos y los bendecía. Luego les mandó permanecer donde estaban y con cinco de ellos se fue al lugar de la sepultura. Esta no era muy honda, y estaba muy bien hecha, cubierta con verdor; tenía una especie de tapa de mimbres, sobre la cual debían poner hierbas y encima una piedra. Juan rezaba con los brazos extendidos, de pie, junto a la sepultura; echó luego su manto adentro, bajo a ella, se tendió y rezó nuevamente. Una gran luz descendió sobre él. Aun habló con sus discípulos. Estos estaban echados en el suelo, junto a la sepultura; lloraban y rezaban. He visto luego algo maravilloso: mientras Juan estaba tendido y moría plácidamente, he visto en el resplandor, sobre él, una figure luminosa, como él mismo, saliendo de su cuerpo, como de una envoltura y desapareciendo en la misma luz y resplandor. He visto luego acudir a los demás, Y echarse alrededor de su sepultura, que luego cubrieron. He visto también que el cuerpo de Juan no esta en la tierra. Veo entre el Este y el Oeste un espacio luminoso, semejante a un sol, lo veo allí dentro, como si intercediera a favor de los demás; como si recibiera algo desde arriba y lo diera a los de abajo. Este lugar lo veo como algo perteneciente a la tierra, pero del todo elevado sobre ella: de ningún modo se puede llegar hasta allí (*).

(*) San Antonino trae los hechos narrados en la misma forma que los ve Ana Catalina (VI, Cap. 6, I, 3). La tradición confirma. lo visto por la vidente en la muerte del Santo. San Agustín, San Gregorio de Tours, Hilario, Epifanio, San Gregorio Nacianzeno, Alberto Magno, Tomas de Villanueva y otros son de parecer que Juan murió efectivamente, pero que su cuerpo fue sustraído de la tierra. y que ahora vive, como

Enoch y Elías, para volver al fin de los tiempos a predicar a las naciones. El oficio de la Iglesia griega ha recibido esta tradición en su liturgia.

VIII

Trabajos apostólicos de Sto. Tomás en la India

Cerca de tres años después de la muerte de Cristo, Santo Tomás emprendió viaje con el apóstol Tadeo y cuatro discípulos hacia el país de los Reyes Magos. Allí bautizó a dos de los tres Reyes Magos: a Mensor y a Teokeno. (*En otro lugar dice Ana Catalina que Sair, el tercero de los reyes, ya había muerto*). En todas partes obraba grandes maravillas el apóstol Tomás; establecía maestros de la fe y dejaba a un discípulo. Se dirigió hasta la Bactriana. Lo he visto muy al Norte, en la China, donde empieza la Rusia, entre gentes completamente barbaras. En la Bactriana, especialmente entre los que siguen las enseñanzas de la Estrella Luminosa (*Zoroastro*), fue muy bien recibido. Lo he visto también en el Tibet. Después he visto a Tomás, no solamente en la India, sino también en una isla, entre gente de color negro, y en el Japón, y he oído profecías hechas por él sobre la suerte de la religión en ese país. Tomás no había querido por propia voluntad ir a la India. Antes que se fuera, había tenido frecuentes visiones en sueños, pareciéndole que él edificaba en la India hermosos y grandes palacios. Él no entendía en un principio tales visiones y las desechaba, ya que no era constructor de casas. Pero después le volvían los avisos de que se dirigiera a la India, para convertir a mucha gente, ganar almas para Dios; que esto era lo que significaban los palacios que edificaba. Refirió sus visiones a Pedro, quien lo animó a ir a la India. Viajó a lo largo del Mar Rojo. Estuvo también en la isla Socotora, donde evangelizaba; no permaneció mucho tiempo allí. Era la segunda ciudad del reino adonde Tomás había llegado, cuando celebraban allí una gran fiesta. Él empezó a evangelizar y a curar los enfermos. El rey y mucha gente escuchaban su enseñanza. Logró convertir a tanta gente que un joven sacerdote idolatra concibió mucho enojo contra él. En medio del concurso de pueblo donde enseñaba Tomas, se adelantó y le dio una bofetada. Tomás se mostró muy paciente y, sin inmutarse, ofreció la otra mejilla a los golpes y aun le dio las gracias. Por esta actitud quedaron el rey y el pueblo muy admirados y consideraron a Tomás como persona santa. El mismo sacerdote de los ídolos se convirtió. Su mano se había cubierto de lepra, pero el santo la sanó, y así, convertido, fue luego el más adicto discípulo del apóstol. Tomás convirtió también a la hija del rey y a su esposo, que estaba poseído por un demonio. Después abandonó esta comarca viajando hacia el Oriente. Cuando la hija del rey dio a luz un hijo, se consagraron ella y su esposo a Dios, viviendo en continencia, y repartieron sus riquezas a los pobres. Por este hecho el padre del esposo se irritó mucho contra Tomás y decía que era un hechicero, pero los esposos perseveraron en el camino emprendido, enseñaban por doquier la fe de Cristo con la sencillez con que la habían recibido y convirtieron a mucha gente. El padre del joven esposo se conmovió y mando decir a Tomás que volviera. Tomás volvió, pues le había dicho "Pronto os volveré a ver". El rey se hizo bautizar con una gran muchedumbre del

pueblo. He visto que más tarde fue diácono y que se retiró al país de los Reyes Magos. Creo que llegó a ser sacerdote. Un hijo suyo edificó una iglesia.

He visto a Tomás en otra ciudad de la India, junto al mar, deseando volver atrás en su viaje. Creo que no era lejos del lugar donde he visto mas tarde a Javier. Se le apareció Jesús y le mandó ir más adentro en la India. Tomás no se decidía; le parecía que había allí pueblos muy bárbaros. Se le apareció Jesús nuevamente, y le dijo que huía de su presencia como Jonás: le animó a ir, prometiéndole estar con él; le dijo que allí se obrarían grandes maravillas por su predicación; que en el día del juicio estaría él junto a Cristo, como testigo de lo que se había hecho por la conversión de los hombres.

He visto luego al apóstol salir en medio de mucha gente; lo he visto sanando enfermos, echando demonios y bautizando junto a un pozo. Acercósele un hombre noble, muy instruido y muy bueno, que estaba siempre consultando libros y se hizo un discípulo muy adicto. Este hombre tenía una sobrina casada con un pariente del rey del lugar. Era joven, hermosa y muy rica. Cuando oyó hablar del apóstol, concibió un gran deseo de oír su enseñanza. Se metió entre el pueblo y, echándose a sus pies, le pidió que la instruyera en las verdades de la fe. Tomás la evangelizó y la bendijo. Ella estaba muy conmovida; lloraba, oraba y ayunaba día y noche. Su esposo, que la amaba mucho, la quería distraer; pero ella le rogó la dejase todavía algún tiempo libre. Iba todos los días a la enseñanza del apóstol y se hizo ferviente cristiana. Esto irritó muchísimo a su esposo, que se vistió de luto y se presentó en queja al rey, contra Tomás. Mando el rey que Tomás fuera arrastrado con una soga por el hombre irritado, y azotado y encarcelado; mas él daba gracias a Dios de todo lo que padecía. La joven esposa se cortó los cabellos, lloraba, oraba y daba mucha limosna a los pobres, y desde entonces no volvió a adornarse, Durante la noche, en ausencia de su esposo, habiendo ganado a los guardianes, iba con otros a escuchar las enseñanzas de Tomás en la misma cárcel. Su nodriza iba con ella y se hizo cristiana. Tomás les dijo que preparasen todo para el bautismo en su misma casa. Salió de la cárcel y bautizó a éstos y a muchos otros. Los guardianes, por permisión de Dios, durmieron durante este tiempo, y Tomás volvió luego a su encierro.

Más tarde, como hasta en la familia real algunos se habían enmendado, oyendo la predicación del apóstol, mandó el rey comparecer a Tomás. El apóstol lo evangelizó, y como él no creyese, le dijo Tomás que hiciese alguna prueba con él para que viera que predicaba la verdad. Mandó entonces el rey traer asadores calentados al rojo, y Tomás caminó sobre ellos sin sentir daño alguno. En el lugar donde estuvieron los hierros ardientes, brotó una fuente. Tomás le dijo como él mismo había visto los milagros de Cristo durante tres años, cosa que la decía a menudo, y que, a pesar de todo, frecuentemente dudaba; por eso quería convencer a los más incrédulos. Tomás narraba su propia culpa en todas partes. El rey intentó aun ahogarlo dentro de una pieza que hizo llenar de vapor caliente; pero no llego a causarle daño alguno y la pieza estaba llena de aire fresco. Cuando pretendió que Tomas sacrificase a sus ídolos, el apóstol le dijo: "Si Jesús no pudiera destruir a tu ídolo, entonces yo le ofreceré incienso". Se preparó una gran fiesta; caminaron hacia el templo, en medio de músicas y cantos. El ídolo de oro era conducido en un carro majestuoso. No bien Tomás oró, se vio descender fuego del cielo que derritió el ídolo en un momento. Otros muchos ídolos cayeron destrozados al suelo. Se produjo por esto un gran levantamiento entre el pueblo y los sacerdotes, y Tomas fue arrojado de nuevo a la cárcel. De ésta cárcel fue librado, como Pedro, y llegó

a una isla donde estuvo largo tiempo. Tomás dejó su enseñanza allí y se dirigió hacia el Japón, donde estuvo medio año. A su vuelta se convirtieron muchos de la misma familia del rey. Los sacerdotes de los ídolos estaban más irritados contra él. Uno de ellos tenía un hijo enfermo y pidió a Tomás que fuese a sanarlo. Mientras tanto ahogó a su hijo y luego acusó a Tomás de ser autor del hecho. Tomás hizo traer el cadáver y mandóle, en nombre de Jesús, levantarse y decir quién lo había matado. El muerto se levantó, y dijo: "Mi padre lo ha hecho". Por este motivo se convirtieron muchos.

He visto que Tomás, hincado de rodillas sobre una piedra, solía orar fuera de la ciudad, en un lugar distante del mar, y que sus rodillas quedaron impresas en la piedra. Él predijo que cuando el mar que estaba entonces bastante lejos llegase a lamer esa piedra, vendría un hombre desde muy lejos y predicaría allí la fe de Jesucristo. Yo no podía pensar que el mar llegaría con el tiempo hasta allí. En ese lugar se levantó una cruz de piedra cuando Javier llegó a esta comarca. He visto a Tomás hincado sobre esta piedra, orando, en éxtasis, y que un sacerdote idolatra, acercándose por detrás, le traspasó con su lanza. Su cuerpo llegó luego a Edesa; y he visto una fiesta religiosa en su honor. Pero quedaron todavía una costilla de Tomas y la lanza en el lugar. Junto a la piedra donde rezaba, había un árbol de olivo, que fue regado con su sangre. Siempre, el día de su martirio, el árbol suda aceite, y cuando esto no acontece, la gente teme un mal año. He visto que los paganos en vano quisieron desarraigar este árbol, que siempre renace. Se levantó una iglesia allí, y cuando se dice Misa en ella el árbol vuelve a sudar aceite. La ciudad se llama Meliapur. Ahora la fe no florece allí, pero el cristianismo se levantará de nuevo en ese lugar.

Me fue dicho que Tomás llegó a los trescientos noventa años de edad. Era muy demacrado, algo oscuro de cara y tenia cabellos castaños algo rojizos. En su muerte se le apareció el Señor y le dijo que se sentaría con él a juzgar en el día del juicio. Si no me equivoco en mis muchos viajes me parece que Tomás partió, después de la separación de los apóstoles, primero a Egipto, después a Arabia, y andando por el desierto mandó a un discípulo a decir a Tadeo que fuera a ver al rey Abgar. Después bautizó a los Reyes Magos y llegó hasta la Bactriana, China, Tibet, Rusia, y desde aquí regreso para asistir a la muerte de María. Después lo he visto en Palestina. a través de Italia, un trozo de Alemania, la Suiza, un poco de Francia, luego en África llegar a Etiopía y Abisinia, donde vivía Judit (d*e quien se había en otra visión*). De allí a Socotora, a la India, a Meliapur, donde fue librado de la cárcel por el ángel; atravesando parte de la China, llegó muy al Norte, donde es ahora la parte rusa. De aquí fue al Norte de las islas del Japón.(*)

(*) El *Kirchenlexikon* dice: Según la tradición de los Sirios, envió Tomás al apóstol Tadeo a Edesa, donde era rey Abgar. El cuerpo del Santo descansa en Edesa y parte de sus reliquias quedaron en la India.

IX

Trabajos de San Bartolomé en Asia y Abisinia

El apóstol San Bartolomé predicó la fe primeramente en la India, donde dejó muchos convertidos y discípulos. Después paso a través del Japón, y volvió a la Arabia, por el Mar Rojo, hacia Abisinia. aquí convirtió al rey Polimio y resucitó a un muerto. En la ciudad real de este país había muchos enfermos, que eran conducidos ante los ídolos. Desde que Bartolomé llegó, el ídolo enmudeció. Había allí una casa llena de mujeres endemoniadas. Bartolomé sanó y libró a esas personas, las evangelizó y las bautizó, después que ellas abjuraron públicamente de sus errores y de su comercio con los demonios.

El apóstol se entretenía frecuentemente y por largo tiempo con el rey Polimio, el cual preguntaba mucho y a menudo lo dejaba para consultar con sus escritos. El apóstol le respondía y resolvía sus dificultades. En cuanto a lo que decía el rey que la gente se sanaba de sus enfermedades cuando iba delante del ídolo, el apóstol le declaró que las gentes eran primeramente influenciadas por el demonio, y parecían enfermas; luego, cuando eran presentadas delante del ídolo, aparentaban ser curadas, para que la gente no se apartara del culto de los demonios. Le dijo que, desde ese momento, el demonio de ese ídolo había quedado reducido a la impotencia, y que ya no podría obrar maravillas. Le decía que todo esto lo vería más claro, si consentía consagrar el templo al verdadero Dios y si se dejaba bautizar él y su pueblo, abrazando la fe de Cristo. El rey mando convocar a todo el pueblo y mientras los sacerdotes falsos ofrecían sacrificios, clamó Satanás desde el ídolo que no lo hicieran, que él ya no podía obrar nada, que estaba atado por el Hijo de Dios. Bartolomé le mandó, en nombre de Dios, que manifestara los engaños de sus curaciones, y Satanás lo confesó, hablando por el ídolo. Después enseñó Bartolomé en un lugar abierto y mandó al demonio se mostrase tal cual era, para que viesen los paganos a quien adoraban. El demonio se mostró en forma de un hombre negro y espantable, y delante de ellos se hundió luego en la tierra. Entonces el rey Polimio mandó derribar todos los ídolos. Bartolomé consagró el templo al verdadero Dios, bautizó al rey, a toda su familia y poco a poco a todo su ejército.

Bartolomé enseñaba, curaba a los enfermos y era muy querido de todo el pueblo. Recibió el apóstol la orden del cielo de ir a ver a la Madre de Dios. Mientras tanto los sacerdotes de los ídolos se dirigieron a Astiages, hermano de Polimio y acusaron a Bartolomé como hechicero. Cuando Bartolomé volvió, después de la reunión con los demás apóstoles, no alcanzó a entrar, porque fue aprehendido por los satélites de Astiages y llevado delante de él, que le habló así: "Tu has seducido a mi hermano para que adorase a tu Dios. Yo quiero enseñarte a sacrificar a mi dios". Bartolomé le respondió: "Ese Dios que me dio la potestad de mostrar a tu hermano a quien adoraba, es decir, a Satanás, y de echarlo al infierno, de donde había salido, me da también la fuerza para quebrar a tus dioses falsos y traerte a ti mismo la fe". En ese momento llegó

un mensajero con la noticia de que el ídolo de Astiages había caído destrozado en tierra. El rey, rabioso por este hecho, rasgó sus vestidos y mandó azotar al santo apóstol. Fue atado a un árbol y despellejado, mientras él, con clara voz, predicaba; al fin le fue atravesada la garganta con un estilete. Los verdugos lo desollaron desde los pies y le pusieron su piel en las manos. Después de su muerte, arrojaron su sagrado cuerpo a las fieras; pero fue por la noche rescatado por los nuevos convertidos. He visto que el rey Polimio acudió con mucha gente y le dio honrosa sepultura. Sobre su sepulcro se edificó una iglesia. Astiages y los que habían martirizado a Bartolomé se vieron invadidos por el furor y el espanto, después de trece días, y corrían al sepulcro del santo implorando su ayuda, El rey Astiages se convirtió, al fin; no así los sacerdotes idolatras, que murieron miserablemente después de algún tiempo. (*)

(*) Sin razón identifican algunos exégetas a Bartolomé con Natanael, Bartolomé, hijo de Tolmai, se llamaba Neftalí. Después de haber predicado en la India y Armenia, sus reliquias están en Roma, mientras que Natanael. Después de haber predicado en Mauritania y en Bretania, descansa en Treuga, que es León de España.

X

Simón y Judas Tadeo en Persia

Los hermanos Simón y Judas Tadeo anduvieron, después de la dispersión de los apóstoles, por algún tiempo en compañía. Simón se dirigió al Mar Negro, y hacia la Escitia, y Tadeo hacia el Este, donde probablemente encontró a Tomás, acompañándole un trecho, siendo luego enviado por éste con una carta al rey de Edesa, llamado Abgar.

Cuando Tadeo llegó hasta el rey, vio éste, junto al apóstol, el rostro luminoso de Jesús, y se inclinó profundamente. Por medio de la imposición de sus manos sanó Tadeo al rey Abgar de la lepra. Después de haber sanado y convertido a muchos en Edesa, se dirigió con su acompañante Silas a través de los países que Jesús había visitado y llegó, atravesando Arabia, hasta el Egipto. En este viaje pudo el apóstol bautizar a muchos en Kedar; enteras poblaciones abrazaban la fe.

El apóstol Simón se dirigió, después de la muerte de María, al país de los Persas. Llevaba de acompañantes al discípulo Abdías y a otros más. Más tarde fue Abdias obispo de Babilonia. Por disposición de Dios, se encontraron los dos hermanos de nuevo juntos en un campamento militar y se encaminaron a una gran ciudad (*Babilonia*). Aquí les iba muy bien. He visto acontecer muchas cosas de las cuales ya no tengo más que una vaga idea. Recuerdo que en una reunión, en presencia del rey, se levantaron los sacerdotes idolatras contra el apóstol. Una parte de ellos tenía en un canasto cierta cantidad de víboras del largo de un brazo y otros las tenían en las manos. Estas víboras eran redondeadas, como anguilas, pero más delgadas; tenían cabecitas redondas, las fauces abiertas mostraban unas lengüitas agudas, como lancetas, en actitud de amenaza. Los sacerdotes las arrojaron contra el apóstol; pero he visto que ellas volvían como flechas contra los mismos que las habían traído. Los mordían, y ellos gritaban y clamaban, hasta que el apóstol mandó a las serpientes que no dañasen a esos sacerdotes. He visto que muchos se convirtieron y el mismo rey con ellos. Los apóstoles salieron de allí y fueron a otra ciudad y se hospedaron en la casa de un cristiano. He visto levantarse un tumulto en la ciudad, y los dos apóstoles, juntamente con el cristiano, fueron conducidos a un templo donde había varios ídolos montados sobre ruedas. Se había reunido una muchedumbre tumultuosa, dentro y fuera del templo. Recuerdo haber visto que los ídolos se desplomaron destruidos y que del templo caían escombros. A consecuencia de esto fueron los dos apóstoles maltratados por el pueblo, que con toda clase de armas y con la ayuda de los sacerdotes idolatras, hirieron a los santos apóstoles, hasta dejarlos muertos. He visto como al apóstol Tadeo le partieron la cabeza en dos partes, por en medio de la cara, con el hacha que tenía un hombre en el cinto. Apareció una claridad y visión celestial sobre el santo mártir. Los cuerpos de ambos apóstoles descansaron en la iglesia de San Pedro en Roma.

XI

San Felipe en Frigia y San Mateo en Etiopia

Después de Pentecostés partieron Felipe y Bartolomé hacia Gessur, en los confines de la Siria. Felipe sanó en esta ciudad a una enferma. Al principio fue bien recibido; luego perseguido. Pasó Felipe a la Frigia, donde ganó a muchos paganos a la fe de Cristo. En Heriápolis, de Frigia, fue llevado delante de una estatua de Marte, por los sacerdotes, para que ofreciera incienso. Salió debajo del mismo altar una serpiente, que mató a dos tribunos y al hijo del mismo sacerdote del ídolo. El santo apóstol resucitó a los tres muertos. A pesar de esto, fue azotado y luego crucificado. Querían muchos sacarlo de la cruz mientras estaba aun vivo, pero él les rogaba que lo dejasen morir como había muerto su Señor y Maestro. Mientras estaba aun en la cruz, fue apedreado hasta que lo vieron muerto. Su martirio ocurrió el año 81.

San Mateo predicó 25 años en Etiopía, y en este tiempo convirtió a una gran muchedumbre a la fe de Cristo, entre ella al rey Egipo con toda su familia. La hija del rey, Hifigenia, tomó la resolución de consagrarse a Dios en estado de virginidad y fue confirmada en este propósito por el santo apóstol. Cuando lo supo el tío del rey, que se había apoderado del reino y que pretendía a Hifigenia por esposa, mandó matar al santo apóstol. Mientras celebraba los divinos oficios en el altar, el santo apóstol fue traspasado por una lanza.

XII

San Marcos en Roma (*)

Con el príncipe de los apóstoles, Pedro, fue Marcos a Roma. En su Evangelio escribió Marcos lo que Pedro le dictaba. Como se extendió por Roma una peste, se erigió allí, por orden de Marcos, una especie de Vía Crucis. Los cristianos y los mismos paganos que hacían el Vía Crucis se veían libres de la peste. Al ver esta maravilla muchos paganos se convirtieron. Marcos se dirigió desde Roma a Egipto para predicar el Evangelio. Lo he visto primero en Alejandría. Él no había querido ir allá, sino más bien predicar de un lado para otro. Camino andando, se hirió de tal manera en el dedo indice de la mano derecha, que hubiese perdido el dedo a no haber obtenido curación por una maravillosa aparición, semejante a la de Saulo, que le infundió mucho temor. De su herida le quedó toda su vida una señal colorada alrededor del dedo. Cuando entró en Alejandría dio, en cierta ocasión, la suela de su zapato al zapatero Aniano para que se la compusiera. Este artesano se hirió la mano al hacer el trabajo. Marcos lo sanó juntando saliva con polvo del suelo. Se convirtió Aniano y Marcos se hospedó en su casa. Aniano tenía una habitación grande, varios siervos, y su esposa con diez hijos. En la habitación destinada para Marcos tenían lugar las primeras reuniones de los nuevos convertidos. Los apóstoles no solían celebrar los divinos oficios y la Misa en una nueva comunidad, sino cuando ésta se encontraba fortificada y convenientemente instruida. El santo sacramento lo administraban con cierto rito durante la celebración de la santa Misa. El zapatero Aniano tenía entre sus diez hijos, tres que luego fueron sacerdotes. He visto que el padre fue el sucesor del mismo Marcos. En Heliópolis he visto al santo evangelista Marcos. Allí se edifico una iglesia en el lugar donde había estado la Sagrada Familia y también un pequeño convento. La mayoría de los bautizados aquí por Marcos, eran judíos. Marcos fue arrojado en la cárcel de Alejandría y estrangulado con una soga. Cuando estaba en la cárcel se le apareció Jesús con una pequeña patena y le dio un pan redondo. Más tarde he visto su cuerpo en Venecia.

(*)Inclúyense en este capítulo algunos que no son apóstoles propiamente dichos, como Marcos, Timoteo y otros, pero que estuvieron estrechamente vinculados a los apóstoles de Jesucristo.

XIII

San Lucas y los cuadros de la Virgen

El evangelista Lucas estuvo con San Juan en Éfeso; luego con el apóstol Andrés. En su ciudad natal conoció al apóstol Pablo, a quien acompañó en sus viajes. Escribió el Evangelio, según consejos de Pablo y porque corrían falsos escritos acerca de la vida del Señor. Escribió su Evangelio 25 años después de la Ascensión del Señor, la mayor parte por noticias de los que habían presenciado los hechos. Ya en tiempo de la resurrección de Lázaro lo he visto visitar los lugares donde el Señor había obrado milagros y hacer anotaciones. Estaba en íntima relación con Bársabas. Supe también que Marcos escribió su Evangelio por noticias de los que habían presenciado, y he visto que ninguno de los Evangelistas, al escribir su libro, uso el escrito de los otros. Me fue dicho que si más hubiesen escrito, menos aun les hubiesen creído. Los milagros repetidos varias veces, no los han consignado, para no ser largos.

He visto a Lucas pintar varios cuadros de la Virgen, algunos de modo milagroso. Un busto de María lo halló pintado y concluido, por haberlo pedido así, después que inútilmente había intentado hacer el trabajo. Lo halló terminado mientras estaba en éxtasis. Esta conservado en Roma, en Santa María la Mayor, sobre un altar en la capilla del Pesebre, a la derecha del altar mayor. No es, sin embargo, el original, sino una copia del mismo. El original esta aun en una pared, que se ha convertido en una columna, cuando se ocultaron allí, en un gran peligro, muchos objetos sagrados. Allí veo también huesos de santos y escritos de mucha antigüedad. La iglesia tiene siete columnas. Esta encerrado en el medio, a la derecha, de modo que el sacerdote, cuando dice *Dominus vobiscum*, en el altar del cuadro de la Virgen, con su mano señala esa columna.

Lucas pintó también la imagen de María de cuerpo entero, en traje de desposada. No sé donde se encuentra ese cuadro. Otro cuadro donde aparece María en traje de luto, de tamaño natural, creo haberlo visto donde está el anillo de desposada de la Virgen (*en Perusa*). Lucas pintó a María mientras iba camino del Calvario para bajar a Cristo de la cruz. Esto sucedió de modo maravilloso. Cuando todos los apóstoles habían huido, María se encaminó al amanecer hacia la cruz, creo que con María Cleofás y Salomé. Lucas estaba en el camino y extendió un lienzo con el deseo de que quedara impresa la imagen de María. Encontró la imagen como una sombra diseñada y según esto hizo la pintura. había allí dos figuras: él mismo, con el lienzo, y María, de camino. No sé si Lucas obró así sólo para obtener la figura de María en su lienzo, o porque era costumbre alzar un lienzo a las personas de luto, o para prestar a María un servicio como había querido hacer la Verónica con Jesús. Este cuadro pintado por Lucas lo veo como aun existente en medio de cierta gente, entre Siria y Armenia. Estos no son realmente cristianos; creen en Juan Bautista y usan un bautismo de penitencia cuando quieren purificarse de sus culpas. Lucas predicó en este lugar y obraba con el cuadro muchos milagros. Ellos lo persiguieron, y quisieron apedrearlo. Con todo, se guardaron el

cuadro de Lucas. Tomó consigo a doce a quienes había convertido. Ellos vivieron en la cercanía de un monte, como a doce horas del Líbano, hacia el Oriente. En los tiempos de Lucas eran un centenar. Su iglesia la veo como una cueva en la montaña; para entrar hay que descender; por la parte alta se ven cúpulas, como se ven ventanas en la techumbre de una iglesia.

He visto el cuadro de Lucas en otro tiempo; yo creo que eran tiempos mas modernos, porque en los de Lucas las cosas eran más sencillas. La iglesia me pareció más grande; las ceremonias me parecieron muy diferentes entre los habitantes. El sacerdote estaba sentado bajo un arco, delante del altar. El cuadro estaba colgado del techo. Había muchas lamparas ardiendo delante del cuadro, de modo que estaba ya oscuro y borroso. Ellos alcanzaban muchas gracias del cuadro y lo honran porque han visto maravillas por causa de él. Lucas fue martirizado siendo Obispo, creo que en Tebas. He visto como lo ataban con sogas a un árbol de olivo y lo ultimaban a flechazos. Una flecha le dio en el pecho y su cuerpo
se inclinó hacia adelante. Entonces lo ataron nuevamente y volvieron a flecharlo. Fue enterrado secretamente de noche. He visto que Lucas usaba como medicina, en su periodo de curaciones, resedá con aceite de olivo mezclado, al cual bendecía. Ungía a los enfermos, haciendo una cruz en la frente y en la boca, y usaba también resedá seca con agua, que derramaba encima.

(*) Lucas fue discípulo del Señor, aunque no le seguía de continuo. Según San Gregorio Magno, Orígenes, Aeofilacto, Nicéforo, Metafrastes, fue con Cleofás uno de los discípulos de Emaús.

XIV

San Bernabé, Timoteo y Saturnino

Fue enviado Bernabé desde la iglesia de Jerusalén a Antioquía, donde predicó el Evangelio en compañía de San Pablo, durante un año, con mucho fruto espiritual, hasta que el Espíritu Santo, por boca del profeta, le confirió la misión: "Separad a Bernabé y a Pablo para la obra que les he encomendado". Después que recibieron la consagración episcopal fue Bernabé compañero de San Pablo por algún tiempo. Cuando se separó de él hizo varias excursiones apostólicas. Estuvo en Milán, donde predicó el Evangelio. En la isla de Chipre, su patria, fue apedreado por los judíos. Su cuerpo fue arrojado en una hoguera, pero no se quemó. Sus discípulos lo enterraron religiosamente. Cuando en tiempos del emperador Nerón volvió a encontrarse su cuerpo, hallaron una parte del Evangelio de San Mateo sobre su pecho. Ha escrito algunas cosas.

Timoteo, discípulo de San Pablo, fue tomado preso en la isla de Chios, en el mismo tiempo que el apóstol San Juan se encontraba en cautividad en la isla de Patmos. Lo he visto siempre alto de estatura, moreno, delgado y pálido. En los viajes llevaba casaca oscura, que recogía en la cintura. Como obispo llevaba un manto largo, de color marrón oscuro, con flores color de oro, bordadas gruesamente. Los hilos parecían cordeles, pero el conjunto era muy hermoso. Tenía una estola en el cuello, un cinturón en el cuerpo y en la cabeza una especie de mitra baja, partida en dos. Era querido por todos. Tenía una comunidad de convertidos. Hasta los mismos soldados que lo rodeaban, lo querían. Había allí una mujer noble, cristiana, que había caído en grave culpa. Estando Timoteo por celebrar los misterios en una pequeña iglesia, ya en el altar, conoció por revelación la culpa de esa persona, que llegaba a la iglesia para oír la Misa. Salió entonces el santo obispo a la puerta e impuso a la mujer la penitencia de su culpa, impidiéndole la entrada. A consecuencia de esto, se levantó una persecución contra el santo. Fue desterrado a la Armenia, y libertado, antes que Juan lo fuera de la isla de Patmos. San Pablo lo envió como obispo a Éfeso. En esta ciudad fue muerto, porque había censurado enérgicamente los desordenes de unas orgías celebradas esos días con mascaras, llevando los ídolos en las bacanales.

Saturnino, que junto con el apóstol Andrés siguió a Jesús después del bautismo del Jordán, predicó después de la muerte de Cristo, en Tarso. Aquí estaba a punto de ser muerto por los paganos; pero se levantó un viento con tanto polvo, que llenando los ojos de los perseguidores, permitió a Saturnino huir de la ira de sus adversarios. Estuvo también en Roma con San Pedro y fue enviado por él a las Galias. allí estuvo en Arelat, en Nimes y en varias otras comarcas del país. En Tolosa se detuvo mayor tiempo y convirtió a muchos paganos, después de haber sanado de lepra a una mujer que se hizo cristiana. En Tolosa fue martirizado. Sobre una montaña donde había un templo a los ídolos, el santo fue aprehendido por los paganos y atado a un toro furioso, el cual lo arrastro por entre espinas y piedras del camino, barranca abajo. Cuando el toro furioso

se detuvo, al caer del barranco, el santo tenía la cabeza partida. Así consumó su martirio. Su fiesta se celebra el 29 de febrero.

XV

Lázaro, Marta y Magdalena en el sur de Francia

Tres o cuatro años después de la muerte de Cristo prendieron los judíos a Lázaro, Marta y Magdalena. Prendieron también al discípulo Maximino y a aquel ciego de nacimiento curado por Jesús, que se llamaba Chelitonio y a dos doncellas y los depusieron sobre un barco desmantelado, sin remos ni velas, abandonándolos a merced de las olas. Por milagro de Dios escaparon del naufragio. Con el auxilio del Señor, el buque fue llevado con extraordinaria velocidad a través del mar, y se detuvo en las costas del Sur de Francia, cerca de la ciudad de Massilia, hoy Marsella. Cuando llegaron a esta ciudad, se festejaban los bacanales de unos ídolos. Los siete extranjeros se sentaron bajo un corredor de columnas, en lugar abierto. Permanecieron largo tiempo así, indecisos. Fue Marta la primera que, después de haberse confortado con lo que traían en sus pequeños recipientes, se mezcló con la gente del pueblo, que se había acercado a ellos y les dio a entender como habían llegado hasta allí. Les habló también de Jesús, y se mantuvo muy movida. He visto también como más tarde les arrojaban piedras para ahuyentarlos; pero las piedras no los herían, y quedaron en ese sitio hasta la mañana siguiente. Los demás también habían comenzado a hablar y a hacerse entender. Así pudieron ganarse la simpatía de algunas personas. Al otro día acudió gente desde una gran casa, que tengo por alcaldía, y le preguntaron muchas cosas. Permanecieron otro día más bajo las arcadas, entreteniéndose con las gentes que pasaban, que se detenían para ver a los forasteros. Al tercer día fueron conducidos a la casa grande, delante del jefe, separados en dos grupos. Los hombres quedaron con el jefe allí y las mujeres fueron llevadas a otra casa de la ciudad. Se los trató bien y se les dio de comer. He visto que predicaban y enseñaban en los lugares donde los llevaban y que el jefe del lugar dio orden en la ciudad de no molestar a los forasteros. Pronto se dejaron bautizar muchos habitantes. Lázaro bautizaba en una gran fuente, en la plaza, delante del templo, el cual poco a poco se iba quedando desierto. Creo que el jefe también se hizo bautizar. No permanecieron largo tiempo juntos. Mas tarde Lázaro continuó predicando allí como Obispo.

Marta se dirigió con las dos doncellas a una región salvaje, rocosa, cerca de la ciudad de Aix, donde habitaban muchas esclavas paganas, a las cuales convirtió. Más tarde se edificó un convento y una iglesia. Habitaba allí un monstruo, que causaba mucho daño en la comarca, a orilla de un río. Marta llegó en el momento en que la bestia devoraba a un hombre. Marta sujetó al monstruo, echándole un cinturón al cuello, en nombre de Jesús, y lo ahogaba, mientras el pueblo que presenciaba la escena acabó por matarlo.

A menudo predicaba Marta el Evangelio delante de mucha gente, en lugares abiertos y a orillas del río. Ella y sus compañeros acostumbraban hacerse una especie de púlpito con piedras superpuestas. Las colocaban formando escalones; dentro quedaba la altura vacía como una bóveda; encima ponían una gruesa piedra, sobre la cual predicaba de pie. Hacia esto como un albañil no lo haría mejor; siempre la he visto ingeniosa y extraordinariamente ordenada. Cierto día sucedió que estaba Marta predicando sobre esta altura, a orillas del río. Quiso un joven acercarse nadando desde la otra orilla para

oír lo que decía; pero el agua lo venció y el infeliz pereció ahogado. Por esto la gente se mostró contrariada con la santa y le echaba en cara que se había rodeado sólo de esclavas, a las cuales había logrado convertir. Cuando al día siguiente el padre encontró el cadáver de su hijo ahogado, lo llevó, en presencia del pueblo, adonde estaba Marta, diciendo que sólo si volvía la vida a su hijo podía creer en Cristo y en el Dios que anunciaba. Entonces Marta mando al joven, en nombre de Jesús, volver a la vida, y aquél resucitó. El joven resucitado, el padre y muchas personas se hicieron cristianos; otros no se convirtieron y tenían a Marta por hechicera. He visto que uno de sus compañeros de viaje, creo que el discípulo Maximino, llegó a la comarca para visitar a Marta y le dio la santa comunión. Marta trabajó, enseñó y convirtió a muchos habitantes de la región. Cuando Magdalena se separó de ellos, se retiró a una región solitaria donde moraba sola en una cueva, que acomodó para vivienda. Maximino acercábase algunas veces, a mitad del camino, donde estaba Magdalena, para darle la santa comunión. Magdalena murió poco antes de su hermana y fue sepultada en el convento de Marta. Sobre la cueva de su habitación edificó Maximino una capilla.

XVI

San Clemente Romano(*)

Con San Pablo no he visto a Clemente; pero a menudo lo he visto con Bernabé; también con Timoteo, Lucas y Pedro. El era romano, pero sus antepasados eran judíos de los confines de Egipto. Estaba casado, y recibió una inspiración de vivir en continencia, lo cual practicó también su esposa, que más tarde, me parece, fue martirizada. Fue el tercer Papa, después de Pedro. He visto al papa Clemente poco antes de la persecución. Estaba extraordinariamente demacrado y pálido: tan abatido lo he visto que parecía a Nuestro Señor cuando llevaba la cruz. Sus mejillas hundidas y su boca contraída por la tristeza con que miraba la ceguera y falsedad de la gente del mundo. Lo he visto enseñando en una sala, sentado. Sus oyentes eran de muy diversas ideas: algunos tristes y conmovidos, otros fingían estarlo, y se alegraban del próximo fin que entreveían acercarse. Otros dudaban y no se decidían a creer. Entonces entraron soldados romanos y lo redujeron a prisión. Lo arrastraron y lo pusieron en un carro. Detrás había un asiento escondido y delante otros abiertos. Pusieron detrás al santo. Subieron unos seis soldados con él en el carro; otros caminaban al lado. Los caballos eran más pequeños y cortos que los de ahora, y con arreos diferentes; no tenían tantas correas. He visto al santo viajar día y noche, muy paciente, con aire de tristeza. Cuando llegaron al mar, fue embarcado en un barco y el carro volvió por su camino. Después tuve una visión de la comarca adonde fue llevado Clemente. Era una región, miserable, desierta y estéril, donde había muchísimas cuevas: todo el contorno era triste y pobre. Clemente fue llevado a una casa que tenía dos alas, una de las cuales salía del medio de la anterior. Cada ala de la misma tenía un pórtico con columnas alrededor. Clemente fue introducido por una puerta, y llevado al ala donde estaba el jefe del lugar; luego fue llevado al ala donde estaban los prisioneros . He visto a Clemente en un desierto rogando por agua. Vino del cielo un luego rayo luminoso que se abrió como un tubo de embalar y de él salió un cordero que con un pie le alcanzaba una vara de punta aguda como una flecha. Abajo, en el suelo, había otro cordero. Clemente tomó la vara, en la tierra y salió al punto un chorro de agua. Los corderos desaparecieron al punto. Clemente había rogado para tener el santo Sacramento. Todos los que bebían de esa agua se sentían inclinados hacia el santo Sacramento. Clemente convirtió y bautizó a muchos paganos. Lo he visto en su martirio: lo arrojaron en una cueva llena de víboras y luego echaban agua dentro. Él logró salir con una escalera. He visto como lo arrojaron al mar, desde una nave, con un ancla atada a su cuello. Allí donde fue arrastrado su cuerpo, se formó un sepulcro en la roca, que se hizo visible cuando se retiró el mar. Los cristianos hicieron de esa roca una capilla, en torno de la sepultura, que a veces quedaba sepultada bajo las aguas del mar. Su fiesta se celebra el 25 de noviembre.

(*) Baronio asegura (11, 105-113): "Sobre la vida y martirio de Clemente, tenemos las tradiciones más seguras tanto entre los griegos como entre los romanos... La Passio Clementis era leida en las iglesias".

XVII

San Ignacio de Antioquía

He visto a Jesús delante de una casita con sus discípulos. Jesús mando a uno de ellos a la casa de enfrente que trajese a una mujer con sus hijos, la cual vino con ellos, y aun con el más pequeño, que tendría tres o cuatro años. Cuando llegó el niño delante del Señor, se volvió a cerrar el circulo abierto en torno del Señor y los apóstoles, y el niño quedó dentro. Jesús habló de él: le puso las manos sobre la cabeza y lo estrechó contra su pecho. La madre se volvió y el niño le fue llevado nuevamente. Este niño fue más tarde San Ignacio de Antioquía. Había sido un niño bueno, pero con la bendición de Jesús quedó transformado. Lo he visto ir a menudo solo al lugar donde Jesús lo había bendecido, besar la tierra y decir: "aquí estuvo ese santo Hombre". Lo he visto jugando con otros niños, elegir apóstoles y discípulos y recorrer, como en juego, los alrededores, enseñando e imitando lo que había visto hacer al Señor. Lo he visto con otros niños en el lugar de la bendición contándoles el hecho, y diciéndoles que debían también ellos besar el lugar. Sus padres vivían y los he visto maravillarse de lo que veían en el niño y conmoverse y hacerse cristianos. Más tarde se unió a los apóstoles, especialmente a Juan, del cual se hizo familiar, y he visto que después Juan lo consagró sacerdote. Cuando Juan fue encerrado la primera vez en prisión, no quiso Ignacio abandonarlo. Después de Evodio, que sucedió a Pedro en la sede de Antioquía, le siguió Ignacio, que fue hecho obispo por Juan, me parece, o por Pedro mismo.

He visto que por esa comarca pasó un Emperador, a quien fue presentado Ignacio delante, y en público le preguntó el Emperador si era él el que, como un mal espíritu, traía revuelta la ciudad. Ignacio le contesto diciendo por qué llamaba demonio a uno que tenía a Dios en su corazón. El Emperador preguntó si sabia quién era el que le interrogaba, y el santo contesto que sí, y que era el primero a quien enviaba el demonio para reprochar a un servidor de Dios. El Emperador lo condenó a ser martirizado en Roma, e Ignacio le dio las gracias por ello con suma alegría. He visto que lo ataban y llevaban a otra ciudad para embarcarlo. Había allí soldados que lo custodiaban y lo hacían sufrir mucho. Lo he visto desembarcar y por donde él pasaba acudían muchos obispos y cristianos para darle el saludo y pedirle la bendición. En Esmirna se detuvo con el Obispo Policarpo, que había sido su condiscípulo; todos estaban muy contentos de verse, y él exhortaba y animaba a todos. Aquí lo he visto escribir cartas. He oído como él escribía y deseaba que rogasen para que las fieras lo triturasen como al trigo en un molino, para ser digno pan para el Señor y para el sacrificio.

También en Roma acudieron cristianos al encuentro del santo, lloraban y se hincaban delante de él y le pedían la bendición. También les decía que deseaba ser triturado para ser una hostia para el Señor. Todo su camino fue un triunfo. Lo he visto llegar al lugar del martirio. Allí oró deseando que los leones le diesen tiempo de terminar su oración; que luego lo devorasen, que dejasen sólo algunos huesos y su corazón, para que ellos pudiesen aun obrar algo por Cristo sobre la tierra. Aquí se me dio una enseñanza sobre la virtud y la importancia del culto de las reliquias. Como él había pedido, así se realizó.

De pronto se lanzaron los leones furiosos sobre él; en un momento estuvo muerto. Lo devoraban y lamían su sangre. Nada quedó sino sólo unos huesos grandes y su corazón. He visto como cuando sacaban de allí a los leones y el público se dispersaba, los cristianos acudían y se disputaban sus reliquias. Todos miraban su corazón, y vieron las letras del nombre de Jesús grabadas como en el título de la cruz. Las letras parecían formadas de venas de color azulado, nacidas allí dentro.

Visiones de los Mártires

XVIII

Longinos

El 15 de Marzo de 1821 Ana Catalina comunicó estos conceptos sobre una visión que por la noche había tenido acerca de San Longinos, cuya fiesta caía en ese mismo dia, cosa. que la hermana ignoraba.

Longinos, que había tenido otro nombre, hacía un servicio, entre civil y militar, al lado de Pilatos, que le encargaba vigilar lo que pasaba y contárselo. Era bueno y servicial; pero antes de su conversión faltábanle firmeza y fuerza de caracter. Lo hacía todo con apresuramiento; le gustaba darse importancia, y como era bizco, por ende, sus companeros con frecuencia le hacían burla. Lo he visto muchas veces esta noche, y con ese motivo toda la Pasión: no sé como pudo ocurrírseme esa idea; lo que recuerdo es que fué con motivo suyo.

Longinos era oficial de clase inferior. En la noche en que Jesús fue conducido al tribunal de Caifás, estaba en el vestibulo con los soldados: iba y venía sin cesar. Cuando Pedro tuvo miedo de las palabras de la criada, él fué uno de los que le dijo: "Tu eres de los partidarios de ese hombre". Cuando condujeron a Jesús al Calvario, estaba cerca de la escolta por orden de Pilatos, y el Salvador le echó una mirada que le conmovió. En seguida lo vi sobre el Gólgota con los soldados. Estaba a caballo, y tenia una lanza. Le vi en casa de Pilatos después de la muerte del Señor: decia que no se debian romper las piernas de Jesús. Volvio de prisa al Calvario.

Su lanza estaba hecha de muchos pedazos que encajaban uno en otro, y estirandolos se le podia dar tres veces su longitud. Asi lo había hecho cuando se determino subitamente a dar la lanzada a Jesús; se convirtió sobre el Calvario, y manifestó a Pilatos su convicción de que Jesús era el Hijo de Dios. Nicodemo obtuvo de Pilatos la lanza de Longinos. He visto muchas cosas relativas a esta lanza, Longinos, después de su conversión, dejo la milicia y se unió a los discípulos. Fué uno de los primeros que recibieron el bautismo después de Pentecostés, con otros dos soldados convertidos al pie de la cruz.

He visto a Longinos y a esos dos hombres volver a su patria vestidos en traje largo y blanco. Habitaban en el campo, en un país estéril y pantanoso. En este mismo sitio murieron los cuarenta mártires. Longinos era diacono, y, como tal, andaba por el país anunciando a Cristo y contando la Pasión y la Resurrección como testigo ocular. Convertía a mucha gente y curaba a muchos enfermos, haciéndoles tocar un pedazo de la santa lanza que llevaba consigo. Los judíos estaban muy irritados contra él y contra sus dos *compañeros*, porque publicaban por todas partes la verdad de la resurrección del Salvador, y revelaban sus crueldades y sus tramoyas. A instigación de los judíos,

mandaron soldados romanos a la patria de Longinos para prenderlo y juzgarlo por desertor y perturbador de la paz pública. Estaba cultivando sus tierras cuando llegaron, y los condujo a su casa, donde los hospedo. Ellos no lo conocían, y cuando le dijeron el objeto de su viaje, mandó llamar a sus dos compañeros, que vivían en una especie de ermita a poca distancia, y dijo a los soldados que ellos tres eran los que venían a buscar. Lo mismo sucedió con el hortelano Focas. Los soldados se afligieron, porque le habían tomado cariño. Los vi conducir a los tres a un pueblecito vecino, adonde fueron interrogados; no estaban en la cárcel: solo presos bajo su palabra, pero tenían una señal particular sobre el hombro. Después los decapitaron a los tres sobre una altura situada entre el pueblo y la casa de Longinos, y los enterraron allí. Los soldados pusieron la cabeza de Longinos en la punta de una lanza, y la llevaron a Jerusalén para probar que habían cumplido con su encargo. Me parece que esto sucedió pocos años después de la muerte del Señor.

Tuve después una visión de época posterior. Una mujer ciega, del pais de San Longinos, fué en peregrinacion a Jerusalén, esperando sanar en la ciudad santa, donde se habían curado los ojos de Longinos. La conducía su hijo, pero este murió, y se quedó abandonada y sin consuelo. Entonces San Longinos se le apareció, y le dijo que recobraría la vista si sacase su cabeza de una cloaca donde los judíos la habían echado. Era un hoyo con una boveda, donde se juntaban las inmundicias por diversos conductos.

Yo vi algunas personas conducir allí a la pobre mujer: entro en la cloaca hasta el cuello, y sacó la santa cabeza. Se curó, y regreso a su patria; los que la habían acompañado conservaron la cabeza. Esto es todo lo que recuerdo.

XIX

El centurión Abenadar

El 1° de Abril de 1823 la hermana Emmerick dijo que ese dia era la fiesta de San Ctesifón, el centurión que había asistido a la crucifixión, y que por la noche había visto muchas particularidades de su vida. Pero los padecimientos y las distracciones exteriores le hicieron olvidar la mayor parte. He aqui lo que contó.

Abenadar, llamado después Ctesifón, era de un país situado entre Babilonia y el Egipto, en la Arabia Feliz, a la derecha de la residencia última que tuvo Job. Había allí, sobre una montaña poco elevada, una reunión de casas cuadrangulares, con tejados planos. Había muchos arbolitos: se recogia incienso y bálsamo. Yo he estado en la casa de Abenadar, que es grande y espaciosa, como de un hombre rico, pero muy baja. Todas las casas estan construidas asi, sin duda por causa del viento, pues la posicion es muy elevada, Abenadar había entrado como voluntario en la guarnición de la fortaleza Antonia, en Jerusalén. Servía en el ejército romano para ejercitarse mejor en las artes liberales, pues era erudito, Fué un hombre muy vivo, de cara morena y talle corto.

Las primeras predicaciones de Jesús y un milagro de que había sido testigo le habían convencido de que los judíos lograban la salvación, y había adoptado la ley de Moisés. No era aun discipulo del Salvador; sin embargo, no abrigaba malas intenciones contra Él; al contrario, le profesaba veneración secreta. Era un hombre muy grave: cuando vino sobre el Gólgota a relevar la guardia, mantuvo el orden y el decoro hasta el momento en que la verdad triunfó en él, y dió testimonio delante de todo el pueblo de la divinidad de Jesús. Como era rico y voluntario, le fué fácil dejar al instante su empleo. Ayudó al descendimiento de la cruz y al entierro de Nuestro Señor; esto le puso en relaciones intimas con los discipulos de Jesús: después de Pentecostés, recibió el bautismo, uno de los primeros, en la piscina de Betesda, y tomo el nombre de Ctesifón. Tenía un hermano en Arabia; le contó los milagros de que había sido testigo, y le llamó al camino de la salvación. Este vino a Jerusalén, y fué bautizado con el nombre de Cecilio. Fué encargado con Ctesifon de ayudar a los diáconos en la nueva comunidad cristiana.

Ctesifón acompaño a España al apóstol Santiago el Mayor, y volvió también con él. Mas tarde fué enviado a España por los apóstoles, y llevo el cuerpo de Santiago, que había sido martirizado en Jerusalén. Fué Obispo, y tenia su residencia habitual en una especie de isla o de península cerca de Francia. Ese sitio fué después destruido por una inundación. El nombre de su residencia se parece a Vergui. No me acuerdo que Ctesifón fuese martirizado. Ha escrito muchas obras que contienen detalles sobre la Pasión de Jesucristo: pero algunos libros falsificados han corrido con su nombre, y libros suyos se han atribuido a otros. Roma ha desechado mas tarde esos escritos, la mayor parte apócrifos, aunque había en ellos algo suyo.

Uno de los guardias del sepulcro, que no había querido dejarse corromper por los judíos, era compatriota suyo y amigo. Su nombre se parecia a Sulei o a Suleii. Después de haber estado algun tiempo en la carcel, se retiró a una caverna del monte Sinaí, donde vivió siete anñs. Este hombre recibio grandes gracias y escribió libros muy profundos, por el estilo de los de Dionisio Areopagita. Otro escritor se ha aprovechado de sus obras, y asi ha llegado algo de ellas hasta nosotros. He sabido todo eso, y también el nombre del libro, pero se me ha olvidado. Ese compatriota de Ctesifon lo acompañó después a España. Entre los compañeros de Ctesifón en ese país estaban su hermano Cecilio, Indalecio, Hesicio y Eufrasio. Otro árabe, llamado Sulima, se convirtió en los primeros tiempos, y mas tarde, en el de los diaconos, un compatriota de Ctesifón, cuyo nombre sonaba como Sulensis.

XX

Nicodemo y la Verónica

Ana Catalina había dicho varias veces que en su cajita de reliquias debía heber una de Nicodemo, pues había tenido una visión de la visita nocturna de éste a Jesús. Encontrada la reliquia narró lo siguiente:

He visto que Nicodemo, después de haber vuelto de sepultar a Jesús con José y con otros, no fué al Cenaculo donde habían quedado escondidos algunos apóstoles, sino que fué a su casa. Tenia consigo los lienzos que habían servido para descender el cuerpo del Salvador de la cruz. Era espiado y vigilado por los judíos en todos sus pasos. Lo tomaron preso y lo encerraron en una estancia. Tenían la intención de dejarlo allí todo el Sábado y luego presentarlo en juicio. Vi que un ángel se le acerco durante la noche. No había ventana en aquella pieza, pero me pareció que el ángel alzaba el techo y llevaba al prisionero sobre los muros del edificio. Lo vi la misma noche encaminarse adonde estaban los demás en el Cenáculo. Lo escondieron allí, y cuando supo la resurrección del Señor, José de Arimatea lo llevó consigo y lo ocultó cierto tiempo en su casa, hasta que con él asumió las funciones de distribuidor y dispensador. Fué entonces cuando las mantas usadas en la deposicion de Jesús, llegaron a manos de los judíos.

Vi un cuadro del tercer año después de la Ascensión del Señor, cuando el Emperador romano hizo ir a Roma a Verónica, Nicodemo y un discípulo de nombre Epafras, pariente de Juana Chusa. Deseaba el Emperador ver y oír a testigos de la muerte y resurrección de Jesús. Epafras era un discípulo de mucha simplicidad de ánimo y pronto a complacer a todos en cualquier servicio. Había sido un siervo del templo y mensajero de los sacerdotes. Había visto a Jesús junto a los apóstoles después de los primeros dias de la resurrección y otras varias veces. Vi a la Verónica junto al Emperador, que estaba enfermo, colocado sobre un sitial de gradas, delante de un gran cortinado. La estancia era cuadrada, no muy grande. No había alli ventana alguna, sino que la luz venía de lo alto y se veian pender algunos cordones de ciertas válvulas que permitían abrir o cerrar para dar entrada al aire y a la luz a voluntad. No había ninguno en la sala cuando entro la Verónica; los servidores habían quedado en la antecámara. He visto que Verónica tenía consigo el Sudario y otro paño que había sido usado en la sepultura de Jesús. Extendió delante del Emperador el santo Sudario, donde el rostro del Señor aparecía impreso en uno de los lados. Era un pañuelo largo o velo extenso que Verónica solia usar en el cuello o sobre la cabeza. La imagen del Salvador no era como si fuera pintada, sino que parecía grabada con la sangre y era de un lado mas larga. El Sudario había cubierto y circundado todo el rostro del Señor. Sobre el otro paño se veía la imagen sangrienta de todo el cuerpo flagelado. Creo que era un paño con el cual habían lavado el cuerpo antes de la sepultura. No he visto que el Emperador fuese tocado con esos paños ni que él los tocase. Pero he visto que se encontró de pronto completamente sano al ver tales objetos. Quiso retener a Verónica, darle dones, casa y personas de servicio. Ella imploró por gracia volver a Jerusalén para poder morir allí donde había muerto el Salvador. Luego vi en otro cuadro que Pilatos fué llamado por el Emperador, muy indignado contra él. He visto que Pilatos, antes de presentarse al Emperador, se

puso sobre el pecho, bajo el vestido, un pedazo del manto de Jesús que le habían puesto los soldados. Lo vi en medio de los guardias, esperando para presentarse ante el Emperador. Parecía que conocia el enojo del Emperador. Cuando el Emperador apareció, lo vi que estaba realmente indignado; pero llegado cerca de Pilatos de pronto se volvió bondadoso y benévolo, y lo escuchó con interés. Cuando Pilatos se alejó, el Emperador se indignó de nuevo y lo hizo llamar a su presencia; pero lo vi de nuevo volverse benévolo, y supe que esto provenía de la proximidad del manto del Salvador que llevaba Pilatos sobre el pecho. Creo haber visto luego a Pilatos, habiendo partido ya de alli, languideciendo en la desolación y la miseria.

En cuanto a Nicodemo, lo he visto mas tarde maltratado por los judíos y dejado por muerto. Gamaliel se lo llevo a una posesión suya, donde había sido sepultado Esteban. Murió allí y allí fue sepultado.

XXI

La santa mártir Susana

He visto muchos cuadros relativos a santa Susana, cuya reliquia tengo aquí. Susana me ha hecho compañía durante toda una noche. Ahora sólo recuerdo algunos episodios de su vida. La he visto en Roma en un gran palacio. Su padre se llamaba Gabino; era cristiano; y su hermano era Papa. La casa del Papa se encontraba junto al palacio paterno. He visto la casa de Gabino con su peristilo y su corredor de columnas. La madre estaría seguramente ya muerta, porque nunca me fué mostrada. Había muchos cristianos en esa casa. Tanto Susana como su padre distribuían cuanto tenían a los pobres cristianos. Hacían esto con cierto secreto. He visto a un mensajero enviado por el emperador Dioclesiano a Gabino, pues eran parientes. Pedia en ese mensaje a Susana, para darla en matrimonio a su yerno, que había perdido a su mujer. Vi que al principio Gabino se alegró de la proposición, y la participó a Susana, la cual le manifestó su repugnancia de unirse en matrimonio con un pagano y le dijo que ya estaba unida con Jesucristo. Vi que Dioclesiano, a consecuencia de tal respuesta, la hizo sacar del lado de su padre y llevarla a la corte de su mujer Serena para que mudase de opinión. Vi que ésta era secretamente cristiana y que Susana se quejó con ella de su situación y las vi orar juntas. Fué conducida de nuevo a la casa de su padre. He visto que el Emperador le envio un pariente (Claudio), que apenas entrado en la casa, quiso besarla, no ya por impudencia temeraria, sino por costumbre y por parentesco. He visto que ella con la mano se apartó de aquel abrazo y cuando él le expuso sus honestas intenciones, oi que le dijo que una boca profanada con las alabanzas a los falsos dioses no la habría de tocar. Vi luego como él se dejo instruír sobre la falsedad de sus dioses y los errores del paganismo y se hizo bautizar por su tío el Papa, juntamente con su mujer y sus hijos. Viendo el Emperador que pasaba tanto tiempo sin darle respuesta, envió a un hermano a preguntar qué había acontecido. El hermano encontró a Claudio con la mujer y los hijos de rodillas, orando y se maravillo mucho al oir que se habían hecho cristianos. Cuando luego requirió una respuesta a proposito del matrimonio de Susana, Claudio le propuso ir adonde estaba Susana, para que viese si una persona como Susana podia ser mujer de un adorador de ídolos. Los dos hermanos se fueron hacia donde estaba Susana y también el hermano de Claudio fué convertido y hecho cristiano por medio de Susana y del tío el Papa. La emperatriz Serena tenía consigo una dama y dos siervos que también eran cristianos. Los he visto con Susana ir secretamente, de noche, a una pequeña camara subterranea situada debajo del palacio imperial. Había allí un altar y ardía siempre una lámpara. Ellos oraban allí, adonde llegaba ocultamente un sacerdote que consagraba y administraba los sacramentos. Vi que el Emperador, al conocer la conversión de los dos hermanos, entró en grande enojo y los hizo arrestar juntamente con todos los de su casa. Luego fueron todos martirizados. El padre de Susana fué encarcelado.

Mas tarde vi un cuadro: Susana estaba sola dentro de una gran sala junto a una mesa redonda sobre la cual se veian figuras doradas. Tenía las manos cruzadas, los ojos en

alto y oraba fervorosamente. Aquella sala tenía en lo alto aberturas redondas. En los angulos había estatuas blancas y grandes como niños; se veían cabezas de animales talladas especialmente en las cabeceras de los muebles. Vi figuras recostadas en las patas posteriores, que tenían alas largas y colas largas, y vi algunas que con las patas anteriores sostenian rotulos y volumenes. (Ornamentos arquitectonicos de leones alados y grifos). Mientras Susana rezaba vi que el Emperador le envió a su propio hijo para que le hiciera violencia. Este, dejando a muchos individuos que le habían acompañado en la antecámara, se adelantó furtivamente hacia Susana; pero le salió al ancuentro una aparición, y cayó al suelo como muerto. Recién entonces Susana miró y dió voces de ayuda al verlo en tierra. Acudieron varias personas, llenas de maravilla, levantaron al joven y lo llevaron. Aquella aparición se había mostrado a un tiempo a Susana y al seductor que estaba detrás: no bien sa había interpuesto entre los dos, el hombre cayó al suelo. Después he visto otro cuadro. Acercóse a Susana otra persona, con otros veinte hombres más; dos sacerdotes idólatras llevaban un ídolo dorado. Debía estar vacio, pues era muy liviano. Lo llevaban sobre una superficie plana que tenía dos manijas. Lo colocaron en el patio del palacio dentro de un nicho, entre dos columnas; tomaron una madera redonda, que pusieron sobre un trípode y la colocarcm delante del ídolo. Muchos entraron entonces en el palacio y sacaron a Susana de la sala, en la parte alta. La llevaron delante del ídolo para que sacrificase. Ella rogaba fervorosamente al Señor, y antes que llegase al lugar he visto una maravilla. Aquel ídolo huyó de allí atravesando entre el patio y la columnata cercana, como si fuese llevado por fuerza y pasando por encima descendió a la calle, donde se deshizo en pedazos. Un hombre que pasaba por la calle, entró anunciando lo sucedido. Luego he visto que los hombres arrancaron a Susana los vestidos, de modo que sólo sobre el seno pudo conservar un trozo de paño con que cubrirse; las espaldas y el dorso estaban descubiertos; en este estado tuvo que pasar por entre los soldados que la punzaban y herían con las astas, de tal modo que cayó desvanecida. La llevaron a una estancia del palacio, donde la dejaron casi muerta. Más tarde volví a verla dentro de un templo, donde debía sacrificarse a los dioses; pero el ídolo cayó postrado por tierra. Después fué arrastrada por los cabellos hasta su casa y decapitada en el patio de su mismo palacio. Durante la noche vino la Emperatriz y un aya de Susana, y se llevaron el cuerpo, lo envolvieron an lienzos y lo sepultaron. La Emperatriz cortó los cabellos y algún fragmento de los dedos. Vi que el Papa pronto celebró la Misa sobre el lugar de su martirio y sepultura. El aspecto de Susana era de lineamientos radondos y fuertes; su cabellera negra. Vestía todo de blanco y los cabellos estaban entrelazados sobre la cabeza. Tenía un velo atado bajo el mentón que le cubría la cabeza y que caía por detrás, en dos puntas, sobre las espaldas.

XXII

Santa Justina y San Cipriano (*)

He visto a Justina desde la infancia, cuando estaba en el patio de la casa de su padre, que era sacerdote de los dioses. Este patio estaba separado del templo sólo por una calle. En presencia de su aya descendió a una cisterna, en la cual se paró sobre una piedra rodeada de agua. A este lugar conducían entradas subterraneas, donde se alojaban diversas especies de serpientes y de otros animales de horrible apariencia que allí eran alimentados. He visto a Justina tomar, sin temor, una serpiente entre sus manos y otros animales mas pequeños. Los tomaba por la cola y mucho se alegraba cuando se alzaban derechos como velas y contorcían la cabeza de un lado a otro. No le hacían daño y se mostraban familiares y domésticos. Había allí ciertos animales que entre nosotros llamamos cabezas grandes (salamamdras), largos como de un pie, que eran empleados en el culto de los ídolos.

Oí que Justina oyó predicar en una igiesia cristiana sobre el pecado original y la redención. Se conmovió, se hizo bautizar y convirtió también a la madre. Esta se lo dijo al marido, que estaba muy angustiado por causa de una aparición, y se hizo bautizar juntamente con la madre de Justina. Vivieron luego retirados, con gran piedad. Me llamó la atención especialmente un cuadro. Justina tenía un rostro agraciado, ovalado y cabellos rubios de mucha belleza, relucientes como el oro; los llevaba anudados sobre la cabeza, en trenzas morbidas como seda, que caían en muchos rizos sobre sus espaldas. Ví que estando ella a la mesa con sus padres comía pequeños panes, y el padre, mirando sus cabellos, le dijo: "Temo, hija mia, que asi no te irá bien, sino que, como Absalón, quedarás atada al mundo". Justina se puso muy pensativa al oir estas palabras; no había jamas reparado en este peligro. Se alejó de alli y no sé qué hizo con sus cabellos; pero gastó enteramente su belleza y deterioró sus cejas. Parecian chamuscados con fuego. Asi desfigurada paso por la ciudad y se presento a su padre, que apenas la reconoció. Un joven que la amaba, quiso raptarla por fuerza, ya que por otro medio no la podía poseer. Con otros compañeros armados la esperaba escondido tras los muros por donde pasaba un camino solitario. Después que la tuvo en su poder, ella lo rechazó con ambas manos y le ordeno que no se moviera. Por milagro el joven no pudo seguirla hasta que la joven estuvo fuera de peligro.

He visto luego a este joven pedir ayuda al mago Cipriano, que con mucho orgullo y confiado en su poder, se la prometió. A Cipriano lo he visto muy metido en sus artes mégicas y de encantamiento, aunque era hombre de animo noble y magnánimo. Desde la infancia había sido instruido en la magia; había viajado por paises remotos para aprender mas y vivía gozando de gran fama en la ciudad de Antioquia, donde Justina residia con sus padres. había llegado a tanta audacia en sus artes, que publicamente, hasta en la iglesia cristiana, se burlaba de Jesús.

Usando de sus artes mégicas obligaba a veces a la gente a salir de la iglesia. He visto como evocaba al demonio. Tenía en su casa una especie de bóveda, medio sepultada en

la tierra, con una abertura en la parte superior para dar entrada a la luz. En torno de las paredes había imágenes nefandas de ídolos bajo forma de serpientes y otros animales. En un ángulo había una estatua vacía por dentro, con las fauces abiertas, del tamaño de un hombre y estaba sobre el borde de un ara redonda, sobre la cual se veía un brasero. Cuando Cipriano evoco al diablo, estaba cubierto de un vestido que usaba especialmente en esos casos. Encendió el fuego sobre el altar; leyó ciertos nombres en un volumen; subió al ara y pronuncio aquellos nombres, vociferando en las fauces del ídolo. Bien pronto el espiritu infernal apareció junto a él en forma humana, mas o menos en apariencia de un servidor. Hay siempre algo de tétrico y de inquieto, como el remordimiento de una conciencia, en los lineamientos de estas apariciones. Vi entonces que el maligno tentó a Justina por dos veces para excitarla al mal, bajo la apariencia de un joven. Se le hizo encontradizo en el peristilo de su casa. Justina se libró del enemigo haciendo la señal de la cruz, y se puso bajo la protección de la misma cruz que hizo en todos los ángulos de su estancia. La vi en la pieza secreta de su casa, de rodillas, orando. Dentro de un nicho de su casa había una cruz y un cándido niño; este parecía estar como en una custodia; la parte superior estaba libre y tenia el niño las manitas cruzadas. Mientras estaba arrodillada avanzó hacia ella un joven con malas intenciones. Entonces apareció, saliendo del muro, una señora de gran majestad, y el joven cayó a tierra aún antes que Justina lo hubiese visto. La aparición desapareció en seguida de la vista.

Luego la he visto destruir con un ungüento toda su belleza. He visto también que Cipriano se deslizaba por los muros de la casa echando un liquido contra las paredes. Esto aconteció en un momento en que Justina no estaba en oración, lejos de sospechar ningún peligro. Se sintió fuertemente agitada y comenzo a errar de un punto a otro de su casa; finalmente se refugió en su pieza, ajusto las cruces que había fijado en los ángulos de la pieza y se puso de rodillas, orando, hasta que el encantador tuvo que ceder y retirarse. Cuando Cipriano hizo la tercera tentativa, el tentador se presento bajo la forma de una piadosa virgen que comenzo a hablar de la pureza y virginidad con Justina. Al principio gustó a Justina la conversación de la doncella, pero cuando comenzó a razonar de Adan y Eva y del matrimonio, Justina reconoció al tentador y se refugió al lado de su cruz. Cuando Cipriano supo lo que le había acontecido al maligno espíritu, lo vi decidido a hacerse cristiano. Lo he visto con el rostro postrado en tierra, dentro de una iglesia, y se hizo pisotear por otros que entraban, como si fuese un demente. Sintió un gran arrepentimiento y quemó todos sus libros de magia. Llegó, con el andar de los años, a ser obispo y eligió a Justina como diaconisa. Ella habitaba cerca de la iglesia y se ocupaba de confeccionar y bordar ornamentos sagrados. Mas tarde los he visto martirizados a ambos. Cipriano y Justina pendían de una mano de un arbol curvado a la fuerza, y me pareció que habían sido destrozados con agudas puas de hierro.

(*) El Kirchenlexikon trae la hlstoria. de Justina y Cipriano conforme a las visiones de Ana Catalina. La historia es aprovechada por Calderon de la. Barca en "El mágico prodigioso", con algunos arreglos. quedando el fondo histórico conforme al Martirologio Romano y a San Antonino.

XXIII

San Dionisio Areopagita (*)

He visto al santo en su infancia, cuando era hijo de padres paganos. Fué siempre profundo escrutador de la verdad, y recomendábase siempre a un Dios de naturaleza superior. Fué ilustrado por Dios en sueños por medio de visiones. Lo he visto amonestado por los padres por incuria en el culto de los dioses, y luego encomendado a la enseñanza de un preceptor muy severo. Durante la noche vino una aparición, la cual le dijo que se fugase de la casa, mientras el preceptor estaba entregado al sueño. Dionisio fué por la Palestina, donde oyó hablar mucho de Jesucristo; todo lo escuchaba reteniendo cuanto le decían con avidez. En Egipto lo vi aprendiendo astronomía en aquel lugar donde había estado la Sagrada Familia. En esta escuela lo vi con otros observando el eclipse de sol que sucedió a la muerte de Jesús. Exclamó; "Esto no es natural; o un Dios muere en este momento o este es el fin del mundo". He visto que su antiguo preceptor fué, animado por una aparición, a ir en busca de Dionisio. Lo encontró y Dionisio fué con él a Heliópolis. Por mucho tiempo no podía comprender la idea de un Dios Crucificado. Después de su conversión, viajó mucho con San Pablo. Estuvo con él en Éfeso para visitar a María Santísima. El Papa Clemente lo envió a París.

He visto su martirio. Tomó su cabeza decapitada, entre las manos cruzadas sobre el pecho, y con ella fué girando en torno del monte. Los verdugos huyeron espantados. Un vivo resplandor salía del santo. Una buena señora le dió sepultura. Era muy anciano cuando murió. Tuvo muchas visiones celestiales, y San Pablo le manifesto sus propias visiones. Ha escrito magnificos volumenes, de los cuales muchos se conservan. El libro de los Sacramentos no fué escrito por él en todas sus partes; fué terminado por otro escritor.

(*) Natal Alejandro (111-168) trae muchos testimonios de Dionisio Areopagita que concuerdan con lo visto por Ana Catalina. Dice que Dionisio, ya de 90 años de edad, fué a Roma donde lo recibió el Papa Clemente, y enviado a las Galias donde sufrió el martirio. San Antonio añade que había sido Instruído durante años por San Pablo. Decapitado, llevó su cabeza -- angelo duce et caeleste lúimine praecedcnte -- desde el lugar de Montmatre hasta lo que es hoy la lglesia de San Dionisio.

XXIV

Santa Úrsula y sus compañeras

Úrsula y sus compañeras fueron masacradas por los Hunos en el 450, a una hora de distancia cerca de la ciudad de Colonia. Otras compañeras lo fueron en otros lugares mas distantes. Úrsula había sido suscitada por Dios para preservar de la seducción y del ultraje a las vírgenes y viudas de su tiempo y guiarlas a la celeste esfera de los mártires coronados. Cumplió su misión con maravillosa fuerza y empeño. Se le había dado por guia especial al Arcángel Rafael, y él le manifesto la misión que se le había confiado. La misericordia de Dios no quería que en aquella época de destrucción, tantas vírgenes y viudas que caían indefensas en manos de los bárbaros, a causa de sangrientas guerras, fuesen infelices presas de total ruina espiritual; por eso debieron antes morir como inocentes vírgenes que caer en pecado y perderse eternamente. Úrsula era muy decidida y rápida en sus movimientos; de estatura alta y robusta complexión; su aspecto no era hermoso, pero severo, y sus maneras varoniles. Cuando sufrió el martirio tenia treinta y tres años de edad.

La he visto siendo niña en la casa de su padre Deonoto y de su madre Geruma en una ciudad de Inglaterra. La casa estaba situada en una calle larga; tenía escalones delante de la puerta y en la calle una reja de hierro con botones amarillos: era semejante a la casa de Benito, en Italia, que tenia también rejas y canceles de bronce. Úrsula tenia diez compañeras de juego que se reunían con ella todos los dias antes y después del medio dia para correr en desafío divididas en dos escuadras, dentro de un recinto rodeado de muros; a veces luchaban al parecer apretándose las manos o lanzando a distancia picas o lanzas. No todas estas jovenes eran cristianas; pero Úrsula y sus padres ya lo eran. Úrsula era tenida como guia de sus compañeras y todo lo que hacía con ellas era por sugestión de su ángel Custodio. Los padres consideraban todo esto con alegría. En aquella época Maximiano dominaba la isla de Inglaterra como jefe; era pagano y no sé ahora si era marido de Otilia, hermana mayor de Úrsula, pero sé que Otilia estaba casada, mientras Úrsula se había consagrado al Señor. Vi que un poderoso guerrero y noble Señor se llego al padre de Úrsula, porque había oido hablar de sus ejercicios, y quería presenciarlos. El padre quedó contrariado y tentó todas las formas de evitar el encuentro. He visto que aquel hombre, a quien el padre de Úrsula no osaba contrariar, se adelantó para presenciar las destrezas de las jovenes y como quedó admirado de la habilidad y de la presencia de Úrsula, la desease por esposa. Sus compañeras debían ser esposas de su gente de armas y de sus oficiales y debían habitar mas allá de los mares, en tierras aun muy despobladas. Pensé en Bonaparte (Napoleon) que asi daba jóvenes por esposas a sus oficiales. He visto la gran turbación del padre y el espanto de la hija cuando supieron la irrecusable propuesta del noble guerrero. Úrsula fué de noche al lugar donde practicaba ejercicios, y alli clamó, en fervorosa oración, al Señor. Se le apareció el Arcángel Rafael y la consoló diciendo que debía exigir para cada una de aquellas vírgenes otras tantas compañeras y pedir un plazo de tres años para ejercitarse en ciertas naves en toda clase de maniobras de agilidad y de lucha. Por lo demás debia

tener confianza en el Señor, que la ayudaría para mantener intacto el voto de virginidad. Le dijo también que debía convertir durante esos tres años a todas sus compañeras a la fe cristiana, prometiéndole de parte de Dios su protección. He visto que Úrsula dijo todas estas cosas a su padre, el cual se las comunico al pretendiente, que consintió en la propuesta. Úrsula y sus diez compañeras obtuvieron entonces a otras diez jóvenes como asociadas y las primeras debían ser las guías de las recién agregadas. El padre les hizo armar cinco pequeñas naves y sobre cada una de ellas había veinte niños con algunos marineros que los instruían en el manejo y adiestramiento sobre cubierta. Practicaba toda suerte de ejercicios sobre sus naves, primeramente en el rio, luego en la orilla del mar y finalmente en el mar. Ellas guiaban las naves, se perseguian, se separaban, se pasaban de una nave a otra y hacian otros ejercicios semejantes. He visto que mucha gente acudía a ver el espectáculo de tales destrezas; el padre y el pretendiente miraban desde la orilla y éste especialmente se mostraba orgulloso pensando que tendría con el tiempo por esposa a una mujer tan resuelta y tan digna por su valor de un guerrero como él. Después he visto que aquellas jóvenes continuaron sus ejercicios solas y sin ningún hombre que las ayudase. Solo había quedado Bertrando, el confesor, con otros dos eclesiésticos. Durante este tiempo Úrsula había convertido ya a todas sus companeras, que fueron bautizadas por los sacerdotes; he visto que su confianza en Dios y su firmeza se habían aumentado esperando que el Señor realizaría las promesas hechas. Había alli hasta niñas de doce años en las naves que se habían hecho bautizar. Otras veces las veía bajar a tierra y proseguir sus ejercicios de marinería. Todo esto lo hacían mezclando preces, oraciones y cantos, con valor y entera libertad. La gravedad y el valor de Úrsula eran sorprendentes. Las jóvenes estaban con vestiduras que llegaban hasta las rodillas. Calzaban sandalias; tenían el pecho defendido, y estaban cubiertas con vestidos ajustados, pero muy esbeltos. Tenían en parte los cabellos sueltos y entrelazados sobre la cabeza; otras llevaban en la cabeza pañuelos que terminaban sobre los hombros. En sus juegos de lucha usaban astas livianas, sin punta.

He visto que cuando iban terminando los tres años de plazo aquellas jóvenes eran de un solo corazón y de una sola alma. Cuando después estuvieron a punto de ponerse en viaje para ir a las tierras donde debían ser esposas de los guerreros, y se despidieron de sus padres, Úrsula estaba en oración. Entonces se le puso delante una figura luminosa, la cual le dijo que debía confiar plenamente en Dios; que el Señor había determinado que muriesen todas mártires, como vírgenes puras y esposas suyas; que debía difundir la fe de Cristo por todas partes donde la guiase el Señor y que por su medio muchas otras vírgenes se verían libres de ser deshonradas por los paganos y llegarían como mártires al cielo. El ángel le dijo que ella, con una parte de las compañeras, debía llegar a Roma. Confió todas estas cosas a las otras diez vírgenes que con ella capitaneaban a las demás, y quedaron muy consoladas. Pero vi también que muchas otras vírgenes se mostraban desanimadas y se quejaban contra Úrsula, alegando que como podrían ser esposas de Jesucristo siendo que iban a ser entregadas para esposas terrenas. Ella pasó por todas las naves y les habló del sacrificio de Abrahám y de su hijo Isaac, y como Dios intervino maravillosamente en este sacrificio: también Dios iba a intervenir para que pudieran ofrecer una victima pura y perfecta. Les dijo que las que no se sentian animosas, dejaran las naves; pero todas se sintieron fuertes y permanecieron fieles. Cuando zarparon de las costas de Inglaterra, creyendo que iban a las tierras de sus futuros maridos, he aqui que una tempestad separó las naves de las jóvenes de las que las acompañaban y las llevó hacia las costas de Holanda. No fué posible usar remos ni velas y cuando se acercaron a las costas el mar se levantó en olas muy peligrosas. Cuando llegaron a tierra por primera

vez se vieron rodeadas por un pueblo grosero y salvaje, que se apoderó de ellas. Úrsula se adelantó a ellos, animosa, y pudieron volver a las naves, después que les habló con energía. Cuando dejando el mar empezaron a remontar el rio Rin, encontraron una ciudad donde sufrieron angustias y agravios. Úrsula habló en nombre de todas y respondió por todas. Como algunos mas osados tentaran poner las manos sobre ellas, éstas se dispusieron valerosamente a la defensa y obtuvieron protección del cielo. Vi que sus opresores quedaron paralizados y nada hicieron en su daño. En el resto del viaje se le asociaron muchas otras vírgenes y viudas con sus hijos. Antes que hubiesen llegado a Colonia fueron muchas veces detenidas e interrogadas por grupos de observadores de pueblos feroces que habitaban en aquellas orillas: con amenazas les preguntaban a donde iban y qué querian. Era siempre Úrsula la que respondía por todas y exhortaba luego a las compañeras a remar y a proseguir el viaje con nuevo ardor. De este modo, incólumes y sin ofensa, llegaron a Colonia. Había aqui una pequeña comunidad cristiana con iglesia, donde se detuvieron por algún tiempo, y las viudas y jóvenes que se les habían agregado quedaron alli permanentemente. Ursula las exhortó a todas a sufrir mas bien el martirio como vírgenes y matronas cristianas, que tolerar la violencia de los bárbaros paganos. Las que quedaron se esparcieron por el país y permanecieron fieles a los sentimientos y a las exhortaciones de Ursula. Ella navegó con cinco naves hacia Basilea, donde muchas de sus compañeras quedaron con las naves y ella, con cuarenta personas, entre las cuales iban algunos sacerdotes y guías, se encamino a Roma. Iban como peregrinos en procesion atravesando lugares desiertos y asperas montañas. Rezaban y cantaban salmos, y donde acampaban Ursula les hablaba de las castas nupcias con Jesús y de la pura muerte de las vírgenes cristianas. Por todas partes encontraban gente que se asociaba por algún tiempo a ellas, y luego se separaban.

En Roma visitaron los lugares de martirios y las tumbas de los mártires. A causa de los vestidos mas bien cortos y de los modos mas bien libres a que se habían acostumbrado en sus años de ejercicios, fueron advertidas, y desde entonces se cubrieron con vestidos y mantos mas largos. El Papa Leon el Magno quiso ver a Ursula; la examinó, interrogándola sobre varias cosas. Ella le confió el secreto de su misión y le manifestó sus visiones y con mucha humildad y obediencia escuchó las exhortaciones del Papa. El Pontifice le dió, con su bendición, muchas reliquias de Santos. En el viaje de retorno se unieron a Ursula el obispo Ciriaco, un sacerdote de Egipto de nombre Pedro, y un sacerdote de la ciudad nativa de San Agustín, nieto de aquel hombre que donó al santo los terrenos donde fundó monasterios, dotándolos de algunas rentas. Estos eclesiásticos acompañaron a Ursula y a sus vírgenes principalmente por motivo de las preciosas reliquias que llevaban. Ursula llevo a Colonia un fragmento de hueso de San Pedro, el cual es reconocido aun por tal, aunque se ignora el origen del mismo. Asimismo llevo reliquia de San Pablo; cabellos de San Juan Evangelista y un fragmento de la vestidura que lo cubría cuando fué metido en la caldera de aceite hirviente. Cuando llegaron a Basilea fueron tantos y tantos los que se le unieron que navegaban en once barcos hacia Colonia.

Los Hunos se habían apoderado por entonces de la ciudad de Colonia y todo estaba en la mayor confusion y desorden.

Mientras estaban aún lejos de Colonia, el Arcángel Rafael se apareció de nuevo a Ursula y le anunció la proxima corona del martirio y la instruyó en todo lo que debía hacer; le dijo, entre otras cosas, que se

resistiera hasta tanto todas las compañeras fueran bautizadas y convenientemente dispuestas. Ursula comunicó esta visión a sus companeras mas decididas y fieles, y todas se dirigieron pidiendo auxilio al Señor. Estando ya a poca distancia de Colonia, fueron recibidas con gritos salvajes por tropas de Hunos que lanzaban sus flechas sobre las naves. Remaron navegando rapidamente mas alla de la ciudad, y no hubieran bajado a tierra a no haber dejado alli a muchas de sus compañeras. A una hora de distancia de Colonia desembarcaron y se reunieron en una pequena llanura entre matorrales y formaron una especie de campamento. He visto que allí muchas de las que habían quedado y otras mujeres se unieron a ellas. Ursula y los sacerdotes instruíanlas divididas en grupos y las preparaban a la lucha por la fe. He visto a los Hunos acercarse y a sus jefes tratar con Ursula. Pretendían a la fuerza escogerse a algunas jóvenes y dividírselas entre ellos. Las heroicas jovenes se reunieron y se defendieron; con ellas se habían reunido también muchos habitantes de la ciudad y de los contornos, oprimidos por los invasores. Otros que se habían hecho amigos de las vírgenes que habían quedado en el primer viaje de Ursula, determinaron proteger aquella colonia de jóvenes, y comenzaron a luchar y a defenderse con astas y palos y con toda clase de armas que encontraban a mano. Esta resistencia le había sido ordenada por el ángel a Ursula para ganar tiempo y preparar a todas las compañeras al martirio. Durante la lucha por la resistencia he visto a Ursula correr por las escuadras dispuestas mas atrás, hablar y orar con gran celo, mientras los sacerdotes bautizaban a las que no eran aun cristianas, ya que para esto se habían agregado muchas jóvenes y mujeres paganas. Cuando estuvieron todas bautizadas y dispuestas al martirio y que los enemigos las habían rodeado por todas partes, cesaron en la defensa y se prepararon al martirio, cantando alabanzas al Señor. Los enemigos comenzaron a herirlas con clavas y a traspasarlas con lanzas.

He visto caer una fila entera de vírgenes traspasadas por los dardos de los Hunos, que las habían cercado; entre ellas había una de nombre Edit, de la cual poseo una reliquia. Ursula fué traspasada por una lanza. Entre los cuerpos que cubrían el campo de martirio, ademas de las vírgenes que habían venido de Inglaterra, había muchas mujeres y doncellas que de varias partes se habían juntado a ellas, como también sacerdotes venidos de Roma y otros hombres, y algunos de los enemigos. Muchas otras fueron masacradas a bordo de las mismas naves. Córdula no había ido con Ursula a Roma, sino que había quedado en Colonia, donde gano a muchos a la fe cristiana. Durante la persecución se había mantenido oculta por temor. Luego se presentó y se juntó a las compañeras para ser martirizada. Los Hunos querían a toda costa retenerla a ella como a otras compañeras; pero hicieron tanta resistencia a sus pretensiones, que al fin las ataron las unas a las otras por el brazo, y dispuestas en linea las traspasaron con flechas. Cantando alegremente, como si fueran a las bodas, sufrieron el martirio. Muchas otras se presentaron a los Hunos confesando su fe cristiana ly fueron en diversos lugares masacradas. No mucho después, los Hunos se fueron de Colonia. Los cuerpos de los mártires fueron recogidos en el lugar del martirio, llevados cerca de Colonia y sepultados en un recinto. Se hicieron vastas excavaciones, fueron murados muchos subterráneos y las sagradas reliquias, distribuidas ordenadamente, fueron conservadas piadosamente.

Los barcos de estas jóvenes eran muy hermosos, muy ligeros, abiertos, con galerias en torno, guarnecidas con banderitas; tenían un mástil y un borde sobresaliente. Para remar las mujeres se sentaban en bancos que servían también para dormir. Nunca había visto

barcos pequeños tan bien dispuestos. En la época en que Ursula partió de Inglaterra, vivían en Francia los santos obispos Germano y Lupo. El primero visito a Santa Genoveva, que había llegado a los doce años de edad. Cuando Germano y Lupo fueron a Inglaterra para luchar contra las herejías, consolaron a los padres de Ursula y de las otras vírgenes, que estaban afligidos por la ausencia de sus hijas. A los Hunos los he visto, en su mayor parte, con las piernas desnudas. Usaban anchos jubones con largas correas de cuero, que les cubrían la parte inferior del cuerpo y largos mantos que llevaban enrollados sobre las espaldas.

(*) Alberto Gereon Stein, Parroco de Santa Ursula, Colonia, recogió en su libro Die Ursula und Ihre Gesellschaft-Bachem (1879) todos los datos y pruebas sobre la Santa, llegando a las conclusiones siguientes: 1° Ursula es hija de un rey de Gran Bretaña y conductora de las compañeras; 2° El número de las mártires es de once mil y eran de Gran Bretaña; 3° Fueron martirizadas por los Hunos que entonces devastaban la Germania, Galia. e Italia.

XXV

San Nicóstrato

Aquella reliquia que he señalado con una N es de San Nicóstrato. Era griego de nacionalidad, y fué con su madre y con otros cristianos conducido prisionero a Roma. La madre fué martirizada con otros cristianos, y el hijo, abandonado, recibió una educación pagana. Se hizo escultor y lo he visto trabajando con tres compañeros. Los escultores habitaban en una parte propia de la ciudad donde se veían por doquiera grandes pedazos de mármol en bruto. Trabajaban en vastas y escondidas salas donde la luz venía de lo alto; llevaban a veces capuchones de pieles oscuras para defenderse el rostro de las esquirlas de los mármoles. He visto que Nicóstrato y sus compañeros iban en busca de ciertas cavernas para cavar piedras, donde secretamente vivían escondidos algunos cristianos. Alli conocieron a Cirilo, viejo sacerdote, muy benigno y alegre en el trato. Cirilo tenia algo parecido al dean Overberg. Era con todos muy amigable; bromeaba; no obstante estaba lleno de dignidad, y cuando se presentaba la ocasión sabia ganar a la fe a mucha gente. Los escultores bromeaban a menudo con él y por darle una sorpresa se propusieron esculpir para él una pequena imagen de la Madre de Dios. Habían sabido algo de la historia de la Madre de Dios, y asi ejecutaron una bellísima escultura de una señora cubierta de un largo manto, con velo, y en cuyo rostro se pintaba la aflicción de la persona que busca algún objeto querido. Esta imagen era indescriptiblemente bella y expresiva. La cargaron sobre un carro y Nicóstrato y Sinforiano la transportaron con la ayuda de un jumento hasta donde estaba Cirilo.

"He aqui, le dijeron, que te traemos a la Madre de tu Dios que busca a su Hijo. Rieron de la gracia y le presentaron la estatua. Cirilo se alegro mucho al ver la artística imagen; les agradeció el regalo y les dijo algo asi como que iba a rezar por ellos para que esa Madre de Dios los buscase también a ellos, y los encontrase, y se convirtiera en verdad lo que habían hecho de broma. Estas palabras graves las dijo sonriendo, con entera bondad, y ellos las recibieron de igual modo, como en broma. Durante el tiempo de vuelta sintieron una extrana conmoción en sus ánimos; pero no osaron hablarse. Vi mas tarde que trataban de hacer una estatua de Venus; pero no sé de qué modo maravilloso resultó que, en lugar de la estatua de la Venus proyectada, hicieron la imagen de una virgen cristiana mártir, muy devota y recatada. Vi que en numero de cuatro se hicieron luego instruír y bautizar por Cirilo. Después de esto ya no quisieron hacer mas imágenes de dioses paganos; tan sólo estatuas que no fueran deidades. Se hicieron cristianos fervorosos y señalaban los mármoles que iban a trabajar con la señal de la cruz: los trabajos les salían muy hermosos. Vi que hacian la estatua de un joven santo mártir, estando atado a una columna, traspasado por flechas. Vi otra de una virgen, de rodillas delante de un tronco de columna, traspasada por el cuello con una espada. Vi una piedra, semejante a un sarcófago, sobre la cual estaba esculpido un santo mártir que yacía sobre un trozo de mármol. Vi a un quinto escultor, de nombre Simplicio, que parecia el jefe y que era aún pagano. Oí que les decía: "Os conjuro por el sol que me digais por qué vuestras obras os salen tan bien y artísticas". Ellos entonces le hablaron de Jesús y le dijeron que señalaban los mármoles con una cruz. Conmovido Simplicio por lo que había visto y oido, se hizo instruir y bautizar. El emperador Dioclesiano los

tenía en gran aprecio por su arte, y cuando supo que se habían hecho cristianos, les mando hacer un ídolo, que era una estatua de Esculapio. Como no lo quisieran hacer, fueron puestos en la cárcel, conducidos al juicio y martirizados. Un hombre piadoso puso en una caja de plomo los sagrados cuerpos y los escondió bajo agua. Después de algunos dias, de modo maravilloso, salieron a flote, y fueron retirados y sepultados con sus respectivos nombres. Hoy se celebra su fiesta (8 de noviembre de 1821). Creo, sin embargo, que su martirio fué el dia 7 de enero.

XXVI

Santa Teoctista

Ana Catalina, después de reconocer una reliquia perteneciente a Santa Teoctista, narró lo siguiente:

He visto la vida de esta santa virgen, que me era desconocida, durante mi viaje a Tierra Santa. Era de una ciudad de la isla de Lesbos, delante de la cual, sobre una colina, se levantaba una capilla dedicada a la Madre de Dios; pero se veía a la Virgen sin el Niño en los brazos. Había sido trabajada por un santo escultor de Jerusalén, a quien durante la persecución le fueron cortados las manos y los pies. La imagen era semejante a la pintada por San Lucas. Alrededor de esta capilla habitaban en celdas algunas piadosas mujeres. Observaban una regla calcada en la imitacion de la Virgen Santísima, como otras que habitaban cerca de Éfeso. Había en aquella colina un Via Crucis semejante al de la Virgen, junto a Éfeso. Estas piadosas mujeres se ocupaban de educar a niñas pequeñas. Segun sus reglas. debían estudiar las inclinaciones naturales de las educandas y luego instruirlas en un género de vida del cual no debian separarse ya.

Teoctista había estado entre estas educandas y habría deseado permanecer siempre con ellas. Cuando murieron sus padres y la capilla y el convento fueron destruídos por las guerras, Teoctista se retiró a un convento situado en otra isla. Las religiosas tenían sus celdas en las cavidades de las montañas y vivían según las reglas de una santa mujer, que había reconocido en visión las cadenas de San Pedro. He olvidado su nombre. Teoctista permaneció en aquel convento hasta la edad de veinticinco años. Mientras se dirigía por mar a visitar a una hermana que vivía en otra isla, el buque fué sorprendido por piratas árabes de la isla de Creta, y los viajeros fueron reducidos a la esclavitud. Los piratas llegaron a la isla de Paros, donde había minas de mármoles, y mientras allí discutían el precio del rescate de los prisioneros, Teoctista logró fugarse. Se escondió en una de las cavernas de mármoles, y allí vivió por espacio de quince años, como ermitaña, sin ayuda alguna humana, hasta que fué encontrada por un cazador. Ella le contó su historia y le rogó que le trajese en una cajita o píxide el santo Sacramento, cuando volviese al lugar. Esto era concedido entonces a los laicos, porque los cristianos vivían muy dispersos y no tenían sacerdotes suficientes. Lo he visto después de un año traerle el Santisimo Sacramento. Ella lo recibió como viático, pues murió el mismo dia. El cazador la sepultó, no sin antes cortarle una mano, que llevó consigo como reliquia con algunos fragmentos de sus vestiduras. Debido a la reliquia que llevaba consigo pudo hacer su travesía de navegación, muy peligrosa por causa de los numerosos pirates que merodeaban en aquellos mares. Cuando mostró aquella mano al obispo del lugar, hubo que lamentar que no hubiese traído consigo el santo cuerpo.

XXVII

Santa Cecilia (*)

(22 de Noviembre de 1819) He visto a la santa sentada en una estancia cuadrada de simple apariencia. Tenia sobre sus rodillas una pequeña caja triangular de superficie plana, algunas pulgadas de alto, sobre la cual estaban extendidas cuerdas armonicas que ella tocaba con ambas manos. Su mirada estaba vuelta al cielo y sobre ella se veían resplandores y ciertas formas de ángeles o de niños beatos. Me pareció que ella tenia conocimiento de tales apariciones. He visto a un joven de extraordinaria belleza y dulzura acercarse a ella; parecía mayor; pero se mostraba humilde y sujeto a ella cuando Cecilia le decía algo. Creo que era Valeriano, porque después lo he visto con otro atado a un palo, azotado con varas y decapitado. Esto no sucedió en aquella pista de arena redonda destinada a los mártires, sino en un lugar solitario.

He visto el martirio de Santa Cecilia en un patio redondo, cerca de su casa. Su casa era cuadrada y cubierta de un techo de superficie plane, donde se podía pasear como en una azotea. En los cuatro ángulos se veían cuatro globos de murallas, y en el medio había una estatua. En el patio de la parte baja había fuego ardiendo en una caldera, en la cual he visto a Cecilia, con los brazos abiertos y luminosa con su vestidura blanca, adornada de piedras preciosas. Un ángel resplandeciente, con un nimbo rojizo, muy hermoso, le daba la mano y otro tenía suspendido sobre su cabeza un ramillete de flores. Me parece obscuramente haber visto que llevaban alli, atravesando la puerta que daba al patio, y atado, un animal con cuernos, como un toro salvaje, aunque no era igual a estos animales que hay entre nosotros. Sacada de aquella caldera, Cecilia fué traspasada tres veces por el cuello con una espada corta y ancha. No he visto el momento en que era herida, pero he visto la espada. La vi luego, herida, seguir viviendo y hablando con un anciano sacerdote, a quien había visto ya antes en su casa. Més tarde he visto esa pieza muy cambiada, habilitada para iglesia. He visto muchas reliquias suyas y su sagrado cuerpo, al cual habían quitado varias partecitas. En esa iglesia vi celebrar los divinos oficios. Esto es lo poco que puedo recordar de los muchos cuadros que vi de la vida de Santa Cecilia.

(22 de Noviembre de 1820). La casa paterna de Cecilia no estaba en el centro de Roma, sino mas bien a un lado. Era como la de Santa Inés, con patios, pórticos, columnas y una fuente de agua. Sé poco respecto de sus padres. He visto que Cecilia era de aspecto muy hermoso, dulce y ágil, con mejillas sonrosadas y lineamientos finos y delicados, como María. La he visto entretenerse y jugar con otras niñas en aquellos patios.

Casi siempre veía un ángel a su lado, en forma de amable niño, que hablaba con ella, y a quien ella veía, aunque no lo veían los demas, El ángel le había prohibido hablar de sus apariciones con las demás niñas. A menudo he visto acercarse a ella otros niños: entonces el ángel se alejaba de alli. Cecilia estaba en los siete anos. La he visto solita en su estancia y al ángel cerca de ella, enseñándole a tocar cierto instrumento; le enseñaba

a colocar los dedos sobre las cuerdas y a menudo le sostenía una hoja delante. A veces cargaba sobre las rodillas una caja llena de cuerdas: el ángel estaba delante de ella, en el aire, sosteniendo un rotulo que ella miraba. A veces la veía con un instrumento semejante al violín, que apoyaba entre el menton y el cuello; con la mano derecha tocaba en las cuerdas y con la boca soplaba dentro de aquel instrumento, por una abertura cubierta de una piel muy sutíl. Este instrumento daba un sonido muy dulce. A menudo estaba con ella un joven llamado Valeriano, y también sus hermanos mayores y otro hombre cubierto de un manto largo y blanco, que parecía ser el preceptor. El niño Valeriano tomaba parte en sus juegos y me pareció educado juntamente con ella y destinado también a ella.
Un aya de Cecilia era cristiana y por medio de ésta ella conoció al Papa Urbano. He visto a menudo a Cecilia y a sus compañeras de juego llenarse con toda clase de comestibles y frutas los largos pliegues de sus vestidos, que luego llevaban como sacos a sus costados y escondían cubriéndolos con sus mantos. Así cargadas, pero cubiertas con arte, las veía salir una después de otra por cierta puerta. Yo veía siempre al ángel de Cecilia ir en su compañía, lo cual era muy gracioso. He visto a estas niñas ir en el campo abierto hacia un edificio de gruesas torres y muros. Entre las murallas habitaban muchos pobres, y en ciertas cuevas y subterráneos vivían muchos cristianos. No sabría decir si estaban allí escondidos o presos. Parecía que los que habitaban entre los muros de entrada estuviesen puestos alli por los cristianos, para vigilar por los que habitaban en los escondrijos de las ruinas. Las niñas distribuían entre los pobres lo que habían llevado: me pareció que lo hacian guardando secreto, para no ser descubiertas.

Una vez Cecilia se ató fuertemente con una faja la túnica estrecha que llevaba en torno de los pies y se deslizó a lo largo de una pared hacia abajo, y penetro en el subterráneo; otra vez penetró, por una abertura redonda, dentro de una especie de cantina donde había un hombre que la condujo adonde estaba San Urbano. El la instruyó haciéndola leer ciertos rótulos. Ella llevó consigo ocultos algunos de esos rótulos para leerlos en su casa. Recuerdo vagamente que ella fué bautizada en ese subterráneo.

He visto una vez al joven Valeriano con su preceptor junto a aquellas jóvenes que se divertían, y vi que Valeriano, en uno de esos juegos, quiso tomar de los brazos a Cecilia, y ella lo rechazó. Valeriano se quedó ante su preceptor, y éste conto lo sucedido a los padres, que castigaron a Cecilia prohibiéndole salir de su cuarto. Alli la he visto con su ángel Custodio que la instruía en tocar varios instrumentos y cantar. Valeriano podía penetrar donde ella estaba y a veces quedaba mucho tiempo allí; pero Cecilia pronto se ponía a tocar y a cantar. Una vez Valeriano pretendió por la fuerza abrazarla; pero el ángel la cubrió de una vestidura resplandeciente y cándida como la nieve. Después he visto a Valeriano conquistado enteramente por Cecilia. A veces lo veía en la estancia de Cecilia, mientras ella se iba adonde se encontraba Urbano. Los padres creían que los dos se entretenían juntos.

Vi un cuadro respecto a su desposorio. Los padres de los dos jóvenes y muchos hombres, mujeres, jóvenes y doncellas estaban en una sala con hermosas estatuas. Cecilia y Valeriano estaban adornados de coronas y llevaban vestiduras propias de la solemnidad. Había una mesa mas bien baja, llena de exquisitos manjares. Los padres llevaron a los jóvenes esposos y ambos bebieron de una copa un vino denso y rojo. Se pronunciaron algunas palabras, se leyó algo en los volumenes y se hizo una escritura del acto. Los circunstantes comieron de pie lo que había sobre la mesa. Yo veía siempre al

ángel entre Cecilia y Valeriano. Después encamináronse todos hacia la parte posterior de la casa, en solemne procesión, donde aparecía, en medio de un espacio libre, un edificio redondo sostenido por columnas. En el centro se veían, sobre un pedestal, dos figures ,estrechándose en apretado abrazo. En esta procesión llevaban una larga hilera de flores pendientes de blancos lienzos que sostenían varias niñitas. Cuando llegaron ante la estatua situada en el templete, he visto que de lo alto descendía la imagen de un niño, que parecía inflado y lleno de viento y que por medio de un artificio se mantenía en el aire; luego descendía y caía poco a poco, de modo que primero se acercaba a la boca de Valeriano para que lo besara y luego a los labios de Cecilia. He visto que el ángel puso la mano delante de los labios de Cecilia cuando aquella figura estuvo cerca de ella. Después los dos esposos fueron enteramente envueltos con la cadena de flores que llevaban las niñas, de manera que las puntas iban estrechándose en torno de los esposos hasta aprisionarlos. He visto que el ángel se había interpuesto entre Valeriano y Cecilia, y no podía aquél acercarse a ella, porque se retiró y no permitio que la cadena se uniese por los cabos. Me pareció que ella le decía algo a el sobre cosas que no podía ver, que ella tenía otro amigo que la defendía y que no debía tocarla. Entonces Valeriano se puso muy serio y pregunto si acaso ella amaba a algún otro de los presentes. Ella contestó que si él persistia en tocarla, el amigo que la acompañaba lo cubriría de lepra, y lo castigaría. El replicó que si ella amaba a otro, el trataría de matarlos a ambos. Todo esto se lo dijeron en voz baja, y los presentes creian que se trataban asi por modestia. Cecilia le dijo que luego le explicaría todo. Después los vi solos en una estancia. Cecilia le dijo que tenia un ángel consigo, y cuando Valeriano deseo verlo, ella le dijo que eso no podía ser, si no se hacía bautizar. Cuando lo envió a Urbano, ya vivían como esposos en otra casa.

(*) El Kirchenlexicon dice: El carácter histórico del martirio de Santa Cecilia se vió plenamente confirmado por los descubrimientos de Rossi. San Antonio escribe la historia de la Santa conforme con la vldente. Cuando el Cardenal Sfrondati hizo abrir el sepulcro de la Santa encontró su cuerpo intacto, inclinado hacia el lado derecho como había caído al morir.

XXVIII

Santa Inés

He visto a una graciosa y delicada virgen arrastrada por la soldadesca. Estaba cubierta con un largo vestido de lana de color oscuro y un velo sobre la cabeza, de cabellos entrelazados. Los soldados la llevaron, aferrándola por las faldas, de tal manera que algunas partes de su vestido estaban desgarradas. Mucho pueblo la seguía, entre él algunas mujeres. Pasando a través de una alta muralla y penetrando en un patio cuadrado fué llevada a una estancia, donde no había otra cosa dentro que una caja grande con algunos almohadones. Metieron adentro a la santa virgen, y llevándola de un lado a otro, le arrancaron el manto y el velo. Ella estaba allí como un cordero inocente y paciente en medio de los verdugos, y se movía lista y ligera como un pajarillo. Mientras la empujaban de un lado a otro, parecía que volase. Le quitaron el manto y la dejaron. Inés permanecio entonces en un ángulo de la estancia, envuelta en una blanca túnica sin mangas, abierta a los lados; tenía levantada la cabeza y con las manos alzadas rezaba tranquilamente. Las mujeres que habían acudido tras ella no pudieron entrar en la casa. Algunos hombres de mala catadura aguardaban a la puerta, como si la santa debiese ser entregada a sus desmanes. La vi sangrar del cuello por una herida que había recibido quizás en el camino a la carcel. Primeramente entraron en el recinto dos o tres jóvenes desalmados, que se echaron sobre la delicada virgen y la llevaban de un lado a otro y le arrancaron del cuerpo el vestido semiabierto que la cubría. Vi sangre en su cuello y en el seno; pero no tuvo que defenderse, puesto que en ese momento sus cabellos se desataron y cayeron sobre ella cubriéndola. He visto a un joven luminoso, volando sobre ella, que la envolvió como en un vestido de luz. Aquellos malvados se espantaron y huyeron al momento. Entonces un amante temerario, burlándose de la cobardía de los otros, se precipitó adentro. Quiso apoderarse de ella, pero ella opuso con ambas manos tanta resistencia que lo rechazó. Cayó en tierra, pero se levantó y con mayor furia se arrojó contra ella. La joven Inés lo rechazó con fuerza hasta el umbral y alli el joven cayó inmóvil en el suelo. Ella permaneció firme, y siguió rezando; estaba luminosa y su rostro semejaba una fúlgida rosa. A los gritos del caído acudieron algunos personajes, uno de los cuales era del padre del joven caído. Se mostró irritado y habló de magia; pero cuando oyó decir a la virgen que si él lo pedia en nombre de Jesús, estaba pronta para implorar la vida de aquél infeliz, él se aplacó, y le rogó que lo hiciera. Entonces Inés llamó al muerto, el cual se levantó en seguida y aún vacilante fué sacado de allí. Otros hombres más vinieron contra ella, pero todos, espantados, tuvieron que huir. Después de algún tiempo vi de nuevo acercarse algunos verdugos, que le trajeron un vestido oscuro abierto y suspendido de un lado y un velo ruin, como los que daban a los que estaban destinados al martirio. Ella se revistio, se recogió los cabellos sobre la cabeza, y fué conducida al pretorio. Era un espacio cuadrado circundado de muros y edificios, en los cuales había cámaras y cárceles; en lo alto se podía estar de pie y ver en la plaza abajo. Había alli bastante gente.

También muchas otras personas fueron llevadas ante el juez; las sacaban de una cárcel que parecía no estar muy lejos del lugar donde Inés había sido maltratada. Creo que aquellos prisioneros eran un viejo abuelito con dos yernos y sus hijitos; estaban atados

juntos con cuerdas y nudos. Cuando fueron presentados al juez, sentado en aquel patio cuadrado sobre un sillón de mármol elevado, también Inés fué presentada y amonestada amigablemente y exhortada por el juez. Luego fueron interrogados y amonestados los otros. Fueron llevados alli solamente para ser examinados y asistir al martirio de otros. Las esposas de estos hombres eran aún paganas.

Después que fueron examinados unos tras otros por el juez, fué presentada nuevamente Inés, por tres veces. La virgen fué conducida a un lugar donde había un lugar elevado de tres gradas; alli se alzaba un palo, donde se la quiso atar; pero ella no lo consintió. En torno de ella había una pira de leña a la cual se le aplicó fuego. Vi sobre ella una aparición alada que difundía sobre ella una gran cantidad de rayos luminosos que le servían de escudo y hacían que las llamas se inclinasen hacia los verdugos, que sufrieron mucho daño. Ella seguía ilesa. Entonces otros verdugos la sacaron de allí y la llevaron otra vez delante del juez. De nuevo fué conducida a un cepo de piedra, y se le quiso atar las manos; ella no lo consintió: las tenía juntas sobre el pecho. Vi en lo alto una figura luminosa que la sostenía por los brazos. Entonces un verdugo la aferro por los cabellos, y le cortó la cabeza, como a Cecilia. La cabeza pendía de un lado casi enteramente separada del tronco. Luego su cuerpo vestido fué arrojado al fuego, y los otros examinados fueron llevados de nuevo a la cárcel.

Durante el juicio y la ejecucion he visto a algunos parientes y amigos que lloraban desde lejos. Muchas veces me pareció maravilloso que en semejantes martirios nada sucediese de malo a los amigos que tomaban parte en el acto, ayudando o consolando a los mártires. El cuerpo de Inés y sus vestidos no ardieron. He visto su alma, desprendida del cuerpo, volando al cielo cándida y luminosa como una luna.

Esta ejecución se hizo, me parece, antes del mediodía, y antes que cayese la tarde los amigos habían retirado el cuerpo de la hoguera y lo sepultaron honrosamente. Muchos asistieron a las exequias, pero cubiertos y ocultos en sus mantos, quizás para no ser reconocidos. Me parece que aquel joven, a quien había hecho levantar, se encontraba en el lugar del martirio, pero aún no se había convertido.

Después he visto a la santa, fuera del cuadro general, como una aparición aislada, cerca de mí, de una manera extraordinariamente luminosa y resplandeciente con una palma en la mano. Aquel nimbo de gloria que circundaba toda su persona era internamente rosado y terminaba en rayos de color azul. Ella me consolo amigablemente en mis intensos dolores y me dijo: "Padecer con Jesús y en Jesús, es cosa dulce". Yo no puedo expresar suficientemente cuán grande es la diferencia entre la gente de hoy y los antiguos romanos. Entre ellos no había mezcla; eran de una especie o de otra, simple y absolutamente. Al contrario, entre nosotros todo es tibio, todo embrollado; parecería que en el espíritu nuestro hubiese mil celdillas o escondrijos, de los cuales se derivan muchos otros más.

XXIX

Santa Emerenciana

He visto un cuadro relativo a otra virgen. Como de noche visitase la tumba de Santa Inés y postrada delante oraba, envuelta en sus velos, y se movía tan secretamente, me recordó a Magdalena cuando fué al sepulcro de Cristo. La he visto sorprendida por los perseguidores de los cristianos, que la espiaban y la condujeron a la cárcel. Vi luego una pequeña iglesia octogonal y sobre ella un altar. En el altar los santos celebraban una fiesta onomástica con alegría infantil, con inocencia y con graciosa elegancia. Una hermosa virgen y mártir fué colocada sobre un trono y adornacla de coronas de flores por otros mártires romanos de ambos sexos, todos de los primeros tiempos de la Iglesia. Vi que asistía también Santa Inés, que tenia consigo un corderillo.

El Peregrino le dió una reliquia donde estaba escrito claramente: San Mateo, pero Ana Catalina había declarado que pertenecia a Santa Emerenciana. Apenas tuvo la reliquia dijo: Oh, qué amable niña! Y de donde viene tan graciosa criatura? He aqui que viene también una mujer con otra criatura. (Al dia siguiente narró): En la pasada noche tuve mucho que hacer con dos amables criaturas y con una sirvienta. Primeramente he visto a un niño de cerca de cuatro años pasar por la puerta abierta de un muro que de la parte interna se abría hacia una columnata. Después vino una mujer de cierta edad, de nariz aguileña, que salía de casa; tenía la fisonomia de una hebrea, cubierta de un vestido largo y alrededor del cuello un collar con partecitas muy menudas y en el pulso adornos que parecian manipulos. Una niñita que la vieja llevaba de la mano parecía de cinco años y medio. Llegó con ella hasta la columnata y alli los niños comenzaron a jugar. Las columnas de este lugar de reunión que se levantaban en medio eran redondas, con capiteles de hojas talladas, rodeadas de imágenes o bajorrelieves en forma de serpientes, que en el extrerno superior mostraban una bella figura humana que miraba hacia abajo. Las columnas de los ángulos eran cuadradas y en ambos lados internos mostraban largas figuras fantásticas, en la cumbre como cabezas de bueyes esculpidas y debajo tres aberturas redondas puestas una sobre la otra, y abiertas precisamente en el ángulo. El muro posterior estaba interrumpido por pilastras y en un punto de este muro había un balcón que salía hacia afuera donde se poía estar comodamente y al cual conducían algunas gradas. En el centro había algo como un tabernéculo abierto, donde parecia que se podia extraer algo oculto en el muro. En torno se veian asientos que formaban la parte posterior de la columnata. Debajo y alrededor de los asientos había escondrijos donde los niños ponían sus juegos. La sirvienta se sentó sobre uno de ellos. Los dos niños llevaban túnicas de malla, largas camisas sostenidas con cinturón. Vinieron otros muchos niños del vecindario y comenzaron sus graciosos juegos, especialmente en torno de aquel tabernéculo que hacian girar y donde tenian recogidos sus juguetes. Estos consistían en muñecos hechos con mucha arte, guarnecidos de hilos que los niños tiraban, haciendo mover los miembros. Saltaban los ninos por las gradas que conducían al tabernáculo y se posaban sobre el plano del balcón. Tenian pequeños vasos y utensilios, y jugaban alrededor de los asientos y ponían debajo sus utensilios en

cavidades semicirculares. Yo tomé a una de las niñas y la coloqué atravesada sobre las rodillas, pero no quiso estarse quieta y se retorcía; me turbé y creí no ser digna de tenerla en mi regazo. Después, los otros niños se fueron a casa y la sirvienta entro por la puerta con los dos niños, atravesando un patio y subiendo un piso más alto a una estancia donde estaba la madre de uno de aquellos que parecía leer ciertos folios. Era una mujer de apariencia robusta, vestida con hábito de pliegues, de andar lento y arrastrado, de aspecto severo; no usaba mucha familiaridad con los niños; no los acariciaba; pero les hablaba y les daba alimentos y pequeñas figuras de colores. En aquella estancia había sillas plegadizas con almohadones con un solo manubrio. Los almohadones eran de pieles oscuras y de lana. El techo y las paredes de la estancia estaban llenos de pinturas; en las ventanas no había ni vidrios ni cristales: estaban entretejidas por unas redes donde se veian figuras diversas. En los ángulos de la cámara había estatuitas sobre pedestales. Aquella dama parecía que se ocupaba mucho menos aún del niño extraño que del suyo. Vi a la sirvienta ir con los niños a un pequeño jardín, en el centro del edificio, como un patio. Alrededor había estancias y en el medio surgía una fuente. En este jardin se divertian los ninos y comian de los frutos que alli había. No he visto al padre de esta familia.

Después he visto otro cuadro; vi a estas dos niñas ya crecidas. Estaban solas y oraban. Oi una voz interna que me decía que la sirvienta era secretamente cristiana y vigilaba los pasos de las niñas. La he visto reunirse secretamente con otras vírgenes en una de las pequeñas casas. construidas lateralmente al gran palacio. De noche algunas personas se aproximaban sigilosamente a los muros del palacio, en el interior del cual dormían aquellas mujeres y que tomando algo del agujero de la pared daban una señal a las moradoras, las cuales, despertadas, se levantaban y salían. La sirvienta las acompañaba por un corredor hasta que se viesen fuera y ella quedaba dentro. Las he visto cubiertas con sus mantos, con otras, junto a un muro antigüo y penetrar en un espacio subterréneo donde muchos ya se hallaban reunidos. He visto dos espacios de esta clase: en uno no había altar alguno; alli se ensenaba y se oraba solamente; en el otro había un altar sobre el cual deponían una ofrenda los que iban llegando. He visto a las dos niñas ir ocultamente a estos subterráneos y asistir a estas secretas asambleas de los cristianos.

Me encontré otra vez delante del palacio donde he visto a las niñas jugando y deseé ardientemente verlas de nuevo. Vi entonces a un niño que había participado en sus juegos y lo envié a casa para que le dijese a la sirvienta que saliese fuera con las niñas. Vino y traía a Inés en sus brazos; era todavia una niña lactante de año y medio. Me dijo, empero, que la otra niña no estaba. Le dije que ciertamente vendría sin tardanza. Vino conmigo a la sombra de un tilo y la otra niña me fué traida por una joven que salió de otra casa mas pequeña del vecindario. Las dos sirvientas no quisieron permanecer allí mucho tiempo porque tenían que hacer, y yo les rogué encarecidamente que me dejasen un rato a las niñas. Ellas consintieron y se fueron a sus casas. Yo tenía a aquellas niñas sobre mis rodillas y las acariciaba; pero pronto se volvieron inquietas y comenzaron a gritar. Nada tenía para aquietarlas, y como me encontré en grande apuro, las estreché a ambas contra mi seno, y se aquietaron. Extendi sobre ellas un gran manto que llevaba y sentí con gran estupor mío que ellas recibían realmente alimento de mi seno. Luego volvieron las sirvientas y les entregué a las ninas, y pronto aparecieron las dos madres. Aquella de Emerenciana era pequeña de estatura, mas viváz y noble y más simpática. Llevó por si misma la niña a casa, mientras la otra hizo llevar la suya por la sirvienta.

Sentí entonces com espanto que mi seno sa había hinchado con el mamar de esas criaturas; sentia ardor y opresión y estaba llena de inquietud. Me decidí a volver a casa; pero a mitad de camino, se vinieron a mi dos pobres niños que yo conocía y haciéndome sufrir mamaron de mi seno, y tras ellos vinieron otros y otros, que hicieron lo mismo; sobre estos había una cantidad de insectos que quité de ellos, de modo que a un tiempo los alimenté y los dejé limpios y aseados. Me encontré aliviada de mi angustia y pensando que todo esto me había sucedido por tener esas reliquias en mis manos, las repuse nuevamente en el armario.

XXX

Santa Ágata (*)

La noche pasada estuve en aquella ciudad donde he visto una gran revolución (Palermo). He visto aún mucha desolación y devastaciones en las iglesias y en las casas particulares, como también una grande y curiosa fiesta religiosa. En la iglesia colgaban de los muros tapetes y en el centro pendía de lo alto una especie de tienda, como se acostumbra entre nosotros, que se llama la tienda del hambre o del ayuno en tiempo de Cuaresma. He visto en la plaza un gran fuego como el de la algazara de San Juan y he visto que los sacerdotes iban hacia el fuego en procesión, llevando un tapete. Era una fiesta muy solemne, con muchos preparativos y mucha pompa. El pueblo allí muestra siempre tanto ardor y celo para estas cosas; mientras tanto, no dejan de darse bastonazos y de pelearse unos con otros. En la iglesia había mucha pompa y esplendor. Durante la Misa he visto presente a Santa Agata con muchos otros santos. He visto que fué martirizada en Catania. Sus padres habitaban en Palermo; su madre era secretamente cristiana y su padre era pagano. Su madre la instruía desde pequeña, a escondidas, en el Cristianismo. Tenía dos ayas y desde pequeña gozaba de familiaridad con Jesús. La he visto a menudo sentada en el jardín, teniendo a su lado un niño todo resplandeciente de belleza que con ella jugaba y hablaba. He visto que ella le preparaba un asiento en la hierba, y como sentada con él, con las manos juntas sobre el pecho, lo escuchaba con toda atención y reflexión. La vi jugar con varitas y con flores y como aquel niño crecía poco a poco junto a ella. A medida que ella crecía, él se presentaba de mayor estatura, pero únicamente cuando estaba ella sola. Creo que ella lo sabía, porque la he visto preparar diversas cosas en relación con la presencia del niño. La he visto crecer maravillosamente pura y fuerte, decidida de ánimo.

Es imposible decir como estas cosas se ven: es como si se viese algo volverse cada vez mas espléndido y magnífico; como si un fuego se hiciese un sol, un esplendor se volviese una estrella y el oro se hiciese más oro y más brillante. He visto también cómo ella cooperaba extraordinariamente, cómo constantemente removía de sí aun la mínima impureza e imperfección y cómo se castigaba cualquier descuido. Cuando de noche se disponía a descansar, estaba junto a ella el ángel custodio, muchas veces visiblemente, le recordaba alguna cosa que se hubiese olvidado y ella se apresuraba en seguida a ejecutarla; esto consistía en oraciones, limosnas o en cualquier otra obra de caridad, de pureza, de humildad, de obediencia, de misericordia o alejamiento del mal bajo cualquier forma. La he visto frecuentemente, aun siendo niña, desaparecer secretamente del lado de su madre para dar limosnas y alimentos a los pobres.

Era tan magnánima y tan amante de Jesús que la he visto combatirse continuamente: en cualquier apetito de tentación o de la más pequeña falta, se flagelaba y se hería. En todo se mostraba liberal y valerosa, de un ánimo muy sincero. He visto que siendo de ocho años de edad fué llevada con muchas otras niñas en una carroza hasta Catania. Esto sucedió por voluntad de su padre, que la quería educar con mas libertad y paganamente. Fué allí entregada a una mujer muy libertina, que tenía cinco hijas. No puedo decir que

fuese aquella una casa de mala vida, según el común sentir, como he visto en aquellos tiempos; pero la matrona me pareció una mujer de mundo, de modales muy libres y coqueta. He visto a Ágata habitar allí por mucho tiempo. Aquella casa era muy hermosa y cuanto había dentro era precioso, pero no podía salir con entera libertad. La he visto la mayor parte del tiempo con otras niñas alegres, en un espacio delante del cual había un estanque en el cual se espejaba el palacio entero, cerrado y guardado de la otra parte.

Aquella mujer y las cinco hijas se dieron todo imaginable trabajo para sacar a Ágata de sus hábitos de virtud. La he visto pasear con ellas en graciosos jardines y mostrarle toda clase de elegantes trajes; pero Ágata era siempre igual y desdeñaba todas estas vanidades. También vi aqui al celeste Niño junto a ella, la cual se volvía siempre mas seria y mas firme en sus propósitos. Se había convertido en una esbelta joven, no muy alta, pero perfecta. Tenia cabellos negros, grandes ojos negros, nariz perfecta, un rostro ovalado y un modo de ser dulce, pero firme, y una expresión maravillosa en el semblante, que venía de la fuerza y generosidad de su espiritu. He visto que la madre murió de dolor por la ausencia de su hija. En casa de aquella mujer he visto a Ágata luchar del modo más perseverante contra las inclinaciones de la propia naturaleza y contra toda seducción. Un tal Quinciano, que más tarde la hizo martirizar, venía frecuentemente al palacio. Era un hombre casado, pero no podía soportar a la propia mujer. lnspiraba repugnancia; era muy vulgar en sus modos y altanero. Daba vueltas por la ciudad, espiaba todo y fastidiaba y atormentaba a la gente. Lo he visto en la casa de aquella mujer y he visto que de vez en cuando miraba de soslayo a Ágata, con el mirar propio del que ve algo que le agrada. No se permitió ningun inconveniente. Por lo demás, he visto que con Ágata estaba el celestial Esposo, sólo visible para ella y entendí que decia: "Nuestra esposa es pequeña; no tiene senos, y cuando los tenga, le serán quitados, puesto que nadie hay aquí que los pueda vaciar". El celestial Esposo dijo esto mirando a Ágata, y esto significa que aqui hay aún pocos cristianos y pocos sacerdotes.

He visto también que le fueron mostrados por su celestial Esposo los instrumentos de su martirio; creo aún mas: que se puso en cierto modo a divertirse con esos instrumentos. Más tarde la he visto de nuevo en su ciudad natal, cuando su padre ya no vivía. Tenía trece años de edad. Profesaba públicamente la fe Cristiana y tenía en torno de sí a muy buena gente. La ví sacada de su casa por gente que Quinciano había enviado desde Catania, y saliendo de la ciudad se ató mas estrechamente sus sandalias. Entonces, volviéndose hacia atrás, vió que todos sus amigos la habían abandonado y habían entrado de nuevo en la ciudad. Rogó al Señor que dejase memoria de esta ingratitud y al punto se levantó allí un olivo estéril e infructuoso.

La ví de nuevo junto a aquella mala mujer, como también la aparición de su celestial Esposo, que una vez le dijo: "Cuando la serpiente, que nunca había hablado, habló, Eva debió darse cuenta que era el diablo". He visto también como aquella mala mujer tentaba de todos los modos para seducir a Ágata a fuerza de lisonjas y de placeres, y entendí que Ágata le aplicaba las enseñanzas de su celestial Esposo, puesto que cuando aquella mujer mundana quería persuadirla para darse a una vida relajada, ella le dijo: "Tu carne y tu sangre son criaturas de Dios, como lo era la serpiente; pero el que ahora habla en tu carne, es el diablo". Vi las intrigas de Quinciano con esta mujer y conocí muy bien a dos de sus amigos. Mas tarde he visto a Ágata metida en la cárcel, ser examinada y azotada. Después le cortaron los senos con un instrumento que parecía una planta de adormidera : un verdugo la sujetaba y otro le arrancaba los senos. Este

instrumento estaba hecho de tal manera que abriéndose en tres partes, como si se abriera la boca humana, y luego cerrándose, desgarraba y llevaba consigo los senos que estaban dentro encerrados, de una dentellada. Los verdugos tuvieron la desvergüenza de ponerle ante los ojos los senos arrancados y luego se los arrojaron a sus pies como sobre una mesa. En medio de estos martirios Ágata dijo a Quinciano: "No te horrorizas tú de arrancar de una criatura humana esos senos que sirvieron a tu madre para nutrirte?" Por lo demás se mostraba fuerte y tranquila, y añadió: "Mi alma tiene senos mas nobles, que tu jamás podrás arrancar". He visto que esos senos eran pequeños porque apenas estaba Ágata en edad de pubertad. Las heridas eran redondas y no había ninguna otra herida; la sangre manaba de pequenos poros, como de fuentecillas. He visto a menudo usar este instrumento en los martirios; con él arrancaban pedazos enteros de carne de los cuerpos de los mártires. Es admirable la fuerza y la ayuda que ellos reciben de Jesús. A menudo lo veo a Él mismo junto a los mártires y darles ayuda: no caen desmayados en los casos en que cualquier otra criatura caería desvanecida.

He visto después a Ágata en la cárcel, donde se le apareció un santo viejo que le dijo que quería sanarla y restituirle sus senos. Le respondió que jamás había usado medicinas humanas, que tenía a Jesús, quien podia sanarla si Él queria. El otro dijo: "Soy un viejo cristiano, no tienes que tener vergüenza de mí". Mas ella respondio: "Mis heridas nada tienen que puedan ofender la pureza; Jesús me sanará si Él lo quiere: ha creado el mundo y puede crear también mis senos". Entonces aquel anciano sonrió y dijo: "Yo soy tu siervo Pedro; mira: tus senos están ya curados". Y desapareció. He visto después como un ángel ataba en la parte superior de su cárcel una banda en la cual estaban escritas estas palabras, pero ya no sé cuál era su sentido. Ágata se encontró con ambos senos perfectamente sanos, como los había tenido antes. No era aquello una simple cura de la epidermis, sino que eran senos nuevos y perfectos. En torno de ellos veia yo un nimbo de luz y el circulo interno de este nimbo estaba lleno de radiosos rayos de luz coloreados con todos los matices del arco iris.

Después vi a Agata conducida de nuevo al martirio. En un subterráneo de boveda había como braseros, en los cuales se encendían carbones: eran profundos como cajas y en el fondo cubiertos de hierros agudos. Había muchas de estas cajas, porque a veces eran muchos los martirizados a la vez; estaban algo separadas. Debajo de estas cajas serpenteaban las llamas; de modo que los que eran colocados allí dentro se abrasaban con el fuego sobre las agudas puntas. Cuando Ágata fué echada en una de esas aberturas, se hizo sentir un terremoto muy grande; un muro se desplomó y aplasto a dos de los amigos de Quinciano. Se originó una agitación popular y Quinciano huyó. La mártir fué de nuevo sacada de allí y llevada a la carcel, donde murió. Después he visto que Quinciano moría miserablemente, ahogado en un rio, mientras estaba de viaje para apropiarse de los bienes de Santa Ágata. Luego ví que un volcán vomitaba fuego y lava y que la gente, para salvarse de aquel líquido ardiente, se refugiaba junto a la tumba de Ágata. Pusieron la tapa del sepulcro de la santa contra la lava y ésta se detuvo y se apagó el volcán.

(*) El autorizado Diccionario Eclesiástico (Kirchenlexikon) dice: "Las actas recogidas por los Bolandistas sobre el martirio de Santa Ágata, exceptuadas algunas añadiduras, son muy antigüas y dignas de todo crédito. San Antonio (VI-6-5) trae las mismas palabras. Sólo hay una diferencia explicable: Afrodisia aparece con siete hijas, porque cuenta entre ellas quizás a las mujeres de la servidumbre. La vidente sólo ve cinco.

Santa Ágata es patrona de Sicilia. Su velo se venera en Catania como preciosa reliquia, protectora contra las erupciones del Etna.

XXXI

Santa Dorotea

He reconocido de nuevo las reliquias de esta santa y he visto una ciudad considerable situada en una comarca montañosa (Cesarea de Capadocia). Allí vi, dentro del jardín de una casa de estilo romano, a tres niñas de cinco a ocho años que jugaban. Se tenían de las manos, danzaban en círculo, se detenían y cantaban recogiendo flores del jardín. Después que hubieron estado asi jugando, vi a las dos mayorcitas separarse de la menor, llevéndose las flores que deshojaron en sus manos. Me pareció que la menor quedó muy afligida al ver que las dos se alejaban hacia otro lado del jardín. Sentía una pena grande que yo misma compartí con ella. Su rostro palideció y al mismo tiempo sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. La niña cayó al suelo como desvanecida. Entretanto yo sentí una voz que decía: "Esta es Dorotea". Luego apareció un joven luminoso que se aproximaba a ella, teniendo en las manos un ramo de flores. El joven levantó a la niña y la llevó a otro lugar del jardín, le puso junto a ella el ramillete y desapareció.

La niña se puso de nuevo alegre y corriendo hacia las otras dos, les mostró sus flores y dijo quien se las había dado. Estas se maravillaron mucho, abrazaron a la niña y parecían arrepentidas de haberla ofendido dejándola sola. La unión entre ellas se restableció. A esta vista me vino también a mi el deseo de tener semejantes flores para restablecerme, cuando de improviso se me apareció Dorotea, como una virgen, me hizo una exhortación para la comunión y me dijo: "Por qué tienes tanto deseo de esas flores cuando recibes tan a menudo la flor de todas las flores?" Me explicó el cuadro simbolico de las tres niñas, que se refería a la caida y a la conversion de las dos mayores. Después vi un cuadro de su martirio. Estaba con las dos mayores dentro de la cárcel y nació entre ellas una divergencia. Las otras dos no quisieron morir por Jesús, y fueron puestas en libertad. He visto a Dorotea delante del juez, que la hizo conducir enfrente de las dos ya caidas, en la esperanza de que seguiría Dorotea el ejemplo de sus hermanas y sus exhortaciones. Pero Dorotea, en cambio, logro conducirlas de nuevo a la fe. Fué luego atada con los miembros extendidos en una columna, destrozada con uñas, quemada con hachas y finalmente decapitada. Después de esto vi a un joven, que se había burlado de ella camino del martirio y al cual ella había respondido brevemente, convertirse subitamente y hacerse cristiano. Vio a un joven luminoso que llevaba rosas y flores, entró en si mismo, confesó su fe cristiana y sufrió el martirio: fué decapitado. Junto con Dorotea fueron martirizados muchos cristianos, quemados, descuartizados por animales, a los cuales los habían atado.

(*) Lo dicho sobe esta Santa está de acuerdo con la historia. Lo mismo narra el santo Obispo Aldhem (709) en su libro Alabanza a la virginldad. La devoción a esta santa está muy difundida en el oriente.

XXXII

Santa Apolonia (*)

Tuve conmigo su reliquia y ví la ciudad donde fué martirizada (Alejandría). Esta situada sobre un promontorio, no muy lejos de las muchas bocas por las cuales el Nilo desemboca en el mar. Es una ciudad grande y hermosa, en la cual la casa de Apolonia, circundada de patios y jardines, se levanta sobre una alta plazoleta. Al tiempo de su martirio era ya viuda, entrada en años, pero de hermosa presencia. Sus padres eran paganos; pero ella desde su infancia era ya cristiana, debido a una aya suya que era secretamente cristiana. Cuando creció en años fue entregada por sus padres en matrimonio a un marido pagano y vivió con él en la casa paterna. Sufrió mucho y la vida conyugal fué para ella una severa prueba. La he visto yacer en el suelo, llorando, orando y cubriéndose la cabeza con ceniza. Su marido era mas bien descarnado y pálido, y murió mucho tiempo antes que ella. Vivió después treinta años como viuda, sin hijos. Mostró mucha misericordia hacia los pobres, que eran secretamente cristianos y era el consuelo y la esperanza de todos los necesitados. Su nodriza había padecido martirio mucho antes que ella. Esto acaeció en ocasión de un tumulto, durante el cual las casas de los cristianos fueron saqueadas y quemadas, y muchos fueron muertos.

He visto mas tarde como Apolonia, por orden del juez, fué sacada de su casa, conducida al pretorio y metida en una cárcel. La ví luego ante el juez, horriblemente maltratada a causa de sus elocuentes palabras sobre el cristianismo. Era una vista que despedazaba el corazón verla, mientras pude asistir a otros martirios con bastante tranquilidad. Quizás eran su edad y su noble presencia, lo que tanto me conmovieron. La azotaron con varas, la hirieron en la cara y en la cabeza con piedras. La nariz le fué aplastada y deformada; la sangre le corría a torrentes de la cabeza; le habían despedazado las mejillas y el mentón y arrancado los dientes de la boca. Llevaba aquella blanca tunica abierta a los lados, que veo a menudo usada por los cristianos; debajo tenía una túnica de lana colorada. Estaba sentada sobre una piedra sin respaldar y tenía las manos atadas por la espalda a aquella piedra y los pies ligados. Le habían roto y quitado el velo y sus largos cabellos pendian sueltos sobre sus hombros. Su semblante estaba alterado, deforme por los golpes y cubierto de sangre. Un verdugo la sujetaba por detrás, torciéndole la cabeza, mientras otro le abría por fuerza la boca ya deshecha con una especie de cepo de plomo. Entonces el verdugo le destrozó uno a uno los dientes con una tenaza y con los dientes arrancaba pedazos de mejillas. Durante el martirio he visto a Apolonia padecer hasta desmayar, mientras los ángeles y otras almas mártires y también la aparición de Jesús, la fortificaban y la consolaban. Con sus plegarias y sufrimientos obtuvo la gracia de ser la auxiliadora de todos los que sufren dolores de dientes y en el rostro.

Como por otra parte no cesaba de alabar a Jesucristo, despreciando las ofertas a los dioses paganos, el juez ordenó que fuese llevada a la hoguera y que si no cambiaba de sentimientos, fuese arrojada en ella. No podía ya caminar por si misma, pues estaba medio muerta. Dos verdugos la arrastraron sosteniéndola bajo los brazos y la llevaron hacia un lugar elevado y plano donde en una fosa ardía un gran fuego. Cuando estuvo delante pareció que pedía con la oración alguna cosa. No podía sostener ya derecha su

cabeza. Los paganos creían que quería renegar de Cristo o que, al menos, vacilaba en sus convicciones y la dejaron por un momento. Ella cayó al suelo y parecía que iba a morir. Rezaba en cambio; se puso de pie súbitamente y se echó en medio de las llamas. He visto, durante su martirio, a muchos pobres lamentarse, retorciéndose las manos y gritando, por perder a aquella que durante tanto tiempo les había hecho caridad. Por sí misma no hubiera podido saltar a las llamas. De Dios le vino la fuerza y el impulso. He visto que no fué consumida en el fuego, sino solo quemada. Los paganos se alejaron de aquel lugar cuando la vieron muerta, y los cristianos se acercaron y secretamente se llevaron el cuerpo y lo sepultaron en un subterráneo.

(*) En el Martirologio Romano y en la Legenda aurea aparece como virgen (cap. 66), aunque ya de mucha edad. La vidente la ve como viuda y explica que hacía tiempo que lo era: por eso era tenida generalmente por no casada. El tormento de arrancarle los dientes lo describe la vidente con detalles. En un grabado en madera del ano 1450 tiene la santa una tenaza en las manos, y en otro de 1488 aparece atada a una columna mientras el verdugo le arranca los dientes con vioiencia.

XXXIII

Santa Eulalia

Entre las reliquias que le presentaron a Ana Catalina, había dos dientes que se decía pertenecieron a Santa Eulalia. Cuando los hubo mirado, dijo:

Uno sólo de estos dientes pertenece a Santa Eulalia, virgen y mártir de Barcelona. El otro diente es de un sacerdote que recibió la ordenación en la vejez. Lo he visto viajar mucho de un lado a otro, proteger viudas y huérfanos. El diente de Santa Eulalia le fué arrancado cerca de un año antes de su martirio. He visto el episodio como había sucedido. A causa de un intenso dolor de muelas que padecía, Eulalia se hizo sacar aquel diente en casa de una joven amiga suya; pues la madre, por demasiada sensibilidad, no quiso que lo hiciese en su propia casa. El viejo que extrajo aquel diente era un cristiano. Ella estaba sentada sobre un asiento en el suelo, de espaldas al operador. Ella levantó la cabeza hacia atrás y el hombre le extrajo rápidamente el diente con un instrumento que en la parte anterior tenía una cavidad pequeña, como para contener un diente, unido a un asta y un mango algo curvo. Después de sacado, hizo ver el diente a las dos jóvenes, que sonrieron. La amiga de Eulalia rogó que le regalara el diente extraído y ésta consintió. Eulalia era amada y apreciada por todas sus amigas. Después de su martirio aquel diente adquirió un valor mucho mayor y llegó a ser para la poseedora un objeto sagrado. Después de la muerte de ésta, lo he visto en posesión de dos diversas mujeres y mas tarde, en tiempos muy posteriores, suspendido delante de la imagen de Apolonia, encerrado en una caja de plata que tenia la forma de un pequeno turíbulo. En este cuadro Santa Apolonia no estaba pintada como persona de edad, sino joven, con una tenaza en la mano y con gorra de punta en la cabeza. He visto mas tarde, cuando los objetos de plata fueron robados en aquella iglesia, que aquel diente llegó a poder de una monja, lejos del país de Eulalia. Se sacó un fragmento de la raíz del diente y también éste se conservó como reliquia; ya no recuerdo el lugar del hecho. He visto resplandecer el diente, pero no con el brillo propio de los huesos de los mártires. Lo veo brillar por el ardiente deseo que tenia ya desde entonces Eulalia de padecer y morir por Cristo y por su inocencia y por lo que había ya anticipadamente padecido con paciencia por amor de Jesús.

Aquellos huesos y partes del cuerpo que los santos han perdido antes del martirio, no los veo resplandecer con los colores propios de la gloria, como miembros que han padecido el martirio propiamente. Al brillo de este diente le falta el brillo propio del martirio del resto del cuerpo. Los padres de Eulalia eran personas de mucha consideración, que habitaban en un gran palacio, en torno del cual se veían olivos y muchos otros árboles cargados de frutos amarillos. Los padres eran cristianos; pero no muy celosos, ni en ellos se veia nada notable de cristianismo. Eulalia se entendía con una anciana, fervorosa cristiana. Esta anciana habitaba en un edificio anexo al palacio y trabajaba en grandes obras de bordados. He visto a Eulalia junto a la anciana coser y preparar ornamentos de iglesia. Cosían con grandes agujas redondas y adherían a los

paños figuras de relieve. Esto lo hacían secretamente, de noche. Tenían cerca una linterna y delante de la llama había algo transparente, como cristal, por cuyo medio se podía ver muy claramente. He visto a Eulalia orar solitaria delante de una simple cruz en su estancia. Ella misma se había hecho esa cruz con una madera de siempreviva. Tenia tan ardiente deseo de confesar públicamente a Jesús, que a menudo le era mostrada en visión la corona del martirio. La he visto andar con otras vírgenes y manifestarles ese deseo, que no se atrevía a manifestar en la casa paterna.

(*) El Diccionario Eclesiástico dice: "En España se celebran dos mártires de este nombre: Eulalia de Barcelona y Eulalia de Mérida".

XXXIV

Los santos mártires Pascual y Cipriano

Cuando tomé mi iglesia (la cajita de sus reliquias) en las manos, para ponerlas en orden y venerarlas, reconocí un fragmento del hueso de un brazo del santo mártir Pascual. He visto que desde la infancia era tullido, aunque por lo demas estaba bien formado. Su padre había perdido la vida en una persecución de cristianos y luego lo ví con una hermana suya junto a un hermano mucho mayor que tenía por hijo un sacerdote llamado Cipriano. He visto a este último celebrar Misa en un subterráneo. Habitaban en medio de edificios ruinosos y a veces en cavernas subterráneas. Cipriano demostraba mucho cariño hacia el tullido Pascual, que no podía servirse de miembro alguno. Tendría dieciséis años cuando pidió ser llevado a la tumba de un mártir. Estaban allí unas veinte personas, entre ellas Cipriano; y condujeron a Pascual sobre una especie de angarillas a un lugar de mártires. Estaba de tal modo tullido que las rodillas casi le tocaban el mentón. Llegaron con gran sigilo al lugar próximo a las cárceles donde un santo mártir había sido martirizado y sepultado, cuyo nombre no me acuerdo ya. Se detuvieron y rezaron; Pascual estaba presente sobre una litera que podia alzarse o bajarse a voluntad. He visto que tanto él como los otros oraban con mucha devoción, y que de pronto se alzó sobre sus pies y echó de si las muletas. Había tenido la más firme confianza alli que Dios le había de dar la salud. Vi que todos llenos de gozo dieron gracias a Dios y abrazaron al recién sanado, que con ellos volvió a su casa contento y feliz.

He visto una serie de cuadros de su caridad y piedad, y como ayudaba al hijo de su hermano, es decir, a Cipriano, a cuidar enfermos y pobres. Llevaba sobre sus hombros y al cuello a personas que no podían andar. Por este tiempo murió el hermano mayor y lo sepultaron secretamente. En seguida hubo una gran persecución de cristianos; me parece que bajo Nerón. Numerosos cristianos, hombres, mujeres y niños fueron reunidos con violencia en una gran plaza de la ciudad. Fueron juzgados y martirizados de diversas maneras. He visto que ciertos árboles que formaban una alameda eran doblados con fuerza; los cristianos atados por los brazos de un lado del árbol y por las piernas del otro lado; luego soltaban las ramas curvadas, y los pobres cristianos eran asi destrozados y descuartizados. A las vírgenes las he visto suspendidas por las piernas, de tal modo que la cabeza tocaba casi la tierra. Tenían las manos atadas a las espaldas; y he visto que ciertas bestias feroces, parecidas a gatos con manchas, laceraban y devoraban sus carnes aún palpitantes de vida. He visto que durante esta persecucion la hermana de Pascual con otras huyeron lejos de allí, mientras Pascual y Cipriano visitaban los lugares de martirio para confortar a los amigos. Al principio solo fueron rechazados allí; pero luego, reconocidos como cristianos, fueron juzgados y martirizados con los demás. He visto en esta ocasión muchas piedras gruesas y macizas aplanadas, entre las cuales eran puestos los cristianos, y aplastados y prensados, mientras las piernas y los brazos pendian hacia fuera. A menudo ponian dos victimas, una sobre otra, la cara de una contra la cara de la otra, y asi eran prensadas con tan pesadas piedras. Pascual y

Cipriano fueron en esa forma aplastados.

A continuación vi un cuadro de época posterior. Vi a los cristianos más libres; podían buscar las tumbas de los mártires y venerarlos.

Vi que unos padres llevaron su hijito de un año, todo tullido, a un campo donde estaban sepultados muchos mártires, con monumentos y pequeñas capillas sobre algunas tumbas. En la extremidad del cementerio, que llaman de Calixto, se detuvieron en un lugar donde no había mas que hierbas, porque el niño dijo que alli estaban sepultados dos santos que lo habían ayudado. En efecto, lo vi alzarse de allí derecho, perfectamente sano. Creo que pronunció también los nombres de esos santos. Luego vi al padre, a la madre y al hijo de rodillas dando gracias a Dios, correr a la ciudad y anunciar por todas partes el prodigio que se había obrado. He visto acudir muchos hombres con aquel niño; entre ellos había eclesiásticos. Excavaron la tierra y allí encontraron dos cuerpos juntos. Los brazos se unian fuertemente y los cuerpos estaban incorruptos, blancos y como disecados. La fosa era de forma cuadrada y donde los brazos estaban juntos, la pequeña pared que los separaba aparecía interrumpida. No fueron todavia desenterrados; pero vi que hubo una solemne ceremonia, que las tumbas fueron puestas en orden y colocada una inscripción. Luego fué cerrada y sobre la sepultura se hizo una techumbre sostenida por cuatro o seis columnas, y se plantaron flores. Vi que creció mucho la hierba; entre las plantas había una con hojas muy gruesas, un arbusto semejante al que llamamos siemprevivas. Debajo de aquella techumbre se hizo una capilla y se dispuso un altar. Sobre la mesa se hizo una abertura que se podia abrir o cerrar a voluntad. En la piedra erigida había una inscripción. He visto que se celebraba allí solemnemente la santa Misa y se daba la comunión. Los que recibían la santa comunión tenían un recipiente o tacita y un paño muy candido bajo el mentón. Aquellos santos cuerpos quedaron sepultados allí. Mas tarde el pequeño edificio fué destruido. Vi luego un cuadro en que me mostraron como después de mucho tiempo se abrieron allí muchas tumbas y se llevaron los sagrados huesos hallados. Vi que también los cuerpos de Pascual y de Cipriano fueron extraidos; eran ya esqueletos, pero dispuestos en orden perfecto. Los he visto colocados en dos cajas cuadradas, que llegaron a ser posesión de los Jesuitas de Amberes. Vi en esa ocasión fiestas solemnes con procesiones. Las cajas fueron adornadas y guardadas en preciosos armarios.

XXXV

Santa Perpetua y Santa Felicitas

(27 de Febrero de 1820) Cuando en la noche pasada me lamentaba delante del Señor de mi aflictiva situación, fuí justamente reprendida de haberlo hecho mientras me rodeaban tan grandes tesoros de reliquias, por ver las cuales tantos otros habían emprendido largos viajes, y mientras tenía la gracia de vivir en compañía de tantos santos y de ver todas sus acciones y sufrimientos. Sentí entonces la injusticia de mis lamentaciones y vi una gran muchedumbre de santos cuyas reliquias tengo conmigo. Vi muchas cosas de la vida de Santa Perpetua, que desde niña tenía ya visiones que simbolizaban su martirio. Esto me hizo recordar un sueño de mi infancia, en el cual había visto que no tenía para alimentarme nada mas que agua y pan negro. Creía que debía ir mendigando. Pensé entonces que aquel pan negro que recibió como don Santa Valburga se refería a este mi sueño. He visto los tormentos de Santa Perpetua y de Santa Felicitas, y de otros que, con ellas y después de ellas, fueron martirizados. Los he visto destrozados por bestias feroces, o acuchillados.

Diciendo estas palabras, Ana Catalina tomó en sus manos una de aquellas reliquias, la estrechó contra su corazón y la besó, diciendo:

He aqui a Perpetua, que esta junto a mí.

Luego tomó un fragmento de hueso y dijo:

Esto es algo muy precioso. Es el hueso de un jovencito que sufrió valerosamente el martirio junto con el padre, la madre y dos hermanas. Se encontraba en la cárcel al mismo tiempo que Perpetua. Fué quemado vivo. Su hueso resplandece muy vivamente: es un resplandor muy maravilloso, con un nimbo del mas agradable color azul con rayos de luz dorada y de esta misma luz esta circundada la persona y la aparicion de este niño mártir. Esta luz recrea de tal manera, que no puedo expresarlo. Al principio creí que Perpetua y Felicitas fueron martirizadas en Roma, porque había visto que les dieron muerte en un edificio semejante a los que veo en Roma; pero ahora sé que el lugar de su martirio fué muy lejos de Roma. El niño murió quemado en una hoguera. Había en aquel lugar pequeñas elevaciones circundadas por una pared. En las elevaciones había unos palos, donde eran sujetados los mártires. Los verdugos disponian el fuego circularmente en torno de esas elevaciones.

(2 de Marzo de 1820)

Vi muchos cuadros relativos a la prisión y al martirio de Santa Perpetua. En ocasión de su fiesta espero verlo todo mas claramente. He visto a los santos encerrados en una cárcel redonda y subterránea. Estaban separados unos de otros por rejas de hierro, de tal manera que podían hablarse y darse la mano. Todo era oscuro y tenebroso en la cárcel.

Con todo, he visto resplandecer la luz en torno de los mártires. Sobre la cárcel misma se levantaba un antigüo edificio. Cada uno estaba solo en esa especie de jaula. La puerta de entrada semejaba a la de una cantina, algo elevada sobre el nivel. En el techo había cuatro aberturas con rejas. Además de Perpetua y Felicitas, vi adentro a cuatro hombres. Perpetua tenía a su niño, al cual amamantaba. Felicitas estaba en la cárcel inmediata, y estaba encinta. Perpetua era alta, de recia contextura. Felicitas era mucho mas pequeña y delicada. Perpetua hablaba con todos indistintamente, de modo breve y conciso; parecía que lo dirigía todo en aquella cárcel. Mas lejos había otros prisioneros. Aquel magnánimo niño mártir estaba junto a su padre, en una parte, y la madre con sus dos hijas, en otra parte, separados por una pared; pero yo los veía a través del muro. He visto también que los amigos de los prisioneros se entretenían con ellos. Delante de la reja de Perpetua había un anciano muy afligido, que se arrancaba los cabellos y se lamentaba en voz alta. No era cristiano; creo que era el padre de Perpetua. El jefe de la guardia era un buen oficial que traía a Perpetua pan y otros alimentos que ella dividía entre los demás prisioneros. Perpetua tenía consigo escondido un volumen o rótulo. Todos vestian trajes de prisioneros, largos, mas bien estrechos; las mujeres de lana burda y blanca; los hombres de color más oscuro. La cárcel de los hombres estaba mas cerca de la puerta. La cárcel de las mujeres, en el centro, dispuesta en círculo. He visto a un niño que murió en la misma cárcel. Sus parientes obtuvieron el cadáver y lo sepultaron. Una tarde Perpetua habló con un hombre; y durante la noche he visto junto a Perpetua, que dormía en el suelo, apoyada en su brazo, un cuadro maravilloso. Todo el espacio estaba iluminado y a la luz del resplandor vi a todos los prisioneros y sus diversos aspectos; unos dormian y otros oraban. En este resplandor había una escala maravillosa que llegaba al cielo; al pie de ella había dos dragones, uno a la derecha y otro a la izquierda, con las cabezas vueltas hacia fuera. Aquella escala llegaba al cielo y terminaba en un jardín. Parecía la escala hecha sobre dos sostenes muy delgados para aquella altura, de modo que yo me admiraba que pudiera sostenerse. De ambos sostenes salian, a derecha e izquierda, muchos peldaños en puntas agudas, en ganchos y en otros instrumentos, puestos quizás para martirizar. Estaban dispuestos de tal modo que si a la izquierda salía un peldaño corto, correspondía a la derecha una cantidad de ganchos o de puntas, y viceversa. Parecia imposible que por allí alguno pudiese intentar la subida. No obstante vi a una figura que subía, y cuando estuvo bastante elevada, volvio atrás por otro lado, como si quisiese ayudar a otros a subir. Entonces vi la imagen de Perpetua, que allí dormía, como aplastaba la cabeza a uno de los dragones. Luego la vi subir con otros. Cuando llegaron arriba, los vi en un jardín hermosísimo, donde fueron consolados por numerosas figuras. Después he visto a Perpetua que dormía, y a su lado, la imagen de un hermanito pequeño, ya muerto (*). Vi junto a ella un espacio largo y oscuro y un niño que parecia estar en miserable estado con sed ardiente, cerca de una gran fuente de agua; pero con el borde tan alto, que el niño no podía alcanzarla. Cuando Perpetua tuvo la visión de la escala, vi, a la luz que iluminaba la cárcel, que Felicitas aun no había dado a luz. Todos yacían postrados con el rostro en tierra y oraban. A continuación vi un pequeño niño en brazos de Felicitas. Vi que una mujer, llorando con gran turbación, le quitó aquel niño, y que ella se lo dió alegremente. Vi después como los mártires fueron llevados al martirio. Salieron de la carcel uno a uno, delante de dos filas de soldados que los maltrataban bárbaramente. El lugar del martirio eran muchos espacios unidos entre sí. No era como el anfiteatro de los mártires de Roma. Por el camino he visto dos veces a algunos que mostraban su hijo a Perpetua. Se acercaron primero a una puerta donde todo el grupo de prisioneros tuvo que detenerse. Allí se disputo con los prisioneros pretendiéndose algo que ellos, por medio de Perpetua,

rehusaron hacer. Aquellas buenas personas que tenían a su hijito se hicieron otra vez encontradizas, acudiendo por una encrucijada. Todos los que estaban en la cárcel salieron para asistir al martirio. En esta ocasión lo sufrieron solo Perpetua, Felicitas y tres hombres. No me es posible expresar la magnanimidad que demostraron estos mártires. Las dos mujeres parecían beatificadas en el resplandor celestial y los hombres exhortaron a la multitud. Caminaban lentamente entre dos filas de verdugos, que los azotaban cruelmente. Después he visto a dos hombres traer delante de ellos a una bestia feroz semejante a un descomunal gato con manchas, que se arrojó sobre ellos, sin hacerles mucho daño. Luego un oso los arrastraba de un lado a otro. He visto que azuzaban a un feroz jabalí contra un mártir; pero el jabalí se volvió contra el que lo punzaba y tuvieron que sacar al verdugo sangrando.

(3 de Marzo de 1820)

Perpetua y Felicitas se acercaron a mí y me dieron de beber. Vi un cuadro relativo a sus juventudes. Las vi jugando en compañía de otras diez niñas en un jardín redondo, circundado de un muro. Dentro había árboles de la altura de un hombre, de tronco delgado, que en la parte superior tenían las ramas entrelazadas unas a otras. En medio del jardín se levantaba un edificio pequeño y redondo, como lugar de recreo, que en lo alto tenia una terraza. Había allí una estatua blanca de mármol, que tenía una mano en alto y la otra mas baja, sosteniendo con ambas un objeto. En la parte superior del edificio había una baranda en torno. Junto a ese lugar de recreo había una fuente de agua, guardada por una reja de hierro bastante alta, con puntas, de modo que los niños no podian subir; pero se podía, por medio de un ingenioso aparato, hacer correr el agua a una taza de piedra cavada fuera de la reja, y con el agua gustaban divertirse. Los niños jugaban también con ciertos títeres movibles y con pequeños animales de talla. He visto muchas veces a las dos santas, separadas de las demás, abrazarse con mutua afección. Ellas siempre se habían amado desde niñas y se habían comprometido a no separarse jamás; a menudo en sus juegos jugaban a que eran cristianas y a que sufrirían el martirio, sin ceder hasta la muerte. Santa Mónica, de la cual poseo una reliquia, me dijo que aquella ciudad se llama Cartago.

(6 de Marzo de 1820)

Hasta las dos me entretuve con Perpetua y Felicitas. He visto constantemente cuadros de su juventud hasta el momento en que fueron arrestadas. Ellas no habitaban el mismo lugar donde fueron encarceladas y martirizadas, sino a distancia de una media hora de camino, en un pueblo que no estaba tan hermosamente edificado ni sus edificios estaban unidos. Este lugar estaba pegado a la ciudad por un camino que, pasando entre dos muros bastante bajos, llevaba a la ciudad atravesando muchas puertas con arcos. La casa de los padres de Perpetua estaba sobre una plaza abierta, era algo baja, y me parecieron sus padres personas de distinción. Había en la casa un gran patio, rodeado de muros, con un pórtico interno de columnas, aunque no del todo como la casa de Inés en Roma. A la entrada se veían también estatuas. Delante del palacio se extendía la plaza y detrás el jardín de forma redonda, algo separada, que he visto ultimamente.

Reconocí que su madre, secretamente cristiana, conocía la íntima convicción de sus hijos. En casa había algunos jóvenes. Sólo el padre era pagano y así quedó. A los padres

de Felicitas, que era mas joven que Perpetua, los vi estar en muy pobre condición. Habitaban en una cabaña misera apoyada a los muros de la misma ciudad. La madre era un señora vivaz, mas bien corpulenta, algo oscura en el rostro. El padre era ya anciano cuando Felicitas fué martirizada. He visto a estos cónyuges que llevaban frutos en unos cestos, quizás al mercado. A Perpetua la he visto ir con ellos. Ya de niña era muy amiga de Felicitas y los hermanos de ella y otros jóvenes se trataban con mucha familiaridad e inocencia. Los he visto con los unos y los otros dentro del jardín. He visto a Perpetua desde la niñez promover con mucho entusiasmo y valor la fe cristiana. A causa de esto estaba siempre en grande peligro, de los cuales le fué posible librarse. Los padres de Felicitas eran secretamente cristianos. Ella era muy esbelta y delicada, mas hermosa que Perpetua, que tenia lineamientos menos delicados y mas decisivos y en todo su modo de ser mas ardorosa que Felicitas. Ambas eran algo oscuras de piel, como son las gentes de esas comarcas y tenían los cabellos negros. He visto a Perpetua ir a menudo desde pequeña con Felicitas; y una vez también a sus futuros maridos: eran muy piadosos y dulces de caracter y eran secretamente cristianos. Perpetua había sabido por visión que si se casaba alcanzaría mas pronto la palma del martirio. Había visto gran parte de su martirio y también la mala voluntad y la contrariedad de su padre. Perpetua fué la que indujo al matrimonio a Felicitas; ella se había casado antes y socorrió a su amiga en su pobreza y necesidad. El marido de Perpetua me pareció que estaba muy por debajo de la condición de ella. Parecía que lo había tomado atendiendo solo a su virtud. Cuando él dejó la casa paterna fué mirada con malos ojos por los otros amigos y la vi andar sola con él y como abandonada de los demás. El marido de Felicitas era muy pobre, pero buen cristiano. Se fueron durante la noche a un lugar escondido y remoto que parecía una vasta y baja cantina, sostenida con arcadas y columnas, fuera de los muros y en medio de edificios en ruina. Moraban allí dentro ocultos; habían cerrado todas las aberturas y se iluminaban con antorchas. había como unas treinta personas que vivían en las reparticiones de aquel lugar. No he visto celebrar allí oficio divino, sino solo enseñar la doctrina cristiana.

(7 de Marzo)

He visto dos santos hombres acercarse a mí de un lado del lecho y tres santas del otro lado. Estas eran Perpetua y Felicitas y la madre del marido de Perpetua, mujer de edad. Los hombres eran los maridos de estas santas. Perpetua y Felicitas me colocaron en otro lecho aislado, que tenia cortinados de color azul con cordones colorados. La suegra de Perpetua trajo una mesa redonda que estaba en el aire, junto a mi lecho, y allí la preparo con toda clase de maravillosas viandas. Parece que lo hacía en nombre de Perpetua. Las dos santas se apartaron algo de mi a un lugar mas espacioso, y pensé que podia significar esto alguna pena para mi y me domino la tristeza; mas aún cuando vi que también la suegra se iba apartando y los dos mártires desaparecieron. Entonces me dí cuenta que manaban sangre mis pies y mis manos. De pronto ví que me rodeaban muchas personas, que en tono de sorpresa decían: ";Ah, ella come!" Bien pronto cesó toda la algazara y aparecieron de nuevo las santas, y la suegra de Perpetua me dijo que habría debido yo sufrir grave persecución y molestia a causa de estas efusiones de sangre, pero que por intercesion de aquellos santos había sido alejada o al menos mitigada. Me dijo además que aquellos tres niños que había yo vestido para la primera comunión, conseguirán remover de mí, con sus oraciones, muchos padecimientos y que en vez de sufrir una nueva persecucion, ha venido sobre mi esta dolorosa enfermedad y en premio de todo ello estas viandas que se veían sobre la mesa: frutos, paños muy finos

puestos sobre platos de oro con inscripciones azules y también flores. La santa mujer, que estaba a mi lado hablándome, tenía en torno de sí un fulgor puramente blanco que iba perdiéndose en un color gris. No había sido encarcelada ni martirizada con él; pero ahora estaba con él, porque, como había sucedido a muchos otros, durante la persecución, ella había muerto en esos escondrijos por el dolor y el sufrimiento a causa de las privaciones. Dios se lo había contado todo esto como martirio. Perpetua y Felicitas se hubieran podido sustraer al martirio; pero Perpetua lo había deseado ardientemente y cuando se declaró la persecución, se mostró abiertamente cristiana. Me dijo que Perpetua se había casado a causa de una visión y para salir de la casa de su padre. Vi a este hombre; no era alto de estatura, pero fuerte, aunque ya de edad y raras veces se eneontraba en su casa. Cuando estaba, habitaba el segundo piso con su mujer. El podía ver todo lo que ella hacía, puesto que la estancia que habitaba estaba separada solo por un tabique de madera entrelazada, sobre cuya parte superior había una abertura cerrada habitualmente con una cerradura.

Poco tenía que hacer con ella, y parecía que la trataba con desconfianza por ser ella cristiana. Las más de las veces yo veía a la mujer en aquella estancia; parecía que no se movía fácilmente porque era corpulenta y por eso las más de las veces estaba sentada o se recostaba sobre un cómodo sillón. Vi que trabajaba con la ayuda de unos palitos en una labor ordinaria de malla. Las paredes de la casa estaban pintadas de varios colores, pero no con arte tan refinado como en Roma. Cuando estaba el padre en casa se mostraba todo inquieto, incierto y silencioso; cuando él se alejaba, la madre aparecía mas alegre y benévola con sus hijos. Además de Perpetua, he visto varios jovencitos allí. Cuando Perpetua tuvo cerca de diez y siete años la he visto en una estancia fajando y curando a un niño enfermo, de unos siete años. Este niño tenia un horrible tumor en la cara que lo desfiguraba y por añadidura no lo sufría con paciencia. Los padres no lo visitaban siquiera y lo he visto morir entre los brazos de Perpetua, que lo ocultó luego en un lienzo y lo sepultó. El padre y la madre ya no lo vieron mas.

Felicitas era sirvienta en una casa donde servía otra que con ella fué martirizada. A menudo venía a la casa de sus padres y a veces dormía alli. Perpetua llevaba muchas veces, en la oscuridad de la noche o en el crepúsculo, algunas objetos en una pequeña canasta o entre sus vestidos, y esas buenas gentes aprovechaban lo traído para repartirlo a los cristianos escondidos, de los cuales muchos morían de hambre y de necesidades. He visto todo este andar y venir con mis propios ojos. Perpetua no era de rostro muy agraciado: tenía la nariz algo achatada y corta; los huesos de las mejillas algo prominentes y los labios un tanto levantados, como lo veo en la gente de aquellas comarcas. Tenía cabellos negros y largos, trenzados y enrollados sobre la cabeza. El vestido era a la moda romana; pero no tan simple, pues tenía adornos en torno al cuello y las extremidades y la parte superior del cuerpo parecía mas estrecho. Perpetua era muy decidida en el trato y en el modo de andar. He visto a los maridos de las dos santas mujeres en casa de Perpetua despedirse de ellas para huir: asi se sustrajeron de la persecución. Cuando se hubieron alejado, he visto a Perpetua y a Felicitas abrazarse tiernamente, como si entonces se sintiesen mas libres y dispuestas para el martirio. La casa de Perpetua era mas pequeña que la de sus padres. Tenía un solo piso y el patio estaba cercado por una empalizada de madera. Al nacer el día vi a Perpetua y Felicitas y la suegra de Felicitas, en casa de Perpetua, sorprendidas por una tropa de soldados, que traían arrestados a dos jovenes que estaban a la puerta de la casa.

Perpetua y Felicitas fueron al encuentro de los soldados alegremente. La suegra retuvo al niño y nadie se cuido de ella. Estos cuatro cristianos, entre golpes y malos tratos, fueron llevados sin pasar por el camino ordinario, entre el muro y los arcos, sino a través de otro abierto en el campo, hacia una parte remota de la ciudad y encerrados en una casucha que parecía un aislado fortín de leño y no una cárcel. Aquí he visto algun tiempo después a un joven que golpeaba por mucho tiempo a la puerta hasta que los soldados lo dejaron entrar y lo llevaron delante de los prisioneros. He visto también llegarse al padre de Perpetua: le suplicó y lloró, la conjuró a renegar de la fe y, finalmente, la golpeó en la cara. Ella respondió con gravedad y soportó todo con paciencia. Después he visto como fué conducida, atravesando una parte de la ciudad y varios muros, a la cárcel subterránea donde estaban muchos otros cristianos. Allí vi de nuevo la visión de la escala que tuvo Perpetua y cómo, después de recibir celestial consuelo, subía la escala y descendía vestidos, para ayudar a los otros. Al descender se laceraba los vestidos, mientras miraba hacia un lado, en aquellas agudas puntas, precisamente en las caderas, donde mas tarde fué embestida por el toro furioso, durante su martirio. Ví a Perpetua yacer en el suelo y hacer un movimiento como si quisiese poner en orden sus vestidos. Esto acaeció en el momento en que descendiendo de la mística escala, se dió cuenta de que estaban rotos sus vestidos. Mientras estaba en la cárcel, hablaba animosamente con los soldados y asumía la representación de sus compañeros de prisión, alcanzando para sí y para los otros mas respeto y consideración. La vi cuando fué arrastrada de un lado a otro por el toro y luego pisoteada. Al caer aún se ajustó sus vestidos desordenados y me pareció que por un momento se daba cuenta de su posición. Cuando fué llevada luego por senderos transversales a otro patio, preguntó si sería pronto martirizada. Estaba siempre como en visión y no sabía casi lo que hacían con ella. En medio de aquella plazoleta había varios asientos pequeños; fué llevada a uno de ellos y atravesada por la garganta. Era cosa terrible el verla: Perpetua no acababa de morir; el verdugo la atravesó por los costados y después la traspasó por el lado derecho de la garganta. La mártir tuvo que guiarle la mano. En el suelo aun movió la mano; finalmente murió con grave dificultad. Los demás mártires estaban allí amontonados. Las dos santas fueron despojadas y robadas sus vestiduras; metidas en una especie de red y llevadas fuera. Por causa de los golpes y azotes todo el cuerpo estaba lleno de sangre y de heridas. Los sagrados despojos fueron secretamente sustraídos y sepultados por gente venida de Cartago. He visto que muchísimos se convirtieron por el martirio de Perpetua y su heroica paciencia y que la cárcel se lleno muy pronto nuevamente.

(8 de Marzo) .

He tenido durante la noche las reliquias de Perpetua y Felicitas junto a mí, pero con grande extrañeza no he visto cosa alguna que tuviera relación con ellas. Aunque esperaba ver algo sobre estas santas, nada ví en todo el tiempo. De aquí reconozco que estas visiones son cosas serias y que no se tienen según la voluntad propia.

(*) El niño de que se habla en esta visión es Dinócrates, hermanito de Perpetua. Se encontraba en el purgatorio y la razón la da San Agustín, quien dice que Dinócrates era bautizado, pero fué obligado por su padre a dar culto a los dioses familiares.

XXXVI

San Esteban y San Lorenzo

(3 de Agosto de 1820) Entre las reliquias que poseo, conozco una de San Lorenzo. Es un trozo de hueso envuelto en una materia oscura. Que tesoro! !San Esteban y San Lorenzo! He aqui que ambos están presentes: primero Esteban, después Lorenzo. Aquél tiene un vestido blanco de sacerdote judío y un ancho cinto y en la espalda una faja. Es un hermoso joven, mas alto que Lorenzo. Este viste un largo hábito como de diácono. Esteban tenía, además, ancho cinturón blanco de sacerdote, un collar sobre los hombros, tejido de blanco y rojo, muy brillante, y la palma en la mano. Lorenzo estaba vestido con un hábito azul blanco, largo y plegado, ceñido con ancho cinturón y una estola al cuello. No era de tanta estatura como Esteban, pero era, como éste, joven, de buen aspecto y animoso. Este hueso suyo debe haber sido oscurecido por el fuego y esta envuelto en un pañito negro. Las parrillas tenían un borde como el de una sartén. Eran mas anchas por arriba que por abajo. Tenian seis pies y cuatro barras atravesadas. Cuando el santo estaba en ellas fué puesta sobre él una barra atravesada. Tenia consigo las parrillas cuando se me presentó.

He visto a San Lorenzo, español, natural de la ciudad de Huesca. Su madre se llamaba Paciencia. Del nombre del padre no me acuerdo. Ambos eran muy piadosos cristianos. Las casas de éstos estaban señaladas con una cruz tallada en piedra. Unas cruces eran sencillas y otras dobles. Vi que Lorenzo tenía una devoción extraordinaria al Santísimo Sacramento y que aproximadamente desde los once años había sido dotado por Dios de una maravillosa sensibilidad para conocer la proximidad de la Eucaristía, aunque el Santísimo fuese llevado ocultamente. Dondequiera que fuese llevado, él lo acompañaba y lo adoraba con mucho fervor. Sus piadosos padres, que no tenían tanto celo, tachaban de excesivo el suyo. Ví una prueba conmovedora de su amor al Santísimo Sacramento. Supo Lorenzo que un sacerdote llevaba secretamente la comunión a una leprosa que habitaba una miserable cabaña junto a la muralla de la ciudad. Siguió por devoción secretamente al sacerdote hasta la cabaña y estuvo escuchando y orando mientras la enferma recibía la comunión. Diósela en efecto el sacerdote, pero en el momento de recibirla la enferma vomito y con esto salió de la boca la sagrada forma. El sacerdote, de cuyo nombre no me acuerdo, llegó a ser santo; pero entonces se hallaba en grande apuro sin saber como sacar de aquella inmundicia el Sacramento. Todo esto lo vió el niño Lorenzo desde su escondite y no pudiendo contenerse, impulsado por su amor al Sacramento, penetró en la habitación y, venciendo la natural repugnancia, se echo sobre el vómito y tomó en sus labios el cuerpo del Señor. Vi que en premio de esta heroica acción recibió de Dios un gran valor y una fortaleza invencible. He visto también, de una manera que no puedo describir, que él nació no de la sangre ni de la voluntad de la carne, sino de Dios. Vile como un niño recién nacido y entendi que fué engendrado por sus padres en medio de la mortificación, después que éstos recibieron dignamente los santos Sacramentos, en pudor y penitencia; que en el momento de ser engendrado fué consagrado a Dios y que por esta razón le había sido dada esta temprana devoción y este sentimiento de la presencia de Jesús en el Santisimo Sacramento. Tuve mucha alegría de ver aquí un niño engendrado como siempre pensaba que se debe en el matrimonio

cristiano. Después de aquella acción heroica no tardó Lorenzo en dirigirse a Roma, previo el consentimiento de sus padres. All le vi, en compa´ñia de santos sacerdotes, visitar a los enfermos y encarcelados. No tardó en hacerse querer muy especialmente por el Papa Sixto, que le ordenó de diácono. Le vi ayudar Misa al Papa y vi que el Pontifice, después de comulgar, le daba a él la comunion bajo ambas especies. Le vi también dar el Sacramento a los cristianos. No había comulgatorio, como ahora, Los diéconos alternaban en el servicio de la iglesia; pero vi que Lorenzo siempre ayudaba a Sixto. Cuando éste fué encarcelado, corrió Lorenzo en pos de él y le llamó para que no le dejara; vi que Sixto, por divina inspiración, le anunció su próximo martirio y le mandó que repartiera entre los pobres los tesoros de la Iglesia. Vile ir con mucho dinero en el pecho a una viuda llamada Ciriaca, en cuya casa había escondidos muchos cristianos y enfermos y le vi lavarles a todos los pies humildemente y socorrer, imponiéndoles las manos, a aquella viuda que hacía tiempo padecía violentos dolores de cabeza, y curar enfermos y paralíticos, restituir la vista a los ciegos y distribuir abundantes limosnas. La viuda le ayudaba en todas estas cosas, aún en convertir en dinero los tesoros de la Iglesia. Vile entrar en una cueva y después en las catacumbas y ayudar a todos y distribuir limosnas y dar la sagrada comunión e infundir valor y consuelo, pues había en él fortaleza de alma sobrenatural e inocente y grave serenidad. Vile ir con Ciriaca a la cárcel donde estaba el Papa y decirle, cuando éste era conducido al martirio, que ya había distribuido los tesoros y como ministro del altar quería seguirle al martirio. El Papa le predijo de nuevo su muerte.

Después fué apresado por los soldados por haber hablado de tesoros. Los tormentos no se acababan; duraron durante toda la noche con inaudita crueldad. Entre dos lugares de suplicios había un espacio con columnas, donde estaban todos los instrumentos del martirio. El ingreso en aquel lugar era permitido y había muchos espectadores. Alli fué martirizado hasta ser tostado en las parrillas. Después de ser confortado por el ángel, volviéndose en las parrillas, habló alegremente. Por si mismo se había colocado sobre ellas sin dejarse atar. Conocí que por favor divino había dejado de sentir en gran parte aquel tormento y que estaba en él como en un lecho de rosas. Otros mártires habían padecido mas espantosos dolores. Sus vestidos de diacono eran blancos. Tenia una faja en la cintura, una estola, un cuello redondo sobre los hombros y un manto cenido como el de San Esteban. Vi que fué sepultado por Hipólito y el sacerdote Justino y que muchos lloraron en su sepulcro, sobre el cual se dijo misa. Lorenzo se me apareció una vez que yo sentia escrupulos sobre si debia comulgar. Me preguntó acerca del estado de mi espiritu. y me dijo, después de oirme, que podia comulgar al dia siguiente.

XXXVII

San Hipólito

He visto representaciones de su vida. Sus padres eran sumamente pobres. El padre murió muy joven. La madre era una mujer intratable y con ser ella misma pobre y de humilde condición, se mostrabra dura y orgullosa con los otros pobres. Vi muchos actos de Hipólito cuando todavía era niño y se me mostró que aquellos actos eran la raíz de la futura gracia que había de obtener de hacerse cristiano y alcanzar la palma del martirio. Me fué mostrado que aun en los paganos estan unidas muchas gracias a las buenas obras que practican. Vi a su madre en discordia con otra pobre mujer, a la cual trato injustamente y la echó con soberbia de su casa. Lo cual sintio mucho Hipólito y tomando secretamente una prenda de su ropa interior se la llevó a aquella mujer, dándole a entender que se la enviaba su madre en señal de reconciliación. No se lo dijo con palabras; pero ella no pudo creer otra cosa. Volvió de nuevo a la madre de Hipólito, la cual la recibió blandamente, porque se quedó admirada de que habiéndola tratado antes con tanta dureza, volviera ahora con señales de amistad.

Otras obras de caridad vi hacer al joven Hipólito. Siendo soldado iba a ser castigado severamente uno de sus compañeros por haber cometido cierta falta, cuando él se presento al capitan acusandose de haber sido culpable. En gracia de esta voluntaria acusación fué mitigado el castigo que padeció por el otro. Agradecido a este favor, el compañero se unió tan estrechamente con él, que ambos se hicieron cristianos y recibieron juntos el martirio. En lo cual vi yo interiormente que las obras de amor y las obras buenas que nacen de él, no son desatendidas por el Señor, sino que convierten a los que las practican en vasos de futuras gracias. Vi que a Hipólito le fué confiada la custodia de Lorenzo y que se sintio interiormente movido cuando éste presentó los pobres al Emperador, diciendo que eran los tesoros de la iglesia. Hipólito no era malo. Era pagano, de la misma manera que Pablo había sido judío. Vi que se convirtio en la cárcel y que después del martirio de San Lorenzo permaneció tres dias y tres noches llorando y orando con otros muchos fieles en su sepulcro.

Sobre este sepulcro Justino celebraba la Misa y daba la sagrada comunión, que no todos podían recibir; pero aún sobre los que no la recibían vi una ardiente llama de deseo. El sacerdote roció a todos con agua bendita. El sepulcro estaba del otro lado de una colina y no podía ser observado. No tardo Hipólito en ser encarcelado con muchos otros fieles. Su martirio, que consistía en ser arrastrado por el suelo, se verificó en un lugar desierto, no lejos del sepulcro de San Lorenzo. Los caballos se resistieron a moverse del lugar. Azotáronlos los verdugos y los punzaron en las carnes y los abrasaron con teas. El santo mártir fué arrastrado en sacudidas reiteradas. había alli lugares preparados con piedras y con agujeros y espinas para desgarrar sus miembros. Con él fueron martirizados otros veinte cristianos, entre ellos su compañero. El llevaba la túnica blanca del bautismo.

XXXVIII

Santa Catalina de Alejandría

Llamábase su padre Costa. Catalina era hija única. Como su madre, tenía los cabellos rubios, era muy viva y animosa y siempre debía padecer o combatir. Fuéle dada un aya y desde muy joven le pusieron maestros que le enseñasen. Vile hacer juguetes con cortezas, que regalaba a los niños pobres. Cuando creció, escribió mucho en tablas y pergaminos y daba los escritos a otras jóvenes. Con todo, su corazón anhelaba por el Salvador de los hombres y porque se dignase conmoverla a ella también, y tuvo muchas visiones e ilustraciones. Desde entonces concibió un odio mortal a los ídolos y derribó, enterró e hizo pedazos todos los idolillos que pudo hallar; por lo cual y por extraordinarios y profundos discursos contra los ídolos tuvo que estar en la cárcel de su padre. Fué instruida en todas las ciencias y vi como paseando dibujaba en la arena y en los muros del castillo y que sus compañeras imitaban sus dibujos. Cuando tuvo ocho años, la llevo su padre consigo a Alejandría donde conoció al que debía ser su esposo. Catalina recibió en el bautismo una sabiduria inefable. Hablaba cosas admirables, pero guardo secreto, como los demás cristianos, acerca de su religión. No pudiendo su padre soportar durante mas tiempo la aversión al paganismo de Catalina, ni sus palabras y profecías, la hizo encarcelar, pues creía que así no podía tener trato ninguno con los que pensaban como ella. Por otra parte la amaba mucho porque era hermosa y discreta. Los siervos y criadas que le servían eran remudados con frecuencia, porque entre ellos solía haber algun cristiano. Ya antes se le había aparecido Jesucristo como Esposo celestial y su imagen no se apartaba nunca de su alma; asi que ella no quería oir hablar siquiera de ningun hombre.

Su padre quería casarla con un joven de Alejandría, llamado Maximino, el cual procedía de estirpe regia y era sobrino del gobernador de Alejandría, que no teniendo hijos le había instituido heredero. Mas Catalina no quiso saber nada de él. Vi que intentaron seducirla; pero ella se mostró animosa y rechazó, burlándose, aquellas tentativas. En esto se condujo con tal discreción y prudencia, que los más, teniéndola por necia, se ablandaban y la dejaban. Antes de estas tentativas, cuando tenía doce años, su madre murió en sus brazos. Al ver que iba a morir ésta, Catalina le dijo que era cristiana y la instruyo y la decidió a recibir el bautismo. Vi que Catalina roció con un ramo agua de una copa de oro sobre la cabeza, la frente, la boca y el pecho de su madre. El padre de Catalina la envió a Alejandría a casa de un pariente, esperando que allí aceptaría al que le había designado por esposo. Este salió al encuentro de Catalina en un barco y yo la oí decir cosas admirables y muy profundas y cristianas y contrarias a los ídolos. El prometido alguna vez le tapo la boca, entre irritado y en broma; pero ella se sonreía y seguía hablando con viveza e inspiración. Desembarcaron en un lugar en el cual la condujo el futuro esposo a una casa, que era mansión de placeres mundanos, con el intento de hacerla mudar de opinión; pero ella siguio en su propósito sin dejar su aire afable y lleno de gracia y dignidad. Entonces sólo tenía trece años. En Alejandría vivía en casa del padre de su pretendiente, en un gran palacio con muchos departamentos. Allí moraba también el joven, pero separadamente, loco de amor y poseido de inquietud. Pero ella siempre hablaba de su otro Esposo, por lo cual se intentó seducirla y obligarla

a que mudara de opinión y le fueron enviados sabios para que la apartaran de la fe; pero ella los confundió a todos.

Por entonces se hallaba en Alejandría el patriarca Teonás, quien con su grandísima mansedumbre había conseguido que los paganos no persiguieran a los cristianos. Estos vivían muy oprimidos y tenían que proceder con la mayor cautela y guardarse de hablar contra los ídolos. De aquí surgió una tolerancia muy peligrosa respecto de los paganos y tibieza en los cristianos, por lo cual dispuso Dios que Catalina, con su luz interior e inflamado celo, reanimase a muchos. Vi a Catalina en casa de Teonás. Él le dió el Sacramento para que se lo llevara a su casa. Ella lo llevó en un vaso de oro sobre su pecho. La sacratísima Sangre no la recibió. Vi entonces a muchos fieles que parecian solitarios, prisioneros y atormentados duramente en trabajos de construcción, en sacar piedras y transportarlas. Llevaban hábitos cenicientos, tejidos de malla, del grueso de un dedo aproximadamente y en la cabeza una banda que les caía sobre la espalda. Vi que a éstos les fué dada secretamente la comunión.

Catalina fué obligada por sus parientes a ir al templo de los ídolos; pero no sólo no fué posible reducirla a ofrecerles sacrificios, sino que cuando la solemnidad era mayor, Catalina, arrebatada de santo entusiasmo, se acerco a los sacerdotes y derribó el altar de los perfumes y echó por tierra los vasos, clamando contra las abominaciones de la idolatría. Levantose entonces un gran tumulto; apoderáronse de ella, la tuvieron por loca furiosa y la condujeron al peristilo del templo para interrogarla. Ella seguía clamando con mayor violencia. Fué conducida a la cárcel y en el camino llamó a todos los confesores de Cristo invitándolos a unirse con ella para derramar su sangre por Aquél que nos ha redimido con la suya. Fué encarcelada, azotada con escorpiones y arrojada a las bestias feroces. Yo pensaba que no es lícito ocasionar tan de intento el martirio; pero se dan excepciones y hay instrumentos elegidos por Dios. Catalina era instada y violentada a que sacrificase a los ídolos y a que aceptase aquel matrimonio que ella tanto aborrecía. Anteriormente, después de la muerte de su madre, la había llevado muchas veces su padre a las escandalosas fiestas de Venus; pero ella siempre había estado allí con los ojos cerrados.

En Alejandría estaba adormecido el celo de los cristianos. Halagaba mucho a los paganos que Teonás consolase a los esclavos cristianos maltratados por sus crueles amos y que los exhortase a servirlos con fidelidad, con lo que se mostraban los paganos tan aficionados a él que muchos cristianos débiles sacaban de aqui la consecuencia que no sería cosa tan mala el paganismo. Por esta razón suscitó Dios a aquella esforzada, animosa e inspirada doncella, para que con sus palabras, con su ejemplo y su glorioso martirio convirtiera a muchos que de otro modo no se habrían salvado. Era tan poco el cuidado que tenía en ocultar su fe, que iba por las plazas públicas buscando a los esclavos y trabajadores cristianos para consolarlos y exhortarlos a mantenerse firmes en la fe. Conocía que muchos se habían entibiado y apostataban a causa de aquella tolerancia. Había visto a tales apostatas tomar parte en el sacrificio del templo, por lo cual sentía vivo dolor y santa indignación. Las bestias, a las cuales había sido arrojada después de azotada, le lamieron las heridas y ella se vió repentinamente curada en la cárcel. Su prometido quiso hacerle allí violencia, pero tuvo que salir confundido y anonadado. Vino su padre y la sacó de la cárcel, conduciéndola de nuevo a casa del joven, donde fueron empleados todos los medios imaginables para inducirla a la apostasía. A las doncellas paganas que habían sido enviadas a ella para que la

convencieran, ella las ganó para Cristo; los filósofos que disputaron con ella, se dieron por vencidos. El padre se puso fuera de sí y atribuyó todo esto a encantamiento, por lo cual mandó azotar y encarcelar de nuevo a su hija. La mujer del tirano, que había ido a visitarla, se convirtió y con ella un oficial. Cuando ésta vino a la cárcel, se apareció un ángel que tenia una corona suspendida sobre la cabeza de Catalina y otro con una palma delante de ella. No sé si los vio la mujer del tirano.

Conducida Catalina al circo fué puesta en un lugar elevado entre dos anchas ruedas guarnecidas de puntas agudas de hierro y de dientes. Cuando empezaron a dar vuelta las ruedas, cayó un rayo e hizo pedazos la maquinaria, lanzando los pedazos en diferentes direcciones e hiriendo y matando a unos treinta paganos. Siguióse luego una gran tempestad de viento y granizo, pero ella estaba sentada muy tranquila entre los restos de las ruedas con los brazos extendidos. Fué de nuevo conducida a la cárcel y oprimida durante muchos dias. Varios hombres quisieron apoderarse de ella; pero los rechazaba con la mano y ellos se quedaban como estatuas sin movimiento. Llegábanse otros y ella con sólo mostrarles con la mano a los que se habían quedado petrificados, los rechazaba. Todo se atribuyó a arte mágica y Catalina fué conducida de nuevo al lugar de las ejecuciones. Arrodillóse en el tajo, con la cabeza vuelta hacia un lado y fué decapitada. Saltó de la herida extraordinaria cantidad de sangre; la cabeza se desprendió por completo del cuerpo. Arrojaron el cuerpo en un horno encendido; pero las llamas se revolvieron contra los verdugos, mientras una nube de humo cubría su cuerpo. Sacáronlo de allí y lo arrojaron a bestias hambrientas para que lo despedazasen; pero no lo tocaron. Al dia siguiente los verdugos llevaron el cuerpo a una cueva llena de inmundicia, entre césped de sauco. Por la noche vi en aquel lugar a dos ángeles con vestiduras sacerdotales que cubrieron el cuerpo con cortezas de arbol y se lo llevaron.

Catalina fué martirizada en el año 299, a la edad de dieciséis años. Entre las muchas doncellas que la acompañaron, llorando, al lugar del suplicio, algunas fueron después infieles; pero la mujer del tirano y el oficial padecieron valerosamente y murieron por Cristo. Los ángeles llevaron el cuerpo de esta santa virgen a una cumbre inaccesible del monte Sinaí. Vi la superficie de esa cumbre, que tendría extensión suficiente no mas que para una casa pequeña. Estaba construída esta casa con ladrillos colorados impresos con plantas y flores. Colocaron el cuerpo y la cabeza vueltos hacia la piedra, que parecía blanda como cera, puesto que aquel sagrado cuerpo quedo impreso dentro como una forma. Las manos quedaron claramente impresas en aquella piedra. Los ángeles colocaron encima de la piedra, ligeramente levantada sobre el nivel del suelo, una tapa que resplandecía. El cuerpo quedo allí por muchos siglos completamente escondido, hasta que fué mostrado en visión por Dios a un ermitaño del monte Horeb. Allí vivían solitarios bajo la obediencia de un abad. El ermitaño contó su visión repetidas veces a su abad, y supo que otro de los solitarios había tenido la misma visión. El abad les mandó, por santa obediencia, ir en busca del sagrado cuerpo; esto no era posible de modo natural, puesto que el lugar era inaccesible, prominente, sobre un abismo de rocas. Los he visto recorrer toda esa comarca, en una sola noche, lo que naturalmente hubiese exigido muchos dias de camino; estaban como en estado sobrenatural. Mientras era todo oscuridad y tinieblas, en torno de ellos había claridad. He visto que cada uno de ellos era llevado sobre aquella inaccesible cumbre en los brazos de un ángel y he visto a los ángeles abrir también el sepulcro. Uno de los ermitaños se llevó la cabeza; el otro el resto del cuerpo, que se había disecado y vuelto ligero y pequeño, y así sostenidos por los ángeles descendieron de aquella altura. He visto al pie del monte Sinaí la capilla

donde reposa el santo cuerpo. Esta capilla esta sostenida por doce columnas. Los monjes que allí habitan me parecen griegos. Llevan un vestido de género ordinario que confeccionan ellos mismos. He visto los huesos de Santa Catalina reposando en un pequeño sarcófago. No había allí mas que la calavera blanquísima y un brazo derecho; otra cosa no he visto. Todo en este monasterio esta en decadencia. He visto junto a la sacristía una pequena gruta cavada en la roca: sus paredes encierran sagradas reliquias. Están envueltas en lanas y sedas, bien conservadas. Hay entre estas reliquias algunas de los profetas que vivieron en otro tiempo en este monte y que los esenios veneraban cuando vivían en sus cavernas; He visto reliquias de Jacob, de José y de su familia, cosas que los israelitas habían traído consigo desde Egipto. Estas santas reliquias parecian cosas desconocidas por la mayoría: sólo eran honradas por algunos monjes piadosos. Toda la iglesia del monasterio ha sido construída sobre el monte, en la parte que mira hacia la Arabia; pero esta hecha de modo que se puede pasear en torno hacia la parte posterior del monte.

Visiones de los Santos

XXXIX

Santa Clara

Tuve a la vista una reliquia de Santa Clara y vi episodios de su vida. Su piadosa madre rezaba delante del Santísimo Sacramento con la mayor devoción para obtener que su parto fuese bendecido, y tuvo un interno aviso que daría a luz una hija que sería más clara que el sol. Por eso la niña fué llamada Clara. Conocí que la madre había peregrinado a Jerusalén, a Roma y a otros lugares santos. Sus padres eran personas de distinción, muy piadosas. Clara era atraída desde sus primeros años por todo lo que era santo y puro. Si la llevaban a la iglesia en seguida extendía sus manecitas hacia el Santísimo Sacramento. Todas las demás cosas que le presentaban, aunque fuesen muy bien pintadas y atrayentes, y aún las imágenes de la iglesia, no le llamaban la atención. La madre enseñaba a rezar a la niña, que se ejercitaba desde entonces en la mortificación. La devoción del Rosario debía estar ya en uso, porque los padres de Clara, con todos los de la familia, recitaban por la tarde cierto numero de Padrenuestros y de Avemarías. Vi que Clara buscaba ciertas piedrecitas lisas de diferente tamaño y las llevaba en un bolsillo doble de cuero, y que luego, rezando, iba poniéndolas a derecha e izquierda. Otras veces vi que disponía aquellas piedrecitas en líneas y en círculos, y después de haber dispuesto cierto número se quedaba reflexionando y contemplando en silencio. Si veía que había rezado sin mucha atención se imponía a si misma una penitencia. Entrelazaba con arte pequeñas cruces con pajas. Tendría apenas unos seis años cuando la vi en el patio de su casa, donde habían matado unos cerdos, recoger las cerdas, cortarlas y llevarlas escondidas debajo de los vestidos, en torno al cuello y nuca, para hacer penitencia. Mas tarde su piedad fué más conocida.

San Francisco recibió un aviso interior de visitar a los padres de Clara. He visto esta visita, y cómo hicieron llamar a Clara. Francisco habló con ella, que se sintió enteramente conmovida por las palabras del santo. Vi que se presentó un joven a los padres para pedirla en matrimonio y que los padres no eran ajenos a esta intención, aunque no hubiesen hablado a Clara. Ella tuvo aviso interno de las intenciones de sus padres y corrió a su pieza donde, delante de un pequeño altar, hizo voto de virginidad. Sus padres la presentaron después delante de aquel joven y ella declaró solemnemente el voto que habia pronunciado. Los padres quedaron maravillados y no la obligaron al matrimonio. Luego la he visto ejercitar toda clase de buenas obras, especialmente con los pobres, a los cuales llevaba secretamente, siempre que podia hacerlo, los alimentos preparados para ella misma. La he visto visitar a Francisco en el convento de la Porciúncula, siempre más decidida en su propósito de consagrarse a Dios. En la festividad del Domingo de Ramos fué a la iglesia adornada con sus mejores atavíos. El Obispo distribuía, a los que se acercaban al altar, ramos de palmas. Clara estaba retirada en la parte interior de la iglesia. El Obispo vió que un rayo de luz se posaba sobre ella y se encaminó hacia alla para darle aquellos ramos. Ese rayo de luz se esparcía sobre varias personas que estaban en la iglesia. Durante la noche la vi salir de la casa de sus padres e irse a la iglesia de la Porciúncula, donde Francisco y sus hermanos la recibieron con velas encendidas cantando el Veni Creator. La vi recibir allí un hábito de penitencia y cortarse los cabellos. Luego San Francisco la condujo al monasterio situado dentro de la ciudad. Antes de este tiempo ella llevaba un cinturón hecho de crines de

caballo con trece nudos y después otro con cerdas de porcinos vueltas al interior. Vi en aquel convento a una monja que la odiaba mucho y que no quería reconciliarse con ella. Aquella monja languidecía postrada en el lecho mientras Clara estaba también moribunda. Clara le rogó y la exhortó a la reconciliación, pero la religiosa no lo quiso hacer. Entonces Clara oró con mayor fervor y dijo a algunas monjas que llevasen junto a su lecho a la enferma. Estas obedecieron: llevaron a la enferma, la cual sanó de pronto. Con esto se sintió tan conmovida, que rogó a la santa le perdonase todo lo pasado; la santa, a su vez, le rogaba la perdonase como si hubiese sido suya la culpa. En su muerte, he visto presente a la Santísima Virgen con un coro de santas vírgenes.

XL

Cuadros de la juventud de San Agustín

El Peregrino había mezclado, por error, reliquias de San Agustín y de San Francisco de Sales, anotando equivocadamente los nombres sobre el relicario. Ana Catalina dijo lo siguiente:

He visto a un santo Obispo y a una santa dama junto a mí. Las reliquias de ambos deben encontrarse aqui, puesto que la aparición se efectuó muy cerca de mi y desapareció aqui mismo. Todas las veces que veo la aparicion de un santo, cuya reliquia se encuentra cerca de mi, la luz que sale de la reliquia se aleja de mi lado y se junta a una que viene de lo alto y se reúne con ella y dentro de esta mezcla de las dos luces veo la aparición del santo. Cuando, en cambio, no tengo la reliquia conmigo y se aparece un santo, la luz y la aparición vienen ambas de lo alto del cielo.

El Peregrino, creyendo poner a su lado la reliquia de San Francisco, oyó a la vidente:

Tengo en mi presencia a mi querido padre Agustín, Vuelta del éxtasis, continuó:

He visto al santo revestido con sus ornamentos episcopales y, debajo de él, su nombre escrito con letras angulares, Esto me maravillaba; al principio me pareció ver sus sagrados huesos escondidos curiosamente en un objeto extraño, como el caparazón del caracol; no podía saber qué cosa fuera. De pronto se transformó el objeto y tomo una forma más bella: era liso como una piedra y en la cavidad interna tenía la reliquia del santo. Conocí que estaba dentro de una cápsula de madreperla. He visto al santo cuando era niño, en casa de sus padres, situada no lejos de una ciudad de mediana grandeza. Estaba fabricada a la moda romana, con peristilo y columnata; alrededor se veían edificios con campos y jardines. Me pareció una villa. El padre era hombre fuerte y de alta estatura; tenía aire severo y me pareció que debia estar investido de alguna autoridad, puesto que lo vi hablar con gran seriedad con otras personas que parecían inferiores a él. He visto también a otras personas hincar las rodillas delante de él, como si implorasen alguna gracia; quizás eran siervos o campesinos. He visto que el padre, en presencia del niño Agustín, hablaba y trataba más amigablemente y largamente con su mujer Mónica, como si tuviese predilección hacia el niño. Por lo demás, poco se ocupaba de él.

Agustín pasaba su tiempo con otros dos hombres y su madre. Mónica era de baja estatura; caminaba algo encorvada; era avanzada en años y de color bastante oscuro; muy temerosa de Dios, dulce de carácter y estaba en inquietud y en cuidados continuos por su hijo Agustín. Lo seguía por todas partes, ya que he visto que Agustín era inquieto y lleno de pequeñas malicias. Lo vi subirse de modo peligroso y aun correr sobre el borde del techo liso y plano de la casa paterna. De los dos hombres que he visto en casa, el uno parecía preceptor, el otro siervo. Uno iba con el niño a la vecina villa a una

escuela donde había muchos niños y lo traía de nuevo a casa. Fuera de la clase, lo he visto poner por obra toda clase de travesuras y astucias infantiles. Pegaba y tiraba cascotes a los animales y se peleaba a puñetazos con sus companeros. Hurtaba en casa en todos los armarios y comía toda golosina que encontraba; con todo, he visto que había mucho de bueno en él; daba fácilmente cuanto tenía y a veces simplemente lo tiraba. Vi también en esa casa una mujer, que era mucama o aya.

Más tarde fué llevado a otra escuela, en una ciudad más grande y más lejana. Lo veía ir allá en un coche con ruedas pequeñas y muy anchas, tirado por dos caballos; dos personas lo acompañaban. Lo vi en la escuela con muchos niños. Dormía en una gran sala; había entre una cama y otra un tabique de cañas o cortezas de árboles. La escuela tenía lugar en una gran sala. Los alumnos estaban sentados circularmente, en torno al muro, sobre bancos de piedra y escribían, sobre las rodillas, en pequeñas tablitas oscuras. Tenían también volúmenes y lápices. El maestro estaba sobre una tarima de dos gradas y tenía una pequeña catedra; detrás había una tabla grande, sobre la cual a veces diseñaba figuras.

El maestro llamaba a uno que otro al medio de la sala. Estaban frecuentemente uno frente a otro, teniendo en la mano rótulos o volúmenes, en los cuales leían, y haciendo esto movían las manos y gesticulaban como si estuviesen predicando. Parecía como si disputasen; pero más a menudo como si predicasen. He visto que Agustín estaba en la escuela con buen comportamiento y que más tarde se hizo el primero de la clase. Cuando salía de allí con sus compa se entregaba a toda clase de travesuras, haciendo daño y destruyendo animales o cosas. Lo he visto, por ejemplo, matar por gusto, con golpes y pedradas a ciertos volátiles de cuello largo, que alli son animales domésticos; luego lo veía llevarlos a un lado y llorar por compasión. He visto a compañeros correr y luchar en un jardín redondo, donde había caminos cubiertos; hacían mucho daño, rompían, robaban e imprecaban. De allí lo he visto volver a casa y entregarse a toda clase de pillerías y desórdenes. Lo he visto una noche salir con varios compañeros y robar frutas. Lo vi sacudir su manto, todo lleno de no se qué cosas robadas. Mónica, su madre, lo amonestaba, rezaba mucho por él, se afligía y lloraba por causa de su hijo.

Lo he visto después ponerse en viaje hacia aquella gran ciudad donde Perpetua había sido martirizada. Para llegar, debía pasar por un ancho río, sobre el cual había un puente. Reconocí en seguida esa ciudad. De un lado se veían escollos, que descendían hacia el mar, cubiertos de muros y de torres. Había muchas naves y una ciudad más pequeña se levantaba alli cerca. Había muchos grandes edificios, como en Roma antigua, y también una gran iglesia cristiana. Vi muchos episodios de las locuras que hacía Agustín con sus compañeros. Habitaba en una casa él sólo y disputaba con otros compañeros. Vi que visitaba a una mujer; pero no se quedaba mucho con ella, pues estaba siempre en movimiento febril. Lo vi intervenir en publicos espectáculos, que me parecían verdaderamente diabólicos. Vi un edificio muy vasto y redondo: de un lado lleno de asientos de gradas; debajo muchas entradas, de donde se subía a lo alto de las gradas y se podía circular por todos esos asientos. El edificio no tenía techo: sólo se veía extendida una gran tela, como una tienda. Los asientos estaban llenos de espectadores; en el frente se representaban espectáculos que me infundían horror y abominación. En el fondo, detrás de aquel plano, se veían representados toda clase de objetos y de lugares, y de pronto parecía que aquellos objetos y lugares se hundiesen en la tierra. Ponían un muro fingido o tocaban algún resorte secreto y volvía a aparecer algo nuevo. Una vez vi

que se extendía súbitamente y aparecía ante los ojos una plaza hermosa dentro de una ciudad. Parecía que todo sucedía en aquella pequena plaza. De pronto aparecieron alli hombres y mujeres en parejas, que discurrían y hacían toda clase de locuras. Todo esto era horroroso y abominable. Vi también que aquellos que representaban algún personaje en la escena llevaban feas máscaras con largas bocas deformes. En los pies tenían unos zuecos, agudos en la parte superior y anchos debajo, pintados de colores rojo, amarillo y varios. Vi que otra turba, más abajo que el tablado, hablaba y cantaba con los de arriba. He visto que niños de ocho a doce años tocaban flautas, unas derechas y otras entorcidas y otros instrumentos de cuerda. Vi a esos niños precipitarse desde lo alto abajo con las piernas abiertas y con la cabeza abajo: creo que estarían atados con cuerdas y sostenidos de alguna manera; el espectáculo causaba horror. Después he visto a dos hombres luchar entre sí; uno de ellos habia recibido dos heridas en el rostro y sangraba; vino un médico que lo curó y vendó las heridas. No puedo describir la aborninación y la fealdad de todo aquello. Las mujeres que allí recitaban y representaban eran hombres también, aunque usaban vestidos de mujeres. He visto que Agustín se presentó al público, pero no en ninguna de las representaciones dichas. Lo vi metido en todo género de vanos entretenimientos y pecados; siempre, en todo, él era el primero, y esto me pareció que era por pura vanidad, pues siempre lo veía triste y pensativo e inquieto, no bien se encontraba luego a solas. Aquella mujer con la cual vivía le trajo a casa una criatura, de la cual no se conturbó mayormente. Lo más del tiempo lo veía en las salas y pórticos, disputando, o departiendo con otros u oyendo hablar, y a veces sacaba rótulos o volúmenes, y leía en ellos en sus discusiones. Su madre lo vino a ver a Cartago, y le habló con mucho calor, y lloró mucho por él. Mientras ella estuvo en esa ciudad, no habitó en la misma casa.

En la casa de su madre no he visto ni cruz ni imagen de santos; había alli estatuas segun la moda pagana; pero ni ella ni su marido tenían en cuenta a las estatuas. La madre se retiraba siempre a un ángulo de la casa o al jardín para rezar: allí permanecía sentada inclinada sobre si misma, y rezaba y lloraba. A pesar de esto, no la he visto exenta de todo defecto; mientras se lamentaba de los hurtos de su hijo, en materia de glotoneria, y lloraba, también ella comía golosamente, y conocí que Agustín había heredado de ella ese defecto. Vi, por ejemplo, que cuando iba a la cantina para sacar el vino para el marido, bebía algun tanto en las anforas y que comía con gusto alguna golosina. He visto como de ello se arrepentía y luchaba contra esta avidez y vicio de la gula. Vi muchas costumbres de Mónica, que eran las de aquella época. Ella, como otras, llevaba en cierto tiempo canastos de pan y otros alimentos al cementerio. Este cementerio estaba rodeado de sólidos muros y las fosas cubiertas cle sarcófagos y de construcciones de piedra. Colocaba estas viandas alli con piadosa intención y luego los pobres las recogían para alimentarse. Otra vez la vi, cuando su hijo era adulto, viajar a pie con un bulto, que llevaba su siervo, y llegarse a un obispo, que le habló bastante a propósito del hijo. Lloró mucho en esta ocasión y el obispo le dijo algo que la consoló. He visto luego a Agustín volver de Cartago a su casa. Su padre había muerto ya. Lo vi en su pequeña ciudad enseñando y amaestrando a otros, siempre lleno de disipación y de inquietud espiritual, Lo vi junto a un amigo que fué bautizado poco antes de morir. Agustín se mofaba de este bautismo, pero quedó muy afectado por la muerte. Más tarde lo vi de nuevo en Cartago en todo el desenfreno de su vida disipada.

XLI

San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca de Chantal

(29 de Mayo de 1820)

Al ser preguntada Ana Catalina por el Peregrino, por qué las reliquias cle San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca de Chantal estaban con otras pertenecientes a mártires romanos, contestó: Estas reliquias hace tiempo se encontraban en la iglesia de Uberwasser, Münster. Fueron sacadas de los altares y de los armarios, y se mezclaron las unas con las otras. He visto un distinguido eclesiástico que hizo el bien maravillosamente en un país montañoso, situado entre Francia e Italia, y lo acompañé en muchos de sus viajes. Lo he visto en su juventud estudiar con mucho celo y hacer huir a una mujerzuela con un tizón encendido. He visto cuadros simbólicos de su celo. Con una tea en la mano corría de un lado a otro de los pueblos y villas, incendiándolos y las llamas se dilataban de una villa a otra. El fuego penetró en una gran ciudad que esta a la orilla de un lago. Cuando había cesado, cayó una lluvia mansa y por el suelo se veían esparcidos objetos semejantes a brillantes piedrecitas y perlas que fueron recogidas y llevadas a las casas: adonde llegaban estas perlas todo crecía y se volvía más luminoso. Lo he visto mostrarse inefablemente dulce, obrar con gran celo y seguir adelante en su obra. Lo vi yendo en persona por todas partes, subiendo a lo alto, sobre las nieves. Lo vi junto al rey y junto al Papa y luego en una corte situada entre estos dos soberanos. De día y de noche recorría a pie muchos lugares, ayudando y enseñando. A menudo durante la noche se refugiaba en un bosque.

Por medio de San Francisco conocí a la ilustre dama Juana Francisca de Chantal, la cual recorrió conmigo todos los caminos de Francisco y me mostró su vida y todo lo que había hecho. He viajado con ella y hemos hablado sobre muchas cosas. Era viuda y tenía hijos. Una vez la vi en medio de sus hijos. Oí una historia de ella que le causó mucho dolor y vi cuadros relativos a este episodio. Una dama del mundo, pequeña de estatura, de condicion ilustre, de costumbres ligeras, se demostró penitente y por medio de Santa Juana Francisca se presentó al santo obispo; pero siempre recaía en sus malas pasiones. Francisca me dijo que por causa de ella se había encontrado en graves dificultades y daños, tanta era la influencia que habia ejercido aquella dama.

Luego he visto que el obispo, junto con Juana Francisca de Chantal, edificó un convento. Aquella dama mundana parecía convertida y hacía penitencia en una pequeña habitación, cerca del convento. Juana Francisca me mostró el estado de esa persona, que se encontraba en un lugar oscuro. He visto al obispo San Francisco decir la Misa en un lugar donde muchas personas dudaban de la real presencia de Cristo en el Santisimo Sacramento. Tuvo durante la Misa una visión, en la cual supo que una mujer, alli presente, había ido a la Misa sólo por complacer al marido; pero no creía en la transubstanciación, y que había llevado consigo un pedazo de pan escondido en el bolsillo. Francisco subió al pulpito y predicando dijo que el Señor podía efectuar la transubstanciacion tan fácilmente como podía cambiar en piedra el pan que una persona

incrédula tuviera en el bolsillo. Vi a esa persona salir de la iglesia y halló que su pan se había convertido en piedra.

He visto al santo obispo vestido siempre con gran limpieza y decencia. Lo he visto en un lugar lleno de enemigos insidiosos, de noche, en una cabaña adonde acudieron unas veinte personas, a las cuales amaestró en la fe. He visto cómo lo acechaban para quitarle la vida, le armaban emboscadas, y lo persiguieron en un selva donde se había refugiado.

Estuve luego con aquella dama (Santa Juana Francisca) caminando por una gran ciudad donde me mostró como ella había luchado contra un hereje que andaba siempre por caminos extraviados, próximo a la verdad. Ella no lo perdía de vista y andaba siempre en pos de él por caminos transversales y éste no se quiso dejar salvar y conducir a la verdad. En esta ciudad tuvimos que andar la santa y yo sobre una gran plaza llena de ciudadanos y campesinos, que eran ejercitados en carreras de tropas de asalto. Yo sentía gran temor de ser arrollada, y más cuando la dama me dijo que le era imposible seguir andando, pues tenía tanta hambre que estaba a punto de desmayarse. Vi entonces a uno de aquella gente que comía pan y carne. Le rogué me concediera un bocado, y me dió pan y carne de pollo. Cuando la dama lo hubo comido, pudo llegar hasta su convento. En estos cuadros, en los cuales en estado de visión ejercitó un acto de caridad hacia la persona aparecida, he tenido desde la infancia el conocimiento interno de que éstas son obras que los santos desean de nosotros para hacerlas recaer en beneficio de alguna otra persona necesitada. Son obras buenas que ellos dejan hacer por otros a favor suyo aparentemente, para hacer sentir el beneficio de ellas en otras personas necesitadas. Quiero decir que como nosotros rendimos a Dios lo que hacemos en realidad para el prójimo, así en este caso volvemos al prójimo lo que realmente hacemos a los santos.

Entré en el convento que la santa dama había fundado junto con el obispo y visité todos sus locales. Es un edificio antigüo y maravilloso. En aquellas estancias había gran cantidad de provisiones, toda clase de frutas y forrajes, muchos objetos de vestuario y gorras muy curiosas. Esas monjas deben haber ejercido mucha beneficencia hacia los pobres. Puse en orden todo lo que estaba disperso. Pero en estos trabajos se me ponía delante una maliciosa monjita, que me reprochaba toda clase de faltas y trataba de difamarme, como si yo intentase robar. Me dijo todas mis faltas: que yo era avara, porque decía siempre que el dinero es fango, y sin embargo daba vuelta a las cosas buscando cada centavo; que me ocupaba inútilmente de las cosas del mundo y que emprendía muchas tareas y no alcanzaba a hacer bien ninguna de ellas, y asi por el estilo. Esta monjita caminaba siempre detrás de mi; nunca tuvo ánimo de ponerse delante. Le dije entonces que debía ponerse enfrente si quería hablarme, y conocí que era el tentador bajo la forma de monjita. En estos dias me ha molestado mucho en diversas formas. En el límite extremo de la parte superior del convento, en el último ángulo, encontré una monja que había sido puesta alli por la fundadora y tenía una balanza en la mano, que contenía una mezcla de lentejas, semejantes a pequeñas semillas amarillas, entre perlas y polvo. Ella debía purificar todo esto y llevar la mitad de la buena semilla a la parte anterior del convento para sembrarla alli; pero he visto que ella no lo hacía así y se mostraba descuidada y desobediente. Vino otra que debía hacerlo en su lugar, pero que no lo hizo mejor que la anterior. Entonces me puse a la obra yo misma, y comencé a separar lo uno de lo otro en aquel confuso montón. Esto significaba que de la cosecha espiritual de aquel convento debían trasmitirse nuevos y puros granos a la parte anterior del mismo convento; es decir, que el objeto y el fruto

bendito de su fundación debia ser renovado y hecho de nuevo fecundo y bueno por medio de los méritos que se derivaban de la bondad y de la disciplina antigüa, reparando todo lo que se había podido perder por negligencia de los superiores.

Más tarde Ana Catalina tuvo otra visión de la vida de la santa, desde la infancia hasta la muerte; pero no tuvo tiempo ni fuerzas para dar una relación al Peregrino. Santa Francisca se le apareció frecuentemente y le pedía parte de sus méritos para la restauración de la orden. El 2 de Julio de 1821, dijo lo siguiente:

Estuve la noche pasada en Annecy, en el convento de la hija de Santa Francisca de Chantal. Yo estaba muy enferma y yacía en un lecho dentro de una sala y vi los preparativos para la fiesta de la Visitación. He visto, como si estuviese en el coro, que en el altar se celebraba la solemnidad. Yo estaba en estado tan deplorable, que me desmayé. Entonces vino rápidamente hacia mi San Francisco de Sales y me proporcionó un reconfortante. Llevaba un ornamento solemne, largo, amarillo y muy amplio. También Santa Juana Francisca de Chantal se encontraba junto a mí.

XLII

San Uberto

Cuando tomé entre mis manos su reliquia oí la voz y vi al santo obispo que decia: "Es un hueso mío. Soy Uberto"'. He visto muchos cuadros de su vida, desde que era niño en un castillo antiguo que se erguía solitario rodeado de un foso. Llevaba vestidos estrechos y con su arco iba por los bosques y campos donde había campesinos que araban la tierra. Cazaba pájaros y los daba a los pobres que habitaban en torno del castillo. A menudo lo he visto navegar secretamente sobre unas tablas en torno al foso con agua para distribuir limosnas a los pobres. Mas tarde lo he visto casado, todavia joven, tomando parte con otros en una gran cacería. Llevaba un yelmo de cuero; pendíale del pecho un cuerno retorcido; sobre la espalda tenía la ballesta y en la mano una lanza liviana. Todos los cazadores iban acompanados de perros pequeños, de pelo amarillento o anaranjado; he visto algunos grandes junto a Uberto. Traían tablas sujetas a dos jumentos para poner en ellas lo que lograsen cazar. Atravesaron una comarca extensa y salvaje y comenzaron la partida en una llanura junto a un rio. He visto a Uberto perseguir por mucho tiempo, con sus perros, a un pequeño ciervo de pelaje amarillento. Cuando los perros llegaban junto al ciervo, volvían atras, donde estaba Uberto, y ladraban como si quisieran decirle algo. El ciervo se deteníí y miraba a Uberto. Después que esto sucedió varias veces, Uberto lanzó algunos perros de sus compañeros en persecución del ciervo; pero también éstos volvieron atras y, ladrando, se ponían junto a sus dueños. El ansia de Uberto crecia siempre viendo que el ciervo, al parecer, se volvía mas corpulento; de este modo, persiguiéndolo, alejóse de sus compañeros. El ciervo corrió hacia un zarzal y pareció crecer de estatura. Uberto pensó que el animal se enredaría de tal modo con los cuernos en el ramaje, que no podría continuar la huida. El animal entró resueltamente entre el ramaje con mucha agilidad, y Uberto, que solía vencer fácilmente estas dificultades, lo persiguió y penetró con trabajo en aquel ramaje entrelazado. Alli dentro he visto al ciervo crecer y detenerse en toda su belleza y tamaño; parecía un corpulento caballo de color amarillento y tenia en torno del cuerpo crines largas y hermosas como seda. Uberto estaba a la derecha del animal y levantó la lanza para herirlo. Entonces el ciervo dirigió una mirada llena de dulzura a Uberto y entre sus cuernos aparecio una cruz luminosa con la imagen del Salvador. Uberto cayó de rodillas, y dió voces con su cuerno de caza. Cuando acudieron sus compañeros, lo encontraron desvanecido. Llegaron a ver también la aparición; luego la cruz desapareció y el ciervo se hizo de nuevo pequeño, y desapareció, Llevaron a Uberto a casa, enfermo, sobre la misma angarilla sujeta a los dos jumentos. El era cristiano y su padre me parece que era un duque, decaído por aquel tiempo, ya que el castillo que habitaban estaba muy deteriorado. Uberto había ya visto en un lugar desierto la aparición de un joven que lo había invitado a seguirlo. Se mostró muy conmovido, pero por su gran pasión por la caza había olvidado la fuerte impresión del primer momento. Otra vez había perseguido a través de los campos a un cordero que se refugió en una zarza. Como no lo pudiese hallar, le aplicó fuego; pero el humo y el fuego se volvieron contra él, de modo que recibió varias quemaduras y el cordero quedó intacto.

Uberto, como he dicho, fué llevado a casa gravemente enfermo, y se creyó que se iba a morir. Estaba lleno de arrepentimiento e imploraba a Dios la gracia de poder servirlo fielmente hasta el fin de su vida, si le concedía la salud perdida. Sano de aquella enfermedad; al poco tiempo murió su mujer, y lo ví en traje de monje. Le fué concedido en una visión, en gracia de haber vencido sus pasiones, que toda aquella fuerza de dañar que antes había tenido, se convirtiera en fuerza saludable y benigna en favor de los demás. Lo he visto luego curar, con la imposición de sus manos, los males del cólera, de la rabia, de la sed de sangre, tanto en lo corporal como en lo espiritual. Sanaba también a los mismos animales. Lo he visto poner su cordón en la boca de los perros rabiosos, y sanaban. Lo he visto preparar y bendecir pequenos panes redondos para los hombres, y otros mas alargados para los animales. Con ellos curaba la rabia. He sabido con certeza que quien invoca al santo con fe firme, se sentirá, en fuerza y en mérito del don de curar que se le concedió, fortificado moralmente contra el cólera y contra la rabia. Más tarde lo he visto en Roma, donde el Papa, a raíz de una visión, lo consagró Obispo.

XLIII

Santa Gertrudis

Antes del nacimiento de la niña, la madre había tenido una visión en la cual le parecía que daba a luz una niña, que tenía un báculo pastoral de abadesa, del cual salía y se extendía una vid. La madre habitaba un antiguo castillo. En una ocasión se encontró en graves angustias con la gente de aquella comarca a causa de las numerosas ratas que destruían los sembradíos y las provisiones almacenadas. Estaba presa de horror y de asco y contó a su hija Gertrudis las devastaciones que hacían los dañinos roedores. Gertrudis se hincó de rodillas delante de la madre y rogó a Dios con todo fervor que las librase de aquel flagelo. He visto que todas las ratas huían del castillo y se ahogaban en el foso lleno de agua que lo circundaba. Gertrudis, en fuerza de su fe inocente y confiada, obtuvo gran eficacia contra estos y otros dañinos animales. Más tarde vi que tenían en torno suyo algunos ratones, como también liebres y pájaros que iban y venían según ella les mandaba, y les daba alimento. He visto que era deseada en matrimonio por un joven a quien ella le dijo que era mejor que eligiese por esposa a la Iglesia y se hiciese eclesiástico. Este joven lo hizo, después que vió morir a algunas otras jóvenes, a las cuales había pedido en matrimonio. Más tarde he visto a Gertrudis como monja, a la madre como abadesa; después de su madre fué elegida abadesa ella misma, En el momento en que le fué llevado el báculo pastoral, salió del punto en que el báculo forma la curva, una vid con diecinueve granos de uva, que ella dividió dando uno a su madre y los demás a las dieciocho monjas del convento. Vi también correr en torno del báculo un par de ratones, como ofreciendo su homenaje a la nueva abadesa, El sueño de la madre se vió realizado en ese momento.

XLIV

La beata Magdalena de Hadamar

El 19 de Enero de 1820, el Peregrino presentó a Ana Catalina una reliquia de esta santa estigmatizada, y ella dijo:

Qué debo hacer con este vestido tan largo? No puedo llegar hasta esa monjita; está demasiado distante de mí. Han atormentado tanto a esta pobre monjita que no pudo cumplir su misión. La han hecho morir antes de que pudiera realizarla. He visto a la pequeña Magdalena, a la cual pertenece este hábito, en el cementerio del convento, en un ángulo en el que se encuentra un pequeño Rosario. Cerca, en el muro, veíanse las estaciones del Via Crucis y en el nicho del Rosario la imagen del Salvador llevando la cruz. Delante del edificio había una planta de sauco y una especie de cerco de nogales. Sobre la plazoleta, que se extendía cerca, habían depositado una gran cantidad de trabajos no terminados: paños no cosidos completamente, bordados y cosas semejantes. Me he puesto alegremente a trabajar: he cosido y remendado, y mientras tanto recitaba el Oficio. Tuve que sudar mucho en este trabajo y tuve dolores muy agudos en el cuero cabelludo. Me dolía separadamente cada cabello de mi cabeza. Conocí muy bien el significado de aquel trabajo y el de cada uno de los objetos que me rodeaban y que debía trabajar.

Junto al sauco, en un rinconcito tranquilo, verdaderamente agradable, la pequeña Magdalena se había abandonado demasiado al gusto de la piedad y se había descuidado, dejando incompletos varios trabajos para los pobres. Cuando al fin me hube desocupado de tanto quehacer, me metí en aquella casucha delante de un armario, donde Magdalena se me presentó dandome las gracias, con semblante muy alegre, como si desde tiempo atrás no hubiese visto a nadie. Abrió el armario y vió alli reunidos todos los bocados de los que se había privado en favor de los pobres. Me dió las gracias por haber yo limpiado aquel lugar y terminado los trabajos. "Aqui, en la vida terrena, se puede hacer, en una hora, dijo ella, lo que allá, en la otra vida, no se podrá compensar". Me prometió ropas para mis niños pobres. Dijo que había tomado sobre sí demasiadas tareas, por exceso de buen corazón y de benevolencia, de modo que tuvo luego que descuidar e interrumpir varias cosas. Me enseñó que el orden y la discreción son necesarios aún en los padecimientos: de otro modo nace confusión y desorden. No era alta, pero si muy delgada de cuerpo. El rostro era lleno y florido. Me mostró la casa de sus padres y me indicó también la puerta por donde salió para ir al convento.

Vi en seguida muchos cuadros de su vida en el mismo convento. Era muy benévola y ayudadora y trabajaba y se afanaba en provecho de los otros en todo cuanto le era posible. La he visto, tendida en el lecho, sobrevenirle diversas enfermedades y sanarse de modo repentino. He visto las efusiones de sangre de sus estigmas. En sus sufrimientos recibía ayuda del cielo. Cuando la priora o las otras monjas estaban de un lado de su lecho, yo veía del otro figuras de ángeles o de monjas, que estaban en el aire y la consolaban, le daban de beber o la sostenían. La he visto bien tratada por sus

hermanas; pero cuando su estado fué conocido por el público, la he visto sufrir mucho por las visitas continuas y por la falsa veneración que le prodigaban. Todas las cosas que le sucedían habían sido tan exageradas que le daba muchisimo dolor; así me lo aseguró ella misma. He visto a su confesor anotando y escribiendo; pero él más hablaba de su propia maravilla que de las cosas mismas que la motivaban. La he visto sometida a una pesquisa, después de la supresión del convento, hecha por eclesiásticos y médicos militares. No he visto que le hiciesen ningún ultraje, pero se portaban rudamente y de mala manera, aunque estaban lejos de la malicia y de la falsedad de los que me han tratado a mí en el mismo caso. La atormentaban especialmente con pretender que comiese, y asi tuvo que padecer frecuentes vomitos. Desde niña se había acostumbrado a las privaciones y a la abstinencia; sus padres eran de pobre condición, pero muy piadosos. Su madre le decía, en sus primeros años, cuando comía o bebía: "Ahora, prívate de este bocado o de este trago en favor de los pobres o de las ánimas del Purgatorio." De este modo le había inculcado la abstinencia y el espíritu de mortificación.

Los eclesiásticos, en la última investigación, habían dejado hacer todo a los médicos y se mantenían muy frios con ella. Ella tuvo cosas muy maravillosas, pero era demasiado conocida. Murió muy temprano; se había angustiado mucho internarnente y todas estas penas sofocadas y reprimidas obraron de tal modo que le abreviaron la vida. He visto su muerte; no las ceremonias y circunstancias de su sepultura y el trato de su cadáver, sino que he visto al alma cuando partía dejando el cuerpo inerte.

Cuando más tarde el Peregrino le trajo de nuevo el pañito con sangre de la estigmatizada, Ana Catalina exclamó:

Ah! estas aquí, querida mia?... Oh, cuan lista és, ayudadora, benévola y amable! . . . (Permaneció algún tiempo silenciosa y añadió):

Por qué dijo Jesús a la Magdalena: "Mujer, por qué lloras?". .. Yo sé porque: mi Esposo celestial me lo dijo. Magdalena lo había buscado con tanta ansia y con tanto ardor inquieto, y cuando lo encontró, lo tomo por el jardinero. Por eso le dijo: "Mujer, por qué lloras?. . ." Pero cuando ella exclam: "Maestro!", y lo reconoció, entonces Él le dijo: "María." Según el modo como buscamos a Dios, así lo encontramos. Asi lo vi también con ésta mi Magdalena. La he visto yacer en una oscura estancia y llegar a ella muchas personas: las que la querían examinar y preguntar. Eran groseros en su modo de tratar; pero no tan malos como los que vinieron a verme a mi con el mismo fin. Le hablaron de un *clister*, y este lenguaje le causó tanta molestia y lo recibió de tan ingrata manera, que cayó en intensa pesadumbre. Cuando se redujo a mayor sujeción, nada le aconteció de lo que temía. He visto este cuadro cuando estaba cerca de la ventana que daba al jardín. Había tenido este desagradable incidente por haber dudado encontrar a su celestial Esposo, que estaba junto a ella. Magdalena me debe aún las ropas prometidas para mis pobres.

XLV

Santa Paula

El padre Limberg le presentó un fragmento de paño extraído de un paquete de reliquias para que lo reconociese. La vidente lo observó atentamente y luego dijo:

Pertenece al velo de aquella dama que fué peregrinando de Roma a Jerusalén y a Belén. Es del velo de Santa Paula. He aquí a la santa junto a mí. Aquel velo es largo y pende hacia abajo, descendiendo desde el rostro. Tiene en las manos un bastón con un grueso puño.

Reconoció también un fragmento de seda que Santa Paula había usado como cortina delante de la imagen del pesebre, en su pequeña capilla. La santa había rezado a menudo con su hija detrás de esta cortina, y también Jesús Niño se le apareció a menudo en este lugar. Preguntó el Peregrino: Esta cortina estuvo delante del verdadero pesebre o sólo en la gruta del pesebre? Respondió:

Estaba delante del pequeño pesebre que las monjas de Santa Paula tenían en su capilla. El convento estaba tan próximo a la gruta del pesebre que parecía como si la capilla estuviese edificada al lado y se apoyase en el punto preciso donde nacio Jesús. La capilla era de madera con un trabajo entrelazado y, dentro, todo cubierto de tapetes. De allí salían como cuatro líneas de celdas pequeñas y ligeras, como se fabrican los alojamientos en la Tierra Santa. Cada celda tenía delante un jardincito. Allí Santa Paula y su hija reunieron a las primeras compañeras. En la capilla se levantaba un altar aislado con un tabernáculo y detrás de este altar, separado solamente por un cortinado tejido en seda colorada y blanca, se veía el lugar donde estaba el pesebre erigido por Santa Paula, dividido sólo por una pared de la gruta del Pesebre, que fué el lugar donde nació Jesucristo. Este pesebre de Santa Paula imitaba exactamente al verdadero, aunque más pequeño y construído en piedra blanca; estaba hecho con tanto arte que se veía hasta el heno y la paja. El Niño Jesús estaba expuesto, vestido con estrechas fajas azules. A menudo en la oración Santa Paula lo tomaba en brazos. De la parte donde el pesebre se apoyaba en la pared descendía un techado en el cual estaba atado un asnillo con la cabeza vuelta hacia el pesebre; estaba hecho de leño, pintado y sus pelos imitados con hilos. En la parte alta del pesebre estaba suspendida una estrella. Delante de la cortina, a derecha e izquierda del altar, pendían lámparas.

XLVI

Santa Escolástica y San Benito

Por medio de una reliquia de Santa Escolástica he visto muchos cuadros de su vida y de la de San Benito. He visto la casa paterna en una gran ciudad, no lejos de Roma. No estaba fabricada del todo al estilo de los romanos. Del lado que daba sobre la calle había un espacio empedrado, cerrado por un muro más bajo con una reja de color rojizo. Detrás había un patio con un jardín y una fuente que surtía agua. En el jardín había un lugar sombreado, donde vi a Benito y a Escolástica jugando inocentemente y de acuerdo, como estuvieron siempre desde niños. El lugar estaba cubierto exteriorrnente de plantas y enredaderas. El techo era llano y adornado de figuras de color. Creo que estas figuras eran primero talladas y luego colocadas allí, porque tenían un relieve muy visible. Hermano y hermana se querían mucho y me parecían gemelos. A la ventana de aquella casita campestre acudían pajaritos, muy familiares con ellos, que traían en el pico ramitas y flores, y miraban alrededor, buscando a los niños, los cuales se divertían con las flores y plantas y clavaban en el suelo varias clases de leños formando pequeños recuadros en el jardín. Los he visto escrlbir y grabar toda clase de figuras en una materia de color. De tiempo en tiempo venía un aya que los vigilaba en sus recreaciones. Parecióme que sus padres eran gente de dinero, muy ocupados en negocios, porque veía como a unas veinte personas en casa, y él observaba a los que iban y venían. No parecía que se ocupaban mucho de sus hijos. El padre era un hombre fuerte y corpulento, vestido completamente a la moda de los romanos. El comía con la mujer y con algunas personas en la parte baja de la casa; los hijos habitaban la parte alta y separados. Benito tenía por preceptor a un anciano eclesiástico con el cual vivía solo. Escolástica estaba con su aya en una pieza donde también dormía. Observé que sus guardianes no los dejaban ni solos ni mucho tiempo juntos; de modo que cuando se encontraban por casualidad solos se ponían muy contentos y felices. He visto que Escolástica aprendía de su aya una especie particular de trabajo. En una estancia próxima a la en que dormía había una mesa sobre la cual tenía sus labores femeniles. Alli se veían muchos cestos llenos de géneros de todos colores, con los cuales ella hacía figuras de pájaros, flores, ornatos de espirales y otros que luego eran cosidos sobre un paño mas fuerte, de manera que parecían entallados. El techo de la habitación estaba también adornado con figuras de colores como la estancia del jardín. Las ventanas no tenían vidrios, sino paños sobre los cuales se veían dibujadas figuras de árboles, de espirales y de otros adornos contorneados. Escolástica dormía detrás de un cortinado; su lecho estaba muy poco elevado sobre el suelo. La he visto por la mañana, cuando el aya salió de la estancia, saltar del lecho y echarse al pie de una cruz que pendía de la pared y allí orar; cuando sentía los pasos del aya se refugiaba detrás de la cortina y así estaba en el lecho cuando la sirvienta llegaba. He visto a Benito y a Escolástica en la escuela del preceptor; pero cada cual en hora diversa. Los vi leer en grandes libros, como también dibujar letras con oro y con rojo y con un azul verdaderamente hermoso. Lo que se escribía y adornaba se conservaba arrollado. Para hacer esto se usaba de cierto utensilio largo como de un dedo. Cuanto más crecían los niños en edad, menos se los dejaba solos.

He visto luego a Benito que estaba ya en el décimo cuarto año de edad ir a Roma y entrar en un edificio grande, en el cual había un corredor con muchas estancias. Parecía una escuela o un monasterio. He visto a muchos jovencitos y a algunos eclesiásticos de edad celebrar una fiesta en una gran sala, adornada con cuadros y pinturas semejantes a los de la casa de Benito. Vi que aquellos convidados no comían recostados, sino sentados sobre sillones redondos y bajos, de modo que tenían que extender las piernas bastante y así se sentaban los unos juntos a los otros a aquella mesa tan baja. Para posar los platos y los vasos, que eran de color amarillo, había cavidades hechas en la misma mesa. No he visto muchas viandas; en el medio había tres grandes platos llenos de viandas de color amarillento y de forma aplastada. Cuando la comida tocó a su fin, vi entrar seis mujeres de diversas edades. Llevaban figuras hechas de pastas y confituras y cestas con botellas pendientes de los brazos; eran parientes de jóvenes que allí se educaban. Los alumnos se habían levantado de la mesa y se entretenían con esas personas en un ángulo de la mesa y recibián las confituras, pastas, dulces y bebidas. Había entre ellas una mujer de unos treinta años, que yo había visto otras veces en casa de Benito; ésta se acercó de modo mas insinuante a Benito, que era puro e inocente y no abrigaba sospecha de nadie. Supe que esta mujer insidiaba la inocencia del joven y que le dió de beber de su frasco y que en aquella bebida habia algo venenoso, mágicamente embriagador. Benito no tenía de ello el menor presentimiento. Lo vi luego durante la noche agitado en su celda por efecto de aquella bebida, y en grande angustia se fué a uno, de quien recabo permiso para poder descender al patio, puesto que sin permiso jamas se ausentaba de la celda. Lo vi en la oscuridad de la noche azotarse en un ángulo de aquel patio, con ramas de espino y ortigas, las espaldas con mucho rigor. Mas tarde he visto que, siendo ya solitario, ayudó generosamente a aquella seductora, que se encontraba en grandes apuros, y que lo hizo así precisamente para hacer bien a una enemiga. Había conocido por voz interior la mala intencion de esa mujer.

He visto después a Benito sobre un alto monte lleno de escollos. Estaba en el vigésimo año de su edad. He visto como se cavaba una celda dentro de un escollo, luego un corredor y otra celda, y asi de ese modo excavo varias celdas en la roca. Por lo demas, sólo la primera tenía puerta abierta hacia fuera. He visto que en la parte superior las redondeaba como bóvedas y allí entrelazó y sujetó ciertas imágenes o pinturas compuestas de piedrecitas unas junto a las otras. He visto en una celda tres cuadros semejantes: el de arriba representaba el cielo; el de un lado, el nacimiento de Cristo, y el del otro, el juicio final. Recuerdo que en este último cuadro el Senor estaba sentado sobre un árbol, con una espada que salía de la boca, y abajo, entre los beatos y los condenados, se veía un ángel con una balanza. Había representado también un monasterio, con un abad y detras de él, muchos monjes. Parecia que Benito hubiese previsto el desarrollo de su propia obra. A su hermana, que había quedado en casa, la vi varias veces ir a visitarlo a pie. El no permitía que pernoctase allí. A veces ella le llevaba un volumen que había transcripto y dibujado. Hablaban juntos de cosas divinas. Benito habia plantado árboles a lo largo del camino que llevaba a su celda, como si estuviese dispuesto para una procesión. Se mostraba siempre severo en el porte y en el trato con su hermana. Ella, en su gran inocencia, se mostraba siempre muy amable y alegre. Cuando Benito no le contaba muchas cosas que ella deseaba, se volvía a Dios y le rogaba, exponiéndole su deseo. Luego veía yo que el hermano se mostraba alegre y benévolo con ella. La he visto, bajo la dirección de su hermano, edificar un monasterio sobre un alto monte distante cerca de un día de camino y entrar en él con un número grande de monjas. La he visto instruír a aquellas monjas en el canto. No había all

órgano alguno; los órganos han traido grave daño; han envilecido el canto. He visto como aquellas monjas preparaban y confeccionaban ornarnentos eclesiásticos, y especialmente con aquel género de trabajo que Escolástica había aprendido desde niña en su casa paterna. Ella había dispuesto un mantel grande sobre la mesa del refectorio con bordados de varios colores de imágenes y sentencias de las Escrituras; lo había hecho de tal manera que cada monja, al sentarse en su sitio, tuviera ante los ojos aquello en que debía precisamente ejercitarse y obrar. Escolástica me dijo muchas cosas amables y consoladoras acerca del trabajo espiritual y respecto del trabajo de los eclesiásticos. He visto que tanto ella como Benito estaban siempre rodeados de pájaros y aves muy familiares y domesticados. Mientras estaba ella aún en casa, he visto a palomas salir de la casa e ir adonde se encontraba Benito en la soledad. En el monasterio los he visto rodeados de palomas y de alondras que traían en el pico flores blancas, coloradas y violáceas. Una vez una paloma le trajo una rosa con una hoja. He visto muchos otros cuadros de ellos, que ahora no puedo narrar porque estoy demasiado enferma y en misero estado. Escolástica era purísima. La veo ahora en el cielo, cándida como la nieve.

XLVII

Santa Valburga

Tomó de su cajita el hueso de un dedo, estuvo en silencio unos instantes, y luego dijo:

¡Oh, qué simpática monjita! ¡Tan hermosa, tan esbelta, tan resplandeciente! Es verdaderamente toda angélica. ¡Es Valburga! He aqui su monasterio. Fui conducida por dos monjitas bienaventuradas a una iglesia donde había una fiesta solemne, como si se hubiese llevado el cuerpo de una santa o como si ella hubiese sido declarada santa. Estaba allí un obispo que tenía el cuidado de todos y que indicaba a cada uno su puesto. No era la iglesia del monasterio donde había vivido, sino que estaba situada en un lugar elevado y muy vasto. Concurrió mucha gente, que no he visto tanto en las fiestas de la Cruz, de Coesfeld. La mayor parte de la gente tuvo que quedarse fuera de la iglesia, al aire libre. Yo me había ubicado cerca del altar, no lejos de la sacristía, y las dos monjitas se colocaron junto a mí. Sobre las gradas del altar estaba una simple caja blanca que contenía el cuerpo de la santa. La sábana cándida que la cubría pendía colocada a ambos lados del féretro. El cuerpo era tan blanco como la nieve, parecía animado y viviente y las mejillas estaban sonrosadas. Santa Valburga tuvo siempre un color tan puro en el rostro como puede tenerlo un niño cándido y delicado. Comenzó la fiesta, que consistió en una Misa solemne. No pude permanecer alli; me parecía que me desvanecía y me encontré en tierra apoyada en un brazo y con mis dos compañeras que estaban a mi cabecera y a mis pies apoyándose también sobre mis brazos.

He visto a una abadesa que provenía del monasterio de Valburga preparando en la sacristía tres clases de pastas para hacer panecillos; dos de aquellas pastas eran de refinada calidad; la tercera, muy ordinaria, consistía en harina blanca, llena de impurezas. Yo pensaba entre mí misma: "¿ Qué harán con todo esto?. . ." Entonces perdí de vista la fiesta y me encontré en visión en un jardín celestial, donde vi la recompensa de Valburga en el Paraíso. La vi en un jardín celestial con Benito, Escolástica, Mauro, Plácido y muchos otros santos monjes y monjas de la regla de San Benito. Había alli una mesa preparada con flores y viandas maravillosas. Valburga estaba sentada en la cabecera de la mesa, toda circundada de guirnaldas y arcos de flores. Cuando volví a la iglesia, la solemnidad tocaba a su fin, pero obtuve de la abadesa y del obispo un pan de la masa mas ordinaria, sobre el cual estaba grabada la cifra IV. Los panes de calidad más fina las obtuvieron mis compañeras. El obispo me dijo que ese pan debía servir para mi sola y que no debía dar de él a nadie. Luego me condujo afuera, a la puerta de la iglesia, dentro de la cual las monjas de Santa Valburga estaban distribuidas en el coro en pequeños grupos. He visto en otro cuadro que Valburga, no mucho antes de su muerte, fué encontrada al parecer muerta en su lugar en el coro. Su hermano Vilibaldo fué llamado de inmediato y la encontró con el rostro y las manos bañados con gotas como de rocio semejante al maná. Vilibaldo recogió aquel rocío dentro de una taza oscura y lo dió a las monjas, que lo conservaron como cosa sagrada: después de la muerte de Valburga se obraron muchos milagros con ese licor. Cuando la santa volvió en sí, Vilibaldo le administró el Santísimo Sacramento. Este

rocío era el símbolo del aceite de Santa Valburga. He visto que este aceite de Santa Valburga comenzó a destilar un día jueves, porque la santa tenía gran devoción al Santisimo Sacramento y porque ese aceite se refiere al Salvador, cuando sudó sangre en el monte de los Olivos. Cada vez que me es dado gustar de este aceite me siento restablecida como con un rocío celestial. Me ha sido de grande ayuda en graves enfermedades. Valburga estaba llena de caritativo amor hacia los pobres. Los veía en visión y así sabía, aún antes que viniesen a pedirle, como debía repartirles el pan. Distribuía panes enteros, medios y fragmentos, y los cortaba ella misma. Les daba también aceite; creo que era óleo de adormidera bastante espeso, y mezclándolo con manteca lo extendía sobre el pan de los pobres, y les daba también para cocinar en sus casas. En recompensa de tanta bondad y de las dulces y caritativas palabras que decía a los pobres, obtuvo del Señor que sus huesos destilasen una especie de óleo. Este óleo se usa contra las mordeduras de perros rabiosos y de otras bestias feroces. He visto que iba de noche a visitar a una enferma, hija del gentilhombre que habitaba en la cercanía del monasterio, y fué asaltada por perros furiosos, que ella logró echar lejos de sí. Llevaba vestido oscuro y estrecho, larga correa, velo blanco y encima otro negro. Era más bien que vestido de monjas, el vestido propio de la gente devota de aquel tiempo.

He visto un gran milagro en ocasión de una devota peregrinación a su sepulcro. Dos malhechores se juntaron a un peregrino que iba al sepulcro de la santa; él dividió su pan con ellos, pero éstos, ingratos, lo ultimaron durante el sueño. Cuando uno de ellos quiso sacar el cadaver de allí para enterrarlo, sucedió que el cadáver se quedó sobre sus hombros de tal manera que no pudo quitárselo, porque quedó como injertado sobre el asesino. De este modo lo vi errando de un lado a otro y a lo lejos, con aquel cadaver sobre las espaldas, hasta que se echó con él en el agua; pero el río no lo quiso retener: no pudo ir al fondo y con su cadáver a cuestas fué arrojado a la otra orilla. Uno quiso hasta cortar una mano al muerto con una espada y no le fué posible hacerlo, y el asesino quedó siempre con el cadáver sobre los hombros. Al fin logró con la oración y el arrepentimiento librarse de su crimen.

Ante esta relación, el Peregrino hizo notar a la vidente su extrañeza de que ella viese ciertos portentos que movían a risa a veces hasta a los eclesiásticos y personas devotas. Ella respondió: No me es posible decir cuan simples, naturales y correlativos se me aparecen en estado de visión estas cosas y como me parece, por el contrario, incauto, perverso y a veces una locura el modo de pensar de los hombres del mundo llamado iluminado. Veo a menudo a personas, que se reputan dotadas ellas mismas de mucha inteligencia y que por tales son tenidas de los demás, en tal estado de estupidez y faltas de sentido común, que se las podría encerrar en una casa de dementes.

XLVIII

Santo Tomás de Aquino

Había recibido mi hermana, como regalo de cierta pobre mujer, una reliquia colocada en un relicario. Conocí que la reliquia estaba allí y logré que me la diera a cambio de una imagen de un santo. Vi que salía de ella un rasplandor muy hermoso y la guardé en mi armario. Ayer por la noche, cuando sentía todos los dolores que pueden lacerar el cuerpo de una persona, vi un cuadro da la vida da Santo Tomás. En un gran edificio había un niño en brazos de su ama, qua le daba un papel en que estaban escritas estas palabras: "Ave María". El niño se llevó el papel a los labios y no quiso soltarlo. Cuando vino su madre, que se hallaba al lado opuesto da la casa, a intentó quitárselo, el niño se resistió, llorando vivamente. Abrióle antonces la manecita su madre y le quitó el papel; pero viendo la gran afición del niño, volvió a dárselo y el niño se lo tragó. Yo había oído una voz an mi interior que decía: "Este es Tomás de Aquino".

Vi a esta santo llagarse a mí muchas veces desde mi armario, en diferentes etápas de su vida. Dijo que quería curarme de las punzadas que siento al costado. Entonces se me ocurrió que mi confesor es de su orden y que si pudiera decirle que Tomás era el que me había curado, él creerá que tengo conmigo una reliquia de este santo. Pero el mismo santo me dijo: "Bien; dile que quiero curarte". Se acercó a mi y me puso un cinturon sobre la cabeza... Ya no siento dolor ninguno en el costado. El santo me ha curado y me ha dicho que los otros dolores los debo soportar. Vi, además, otras muchas escenas de la vida del santo, especialmente que siendo muy niño siempre estaba hojeando libros que no quería dejar ni siquiera cuando lo bañaban. Ví que esta reliquia habia sido regalada al convento por un agustino, al primer rector de nuestro monasterio. Vi muchas cosas da la vida de este piadoso varón, que mandó adornar todas las reliquias del monasterio. Vivía a la sazón en nuestro convento una doncella bienaventurada. La he visto ahora y en muchas otras ocasiones.

XLIX

El Beato Hernán José

Vi represantaciones relativas a los años da su infancia. Cuando niño tenía una imagen de la Vírgen en un pergamino que formaba un rollo. Ató una cuerda e este pergamino y se lo puso al cuello a manera de prenda de vestir. Todo esto lo hizo con mucha fe, sencillez y veneración. Cuando estaba solo jugando en el patio de su casa, venían a hacerle compañía otros dos niños que no eran niños de la tierra; pero él no lo sabía y jugaba con ellos libremente y muchas veces lo buscaba entre los otros niños de la ciudad, pero no podía hallarlos. Ellos venían únicamente cuando él estaba sólo. Una vez lo ví en una pradera, próxima a Colonia jugando en un arroyo que corre por el campo, donde fué martirizada Santa Úrsula. Vi que habiéndose caído en el arroyo, levantó con filial confianza la imágen de la Virgen para que no se mojase. Vi que la Virgen lo tomó de la espalda y lo sacó afuera. Vi además otros cuadros en que resplandecía la gran confianza que tenía en la Santísima Virgen y en el Niño Jesús, al cual dió en la iglesia una manzana, que el Niño aceptó. Vi que debajo de una piedra que la Virgen le señaló encontró algunas monedas en ocasión que no tenía zapatos. Vi que la Virgen le ayudó en sus estudios.

L

San Isidro Labrador

Vi a éste santo labrador en muchas escenas da su vida doméstica. En su traje había algo de alegre: usaba casaca corta con muchos botones por delante y por detrás; en las espaldas tenía ciertos adornos en forma de picos; las mangas eran acuchilladas. El jubón era pardo, los calzones anchos, cortos y con franjas. En los pies llevaba calzados sujetos con cordones. Su sombrero era cuadrado con alas sobrepuestas y sujetas con un botón a modo de birrete. Era alto y esbelto; no parecía hombre rústico, pues había algo de fino y distinguido en sus facciones.

Vi también a su mujer, que ara alta, hermosa y muy sana. Tenían un hijo al cual vi de edad de doce años. Su casa estaba situada en campo abierto y desde allá se divisaba la ciudad distante como media hora. En la casa había mucho orden y limpieza. Vi, además, alli otras personas que no eran criados. Lo vi también con su mujer unir a todas las obras qua hacían, la oración, y bendecir especialmente los manjares cuando comían. El no rezaba oralmente muy largo tiempo; pues luego comenzaba a considerar y a meditar. Vi que antes de comenzar un trabajo, bandecía el campo. Vi que en las faenas de labrador fué soccrrido sobrenaturalmente: muchos arados, arrastrados por bueyes blancos, a los que guiaban luminosas apariciones, le araban la tierra y él terminaba la labor antes de lo qua había creído.

Parecía que no veía nada de esto, pues sólo estaba atento a Dios en su interior. Vi que tan pronto como oía tocar las campanas en la ciudad, todo lo dejaba y corría a oir la santa Misa y a asistir a otras devociones con suma piedad y celestial arrobamiento. Vi además que cuando volvía tan contento a su trabajo, ya estaba terminada la labor. Una vez iba su hijo conduciendo los bueyes con una cuerda y él llevaba el arado al campo. Entonces oyó tocar a Misa y corrió a oirla; entre tanto los bueyes llegaron al campo y, aunque eran bravos, araron guiados sólo por aquel niño. Estando una vez en oración vi que fueron a decirle que un lobo estaba devorando a un caballo; pero él siguió de rodillas y encomendó a Dios aquel negocio. Cuando volvió al campo vió al lobo muerto a los pies del caballo. Vi a su mujer con él en el campo por la mañana y al medio día. Ambos cavaban y en torno de ellos habia muchos operarios invisibles con cuyo auxilio acababan muy pronto la tarea. Su campo era muy hermoso y mas fértil que el de los demás y los frutos suyos parecían más excelentes. Vi que todo se lo daban a los pobres y que muchas veces no tenían casi nada en la casa; pero confiados en Dios buscaban y hallaban abundantes provisiones. Vi que muchas veces quisieron algunos enemigos causar daños a las bestias de Isidro, mientras éste se hallaba an Misa; pero fueron impedidos y alejados del sitio donde se hallaban los animales. Y así vi muchos cuadros de su vida. Le vi después entre los santos, con su traje de labrador, lo cual le hacía paracer más maravilloso, y luego en forma de espíritu puro y resplandeciente.

LI

La beata Colomba de Schanolt de Bamberg

He visto también a la dominicana Colomba de Schanolt de Bamberg, inefablementa humilde, franca y sencilla. A pesar de tener los estigmas, la he visto trabajar en todos los quehaceres de la casa. Oraba retirada an su celda, postrada con el rostro en tierra, como muerta. La he visto en su lecho: sus manos darramaban sangre, y la sangre salía también de la frente, debajo del velo. La vi recibir la santa Comunión, y vi que la imagen de un pequeño niño, que salió de las manos del sacerdotes, llegaba a ella. Tuve visiones que ella había tenido en vida. Estas visiones las veo pasar como an un cuadro delante de ella o junto a mí, mientras ella yace en su lecho, orando. He visto que llevaba un cilicio y una cadena en torno del cuerpo, hasta que le fué prohibido.

Sus visionas eran sobre la vida de Nuestro Señor, y también de consuelo y de dirección espiritual. Se encontraba muy bien en su convento; no era muy atormentada y asi pudo progresar mucho más en la vida espiritual. Era más simple y más profunda que mi pequeña Magdalena de Hadamar. He visto que en el otro mundo la precedía en grado de gloria y de condición. El modo de como se ve esto, es muy difícil de expresar. La mejor manera de expresarlo es decir que paracería que una hubiese recorrido mas camino que la otra.

LII

San Francisco de Borja

(9 de Octubre de 1821)

He visto muchas cosas de la vida de San Francisco de Borja. Lo he visto como hombre de mundo y como religioso y recuerdo que tenía escrúpulos sobre la comunión diaria y oraba delante de una imagen da María. Alli recibió unas gotas de la Sangre del Señor y de la leche de María, y le fué dicho que no podía privarse del alimento espiritual del cual vivía. Esta participación de la leche de María la he visto a menudo en otras imágenes de santos pintadas como si a modo de niños tomasen la leche de su seno o como si la leche fuese destilando hacia esos santos. Esta represantación es inexacta y escandalosa. He visto que el milagro fué de muy diversa manera. He visto salir del lado del seno de María como una nubecilla blanca que iba hacia los santos dividiéndose en rayos y que ellos aspiraban esa nubacilla. Parecia como que salía un maná hacia esos santos. Del costado del Señor he visto que salió un rayo rojo y resplandeciente que iba hacia San Francisco. Este rayo parecía grano y vino, carne y sangre. Es imposible explicarse.

LIII

El Emperador San Enrique en la Iglesia de Santa María la Mayor

(12 de Julio de 1820) He visto un cuadro del Emperador San Enrique. Lo he visto de noche, dentro de una grande y bella iglesia, de rodillas, solitario, delante del altar mayor. Conozco esa iglesia; tiene en su interior una graciosa capilla del santo Pesebre y la he visto en ocasión de la fiesta de Santa María de las Nieves. Mientras él estaba de rodillas, rezando, se iluminó el espacio superior del altar y descendió la Virgen Santísima. Estaba vestida de celeste, y de su contorno se difundían rayos luminosos. Llevaba algo consigo. Cubrió el altar con un paño rojo, extendió encima un mantel blanco y depositó un libro hermoso adornado de piedras preciosas, que estaba lleno de luz. La vi encender la lámpara y puso las velas sobre el altar. Había muchas de estas luces que se levantaban en forma de pirámides. Ella permanecía de pie, a la derecha del altar.

De pronto compareció el Redentor, en hábitos sacerdotales, con el corporal y el velo. Dos ángeles le asistían como ministros, y había allí otros dos más. Jesús tenía la cabeza descubierta. El ornamento consistía en un manto largo y pesado, de color rojo sangre y blanco, entrelazado y resplandeciente y adornado con piedras preciosas. Dos ángeles que servían la Misa estaban vestidos de blanco. No he visto campanilla, pero si las vinajeras. El vino era rojo, como sangre, y había también agua. La Misa fué algo mas breve que lo común. He visto el Ofertorio y la Elevación. La hostia tenía la forma de las nuestras. No hubo, al final, el Evangelio de San Juan. El Evangelio lo leyeron los ángeles, que llevaron el libro a María para que lo besase. Cuando María hubo besado el libro, miró a Jesús y le señaló a Enrique. Entonces el ángel llevó el libro a Enrique, que al principio no se atrevía a besarlo, y después lo hizo. Terminada la Misa, María acercóse a Enrique, le dió su mano derecha y le dijo que hacía esto en gracia a su castidad, y lo exhortó a no vacilar en su propósito. Vi entonces a un ángel acercarse y tomarlo por el lado derecho, como a Jacob, y vi como que sentía dolor y que después andaba siempre un tanto al sesgo. Durante la ceremonia muchísimos ángeles estaban presentes, adorando y mirando desde arriba hacia el altar.

LIV

La fiesta del Escapulario

(15 de Julio de 1820) Estuve en el monte Carmelo, donde vi a dos ermitaños, que vivían uno muy lejos del otro. Uno era muy viejo, y jamás dejaba su cueva. El otro, de nombre Pedro, era francés, visitaba de vez en cuando al viejo y le llevaba alguna cosa. Pedro se ausentaba por largo tiempo y luego volvía adonde estaba el viejo. Lo he visto viajando en Jerusalén,en Roma y en otros paises. Después lo vi volver con muchos guerreros adornados con una cruz en el pecho. He visto con él a Bertoldo, como soldado y luego lo he visto llevando a éste, ya ermitaño, adonde estaba el viejo solitario en el monte Carmelo. Vi mas tarde cómo Bertoldo fué elegido superior de los ermitaños. Los reunía frecuentemente en torno suyo y por su obra se levantaron algunas edificaciones. Los monjes habitaban entonces más recogidos.

He visto otro cuadro. Cuando aquella reunión se hizo numerosa y se formó un convento, vi que un monja estaba de rodillas en su celda y se le apareció la Virgen con Jesús en brazos, con aquel mismo semblante con que lo había visto an aquella imágen que vi junto a la fuente del monte. He visto que la Virgen le presentaba cierto vestido semejante al que se obtendría si a un pedazo de paño se le hiciera una abertura cuadrada que pasando sobre la cabeza cubriera el pecho y las espaldas. Por delante descendía hasta el estómago, resplandecía y era de color rojo y blanco, mezclado y brillante, como el ornamento del gran sacerdote qua Zacarías mostró a José. Las dos cintas que pasaban sobre las espaldas estaban adornadas de caracteres. La Virgen habló mucho tiempo con aquel monje. Cuando desapareció y él se encontró con el escapulario, se sintió muy conmovido. He visto en otro cuadro cuando él reunía a muchos de su orden y les mostraba el escapulario.

Después tuve la visión de una solemnidad que se llevé a efecto en al monte Carmelo. Vi entre los coros de la Iglesia triunfante, el primero entre los antiguos ermitaños, separado de los otros, al santo profeta Elías. A sus pies estaba escrito: Elías, profeta. Yo no veía estos cuadros a continuacion uno de otro sin intervalo, sino que sentía la persuación interior de que muchos años se interponían entre uno y otro. Especialmente vi esto entre la entrega del escapulario y la solemnidad eclesiástica. Me pareció que esta fiesta pertenecía a nuestros tiempos. En aquel lugar donde junto a la fuenta se erguía la imágen de la Madre de Dios, había ahora un convento y una iglesia. La fuente estaba entonces en medio da la iglesia. Vi a la Madre de Dios con Jesús, como estuvo primero junto a la fuente y como se había aparecido al ermitaño, sobre el altar, pero viva y moviéndose, llena de esplendor. A sus lados pendían innumerables pequeñas imágenes de seda, con doble tira y cordón. Había imágenes de ambas partes y se movían dentro de la luz que salía de la misma Virgen María, como si fuesen hojas de los árboles, expuestas a los rayos del sol.

Muchos coros angélicos rodeaban a la Virgen Santísima. A sus pies, sobre el tabernáculo, donde estaba el Sacramento, pendía el gran escapulario qua la Virgen había

dado en visión al ermitaño. A los dos lados y en lo alto se veían coros de santos personajes de la orden del Carmen de uno y otro sexo. Los más antiguos ermitaños estaban vestidos de blanco con listas obscuras; los demás, como visten al presente. Vi, también, a los religiosos de hoy, monjes y monjas, festejando esta solemnidad en el coro y en los lugares en que viven sobre la tierra.

LV

Cuadro de la fiesta de la Porciúncula

(1° de Agosto de 1820) He visto un cuadro relativo a una solemnidad y no sé precisamente lo que significa. Vi una gran gloria de muchos santos, una corona inmensa en la cual aparecían los santos sentados, con diversos distintivos y emblemas en sus semblantes, como ramos de palmas, o teniendo pequeñas iglesias en sus manos. Debajo de este gran círculo estaban, suspendidos en el aire, infinitas reliquias y objetos sagrados, en vasos preciosos. Parecía que fuesen los huesos y las memorias de los santos que yo veía dentro de la gloria. En el centro del círculo se cernía una pequeña iglesia y sobre ella el Cordero de Dios, con un emblema en el dorso. La iglesia era muy luminosa y transparente. Adentro vi, sobre el altar, a la Virgen, madre de Dios sentada sobre un trono, en compañia de Jesús y rodeada de multitud de ángeles. Un ángel voló hacia el círculo de los santos y condujo a Francisco a la pequeña iglesia, delante de Jesús y de María. Me pareció como si él implorase una gracia qua se refería a los tesoros de los méritos de Jesús y de sus santos mártires; era una gracia y regalo de indulgencia para aquella pequeña iglesia. Vi luego a Francisco ir donde estaba el Papa, pero no en Roma. El santo imploró una indulgencia qua se refería a aquella visión. Al principio el Papa no quería concederla. De pronto un rayo de luz descendió sobre el Pontífice y en aquella luz apareció ante sus ojos un escrito; entonces se sintió iluminado y consintió en los deseos del santo. Vi que el santo, después de haberse separado del Papa, estaba orando de noche, y vi al diablo, en forma de un bellísimo joven, que se le aparecía y le reprochaba sus abstinencias y mortificaciones. El santo se sintió tentado, fué a su celda, dejó su vestido y fué a revolcarse en una mata de espinas, hasta que todo su cuerpo quedo cubierto de sangre. Luego acercóse a él un ángel del cielo, que lo sanó de todas sus heridas. Esto es lo que todavía recuerdo.

LVI

Santa María de las Nieves

He visto a dos esposos de alto linaje rezando en sus estancias, dentro de un gran palacio, delante de una imagen de María colgada de la pared. Era una imagen bordada, aunque no artísticamente; el vestido de María estaba en algunos puntos listado de azul y de rojo y al descender hacia los pies se volvía más angosto. La Virgen tenía corona y en un brazo al Niño Jesús, con el globo del mundo en las manos. Delante de aquel cuadro, que no era de grandes dimensiones, ardían dos lámparas, a derecha e izquierda. El reclinatorio, donde muy unidos estaban rezando los dos esposos, podía ser alzado y quedar suspendido en el mismo cuadro, de modo que parecia entonces un armario sobre el cual caía un cortinado que cubría todo ocultando el cuadro y el reclinatorio. Cuadros semejantes, tejidos o bordados, he visto muchos en los tiempos antiguos. Los solían enrollar y así podían llevarlos consigo en los viajes y suspenderlos de donde quisieran para rezar delante de ellos. Mientras estos esposos rezaban fervorosamente, apareció la Virgen Santísima, esplendorosa, en la misma forma como estaba dibujada en el cuadro y quedó suspendida radiante entre ellos y el cuadro mismo; parecía que hubiese salido de la pared. Les ordenó que le edificaran una iglesia en su honor, sobre una colina de Roma, qua encontrarían cubierta de nieve. En seguida estos esposos anunciaron lo acontecido al Papa y los vi yendo, con muchos eclesiásticos, hacia aquella colina, sobre cuya cumbre aparecía todo el espacio destinado a la iglesia cubierto de nieve de extraordinario candor. Todo ese espacio fué señalado con palos y la nieve al poco tiempo se desvaneció.

Tuve luego una visión de como el Papa Martín celebró la Misa allí y que mientras administraba el Santísimo Sacramento a un personaje de alta categoría, dicho Papa debía ser asesinado por otra persona, a la cual había dado el encargo el mismo que recibía la comunión, y que era por orden del emperador Constanzo. Vi dentro de la iglesia a muchas personas y al asesino que se adelantaba; pero en el mismo instante se puso ciego, de modo que chocaba contra las columnas y cayó. Comenzó a quejarse y a gritar, y se originó gran tumulto en la iglesia. En otra ocasión, vi al Papa Gregorio celebrar en esta iglesia una Misa solemne y apareció la Virgen Santísima con algunos ángeles, que respondían el *Et cun spiritu tuo*, y le servían. En la misma iglesia vi una solemnidad celebrada en nuestros tiempos, en la cual intervenía la Virgen, aparecida en la misma forma en que se apareció a los dos cónyuges que hicieron construír el templo. Es el mismo donde vi al emperador Enrique orando, mientras Jesús celebraba la Misa. Hay adentro una capilla del santo Pesebre.